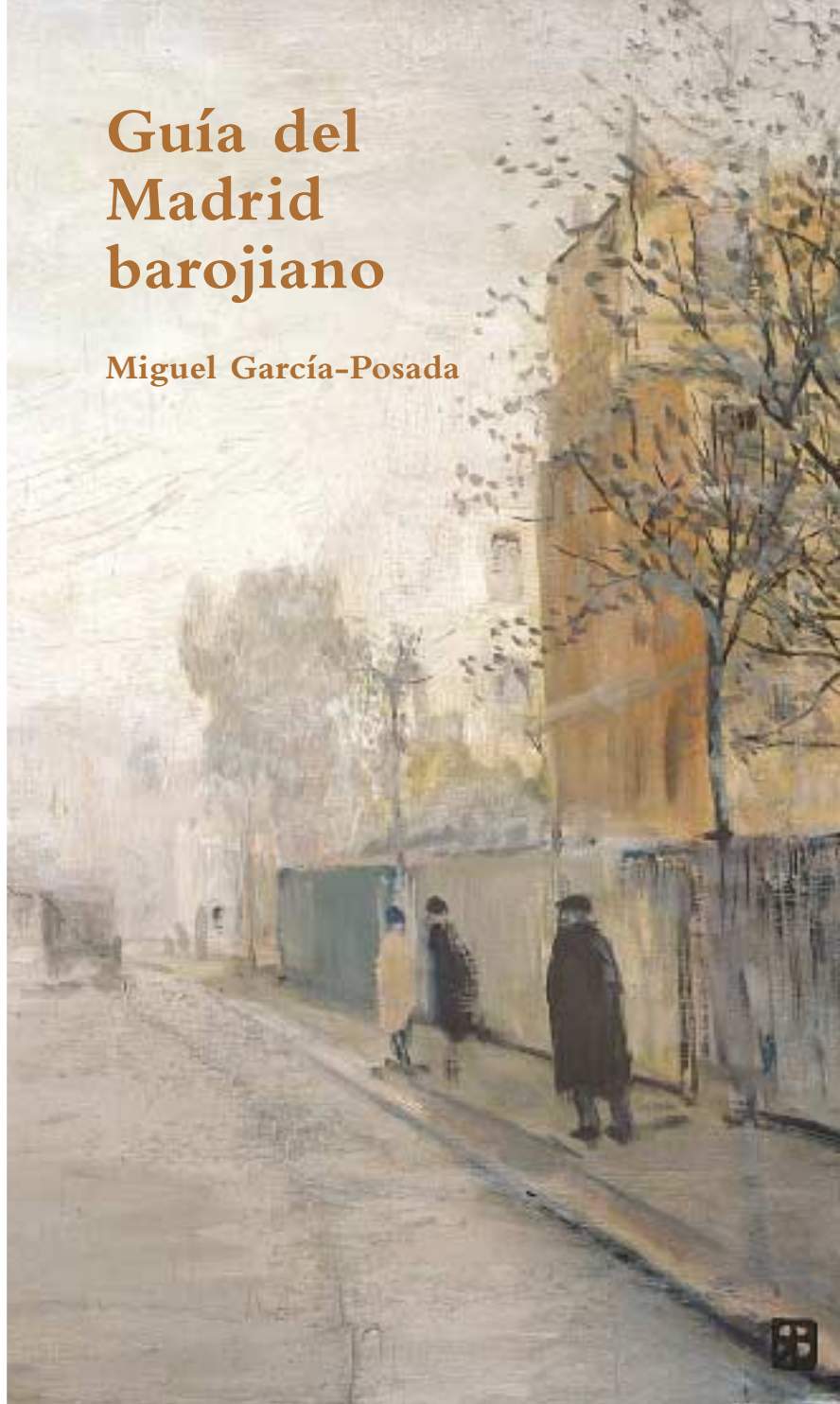


Guía del Madrid barojiano

Miguel García-Posada

GUÍAS CULTURALES

Biblioteca Madrileña de Bolsillo



Guía del Madrid barojiano



Pío Baroja, 1917, por Daniel Vázquez Díaz

Era todo lo contrario a un viejo maestro. Le horrorizaba la solemnidad y nada le parecía más ridículo que el hombre revestido de una cierta púrpura. Cuando se hablaba de cambios decía, con palmaria, pero no amarga melancolía, “yo ya no veré más que esto”, para añadir a seguido con una de aquellas contradicciones que revelan la complejidad de una sabiduría sin acrimonia, que tampoco le importaba mucho, porque lo único que le podía divertir del cambio sería la posibilidad de dar una patada en el trasero a uno de aquellos señores, en plena calle.

Juan Benet, *Otoño en Madrid hacia 1950*. Comunidad de Madrid y Visor Libros, 2001, pp. 21-22.

Guía del Madrid barojiano

MIGUEL GARCÍA-POSADA

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

Comunidad de Madrid

Consejera de Educación

Excma. Sra. Dña. Lucía Figar de Lacalle

Secretario General Técnico

Ilmo. Sr. D. Manuel Pérez Gómez

Área de Publicaciones

Esther Touza Fernández, Javier Fernández Delgado, Gema Recuero Melguizo, Mari Cruz Sombrero Gómez, Eva Pérez Aneiros, Paloma Montes López, Inmaculada Hernández Gómez

Diseño gráfico

Rafael Cansinos

Preimpresión e Impresión

Ibersaf Industrial, S. L.

ISBN: 978-84-451-2916-6

Depósito Legal: M-49.240-2006

Tirada: 2.000 ejemplares

Edición: 10/2007

© Comunidad de Madrid. Consejería de Educación. Secretaría General Técnica, 2007
Alcalá, 32 - 28014 Madrid. Tel.: 917 200 564. www.madrid.org/edupubli

De las ilustraciones:

© Ilustraciones: Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía (Madrid), Archivo ABC (Madrid), Col. Documadrid, Col. IES San Isidro, Col. Herederos de Pío Baroja, Col. IES Cardenal Cisneros, Col. Jorge Juan Galería de Arte, Biblioteca Nacional (Madrid), Ayuntamiento de Madrid. Museo de Arte Contemporáneo, Col. Jesús Revenga y Herederos de Eduardo Vicente, Museo de Bellas Artes de Córdoba, Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid, Instituto Cajal (Madrid), Ayuntamiento de Madrid. Museo Municipal de Madrid, Círculo de Bellas Artes de Madrid, Col. María Manzaneda, Archivo Moreno. IPHE. Ministerio de Cultura, Museo Lázaro Galdiano (Madrid), Museo del Prado (Madrid), Patrimonio Nacional (Madrid), Zumalakarregi Museoa (Guipúzcoa), Calcografía Nacional de Madrid, Col. Viena Capellanes (Madrid).

◀ Cubierta: *Mañana de invierno*, 1929, por Ricardo Baroja



Impreso en
papel ecológico
libre de cloro

Se han realizado todos los esfuerzos conducentes a la localización de autores y herederos para el abono de los derechos de autor. En algún caso no ha sido posible dicha localización. La Comunidad de Madrid reconoce en cualquier caso la existencia de los citados derechos de autor.

Impreso en España - Printed in Spain

*Madrid, corazón de España,
late con pulso de fiebre.*

Rafael Alberti

Esta Guía es en gran medida fruto del esfuerzo del equipo del Departamento de Publicaciones de la Consejería de Educación. Sin él hubiera sido casi imposible la selección del material gráfico. Debemos agradecerle además la frescura y riqueza de sus observaciones sobre el texto: suyos son los aciertos; el autor debe cargar con los posibles errores.

ÍNDICE

LA VERDAD DE BAROJA	11
I. LOS UNIVERSOS MISERABLES	33
1. LA ERRANCIA MADRILEÑA	35
2. LUCHANDO POR LA VIDA	59
II. LOS UNIVERSOS HISTÓRICOS	93
3. ESPAÑA A PUNTO DE QUEDARSE SIN REY	95
4. LA AGITACIÓN POPULAR; LA MUERTE DEL REY	109
5. LA CAÍDA DE MARÍA CRISTINA	121
6. LA REVOLUCIÓN DEL 54	127
7. EL 98 Y LA GUERRA DE CUBA	131
III. MADRID, FRÍVOLO Y BRILLANTE. EL FIN DE SIGLO (XIX-XX)	135
8. LAS FIESTAS DEL BUEN RETIRO	137
9. DE SOCIEDAD	145
10. EN LA NATURALEZA	161
11. EL FIN DE LAS CIUDADES	169
APÉNDICES	
Una topografía del Madrid barojiano	179
Cuestiones didácticas	183
Rutas barojianas	184
Bibliografía	185
Índice de nombres	186
Índice de ilustraciones	188
Títulos publicados	192

Pío Baroja y Nessi nació en San Sebastián el 28 de diciembre de 1872. De niño conoció múltiples traslados familiares (a Pamplona, a Madrid, a Valencia) debidos a la profesión de su padre, ingeniero de minas. En San Sebastián vivió sus primeros siete años, de los que recordaba sobre todo los bombardeos carlistas de la tercera y postrera guerra dinástica. Hacia los diecisiete años del escritor, Madrid se convirtió ya en su residencia definitiva, que no abandonó hasta el periodo de la guerra civil, y donde pasó también los últimos años de su vida (murió el 30 de octubre de 1956).

Baroja estudió la carrera de Medicina, ejerció durante un año como médico rural en Cestona (Guipúzcoa), y ya en Madrid regentó durante varios años una famosa panadería, *Viena Capellanes*, que le ha sobrevivido, le dio muchos quebraderos de cabeza y abandonó al fin para dedicarse en exclusiva a la literatura. Baroja era vasco, de una familia de fuertes raíces vascongadas, y hablaba vascuence, pero se sentía español sin fisuras.

Reservado y huraño, fue un solitario que amaba con pasión a su madre, con la que vivió, tenía en alta estima a su amigo Azorín y gustaba de los gatos. Durante los veranos solía viajar al extranjero, a Europa. La literatura fue para Baroja una vocación, una pasión y un destino. Se sintió llamado a ella y atendió la llamada con mucho rigor, de lo que da cuenta su elevadísima producción; fue su destino, porque su vida consistió, en definitiva, en la vida de sus libros.

Escribió y publicó Baroja no menos de 66 novelas, 5 libros de cuentos, 4 de ensayos y 8 volúmenes de memorias, y también algunas obras de teatro, un libro de versos, muchos artículos de periódico y otros textos misceláneos. Al morir dejó varias novelas inéditas. Es, después de Lope y a la zaga de Galdós, el más fecundo de nuestros escritores de genio.

Fue Baroja novelista de cambiantes escenarios; algunas de sus novelas transcurren en París (*Los últimos románticos*, *Las tragedias grotescas*, *El hotel de los cisnes*, *Laura o la soledad sin remedio*, *Susana y los cazadores de moscas*), en Londres (*La ciudad de la niebla*), en Roma (en parte *César o nada*, aunque los personajes centrales son siempre españoles), en Córdoba (*La feria de los discretos*), en Cuenca (*Los recursos de la astucia*), en el País Vasco (la trilogía *Tierra vasca*, algunos episodios de las *Memorias de un hombre de acción*), en una España recorrida de norte a sur (*Memorias de un hombre...*), en Europa, y en el mar (la tetralogía así intitulada); pero la ciudad de Madrid fue el escenario de muchas otras novelas, y puede afirmarse que algunas de las más personales del autor se hallan entre las de ambiente madrileño. Además de las citadas o alegadas en el texto, deben citarse algunas otras también localizadas en Madrid: *Aventuras*, *inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, *Camino de perfección* (que exhibe también memorables paisajes castellanos, incluidos los de la ciudad de Toledo), parte de *La dama errante*, parte de *César o nada*, algún relato de *Locuras de Carnaval* (que el autor denominó novela), y parte de *Laura o la soledad sin remedio*. En las *Memorias de un hombre de acción* son madrileñas total o parcialmente *Con la pluma y con el sable*, *El sabor de la venganza* y *Desde el principio hasta el fin*. Hay que añadir algunos cuentos de *Vidas sombrías*.



Fachada de la sucursal de Viena Capellanes, hoy desaparecida, en la calle San Bernardo



El reparto a domicilio

No es un Madrid amable el que más retrata Baroja; es la suya una ciudad dura con el débil, cruel con el inerte, desolada para los menesterosos, ardua para el pobre. «Sentimental sin amor», como se le ha llamado, Baroja proyecta sin duda en la ciudad de Madrid su espíritu sombrío y difícil; pero la sordidez y la miseria que emanan de estos textos son tam-

bién el fruto de la observación directa. Madrid era, fue y ha sido así, y Baroja es en estas novelas implacable notario de la verdad, como han corroborado críticos e historiadores, un notario de proyección universal: el Madrid de Baroja, aun siendo muy madrileño, no es ni localista, ni pintoresco, ni exótico. Es un espacio donde se juega el destino de los hombres. Destino equívoco, hecho de amor y odio, de afecto y de rencor, de lo alto y de lo bajo.

Las mejores novelas madrileñas de Baroja tienen su equivalente en otras obras de rango universal, como *Los miserables* de Víctor Hugo, *David Copperfield* de Dickens, *Los Rougeon-Macquart* de Zola, *Las uvas de la ira*, del norteamericano John Steinbeck, *El mundo es ancho y ajeno*, del peruano Ciro Alegría, *Alzado del suelo*, del portugués José Saramago, o *Conversación en Sicilia*, del italiano Elio Vittorini, por citar sólo autores contemporáneos. Ese Madrid en buena medida ha desaparecido –y en general para bien–, pero podemos rastrear sus huellas en el Madrid de hoy y detectar la profunda verdad que tiene la genuina poesía de la realidad que vierte el autor.



Cubierta de la edición de la trilogía *Las ciudades* en un solo volumen, coeditada por la Comunidad de Madrid



Cubierta de *Camino de perfección* (*Pasión mística*)

Desde esta perspectiva se acerca la presente *Guía* al mundo barojiano. La anima el propósito de introducir al lector en ese universo casi siempre difícil y agrio, aunque atravesado por hermosas vetas de sentimiento contenido pero real; un universo verdadero, auténtico, con el que se puede estar o no de acuerdo, pero es siempre veraz: porque las novelas de Baroja interpretan pero no falsean la realidad circundante, y porque el escritor no miente nunca, ni enmascara sus opiniones; puede parecernos exagerado o equivocado, pero nunca es mentiroso.

Pero hay otros Madrid en Baroja, si no más risueños, sí menos descarnados y agrios, y menos atendidos por la crítica, aunque en ellos sobresalen también la brillantez y destreza narrativas del escritor. El Madrid frívolo de fin de siglo (siglo XIX) que refleja *Las noches del Buen Retiro*, y el Madrid de las intrigas, camarillas y pronunciamientos del XIX que protagoniza un antepasado de don Pío, Eugenio Avirana, en los veintidós volúmenes de las *Memorias de un hombre de acción*, que son una suerte de nuevos *Episodios Nacionales* en la estela de Galdós, aunque Baroja vaya más a la anécdota, al detalle, a las circunstancias inmediatas. Anécdotas, detalles y circunstancias que pueden impresionarnos e incluso estremecernos, pero cuya agilidad y amenidad no nos dejan indiferentes y nos devuelven la imagen de una España socavada por hondas querellas dinásticas, políticas y sociales. Madrid, siempre «corazón de España, late con pulso de fiebre».

En sus *Memorias* cuenta Baroja su llegada a Madrid:

De San Sebastián fuimos a Madrid, creo que por el año 1879. Al ir en tren, al llegar a la estación de Ávila, mi padre pidió desayuno para todos. No había bollos y, al ver que no se podía tomar más que café sorbido, dije que no lo quería, y me quedé incomodado y hambriento. Después, mirando por la ventana los montes y barrancos del camino, me mareé, y me tuve que echar en el asiento. Llegamos a Madrid con gran retraso. Era una época en la que se hablaba mucho de la muerte del papa Pío Nono. Mi padre estaba destinado al Instituto Geográfico y Estadístico. Vivíamos en la calle Real, más allá de la glorieta de Bilbao, calle que hoy es prolongación de la de Fuencarral. Enfrente de nuestra casa había un campo alto, arenoso, no desmontado aún, que se llamaba la era del Mico. Sobre ella había una serie de columpios y de tirovivos. Las diversiones de la era del Mico, las calesas y calesines que existían aún y los coches fúnebres que pasaban por la calle, eran nuestro entretenimiento desde los balcones de la casa. Yo tenía siete años, y al principio no iba a la escuela. [...]



Manuscrito de novela perteneciente a las *Memorias de un hombre de acción*



Redacción de la *Revista Española*, en 1915. Sentados: Ortega y Gasset, Azorín, Baroja y Pérez de Ayala

Ricardo y yo fuimos a un colegio próximo a nuestra casa. Los chiquillos de aquella escuela le habían puesto un mote al maestro: le llamaban *el bocabierto*, porque tenía aire de tonto. Su sistema pedagógico consistía principalmente en pegar a sus discípulos con una correa en la palma de la mano. Entre los chicos se decía que si se untaba la mano con ajo, el correazo no hacía daño. Yo no sé, ni recuerdo, si hice la experiencia o no. Entre los compañeros había un jorobado que era hijo del actor Mesejo, y que luego trabajó también en el teatro.

En Madrid no teníamos parientes. Únicamente una tía, que estaba casada con un señor que tenía una panadería, y que fabricaba bollos y dulces. Esto era para nosotros cosa seria. La tahona y la bollería estaban en la plaza de las Descalzas, esquina a la calle de Capellanes. [...]

Cerca de la casa de la plaza de las Descalzas estaba el Monte de Piedad.

¿Qué era el Monte de Piedad para mí? Cuando iba a la plaza de las Descalzas no veía ningún monte; pero estaba convencido de que había una altura y unos árboles por allá.

Al cabo de algún tiempo cambiamos de casa, y nos fuimos a vivir a la calle del Espíritu Santo. Con este motivo, mudamos Ricardo y yo también de colegio. El nuevo estaba en un cuartucho oscuro y estrecho en el que hacía de maestro un hombre triste y tuberculoso.



Foto actual de la plaza de las Descalzas

Las calles

El panorama que ofrecía la calle del Espíritu Santo, tanto inmóvil como semoviente, era pintoresco para un chico curioso. Las calles de Madrid, aunque, naturalmente, unas más que otras, conservaban todavía mucho carácter del siglo XIX. Aún existía el servicio de aguadores y aguadoras. Nosotros teníamos nuestro aguador, que, como todos los que se empleaban en este trabajo, era asturiano, llevaba traje de pana y la montera típica de los campesinos de su tierra; un cuero cuadrado, grueso, en el hombro y una zahona en una de las piernas, donde apoyaba la cuba al verter el agua en la tinaja.

También se veían frecuentemente en la calle hombres vestidos medio de soldados, medio de vagabundos, entre verduleros y verduleras, y solían ser licenciados del ejército que habían estado en Cuba o Filipinas.

Traían casi todos, mostrándolo mucho, un tubo de hoja de lata, en el que llevaban la licencia absoluta que les habían dado al cumplir el servicio. [...]

Estos licenciados añadían a los restos del uniforme pañuelos de colores que anudaban al cuello, a los que eran muy aficionados. En su mayoría, se dedicaban a pedir y a cantar, y algunos sólo a los primero.

Delante de mi casa solía estacionarse uno de estos tipos. Llevaba en la garganta pañuelo rojo y una pandereta en la mano. Cantaba una melopea vulgar que sin duda la había inventado él y que empezaba diciendo:

*No temáis las balas enemigas,
ni tampoco la insurrección...*

Esta advertencia la ilustraba con unos pasos como de baile, y después cantaba y bailaba algunos danzones cubanos.

No eran los mendigos y los vagabundos los únicos cantores. Las criadas madrileñas han tenido siempre la afición a cantar todas las músicas y letras que se pegan al oído, sean de zarzuelas, cuplés, jotas de los pueblos o seguidillas.

Yo no recuerdo canciones populares en castellano más que a partir de esa época. Por entonces, en que ya se daba uno cuenta de las cosas, había varias tonadas que cantaban las maritornes con gran entusiasmo. [...]

Recuerdo indeleble para mí de un Madrid era el de la correa del maestro, el oír hablar a unos chicos que cogían tablas de las vallas de los solares y las llevaban a las pastelerías y bollerías, donde, a cambio, les daban *escorza*. Entonces, no sé si ahora, llamaban *escorza* a los restos de las pastelerías y bollerías.

Baroja cursó los estudios del preparatorio de Medicina en el Instituto de San Isidro, a los que alude en un episodio de *El árbol de la ciencia*, obra donde rememora, a través de Andrés Hurtado, el protagonista, sus propias vivencias.

En esta época era todavía Madrid una de las pocas ciudades que conservaba espíritu romántico.

Todos los pueblos tienen, sin duda, una serie de fórmulas prácticas para la vida, consecuencia de la raza, de la historia, del ambiente físico y moral. Tales fórmulas, tal especial manera de ver, constituye un pragmatismo útil, simplificador, sintetizador.

El pragmatismo nacional cumple su misión mientras deja paso libre a la realidad; pero si se cierra este paso, entonces la normalidad de un pueblo se altera, la atmósfera se enrarece, las ideas y los hechos toman perspectivas falsas.

En un ambiente de ficciones, residuo de un pragmatismo viejo y sin renovación vivía el Madrid de hace años.



Joven Baroja



Foto antigua de la calle Atocha, con el Hospital de San Carlos, antigua facultad de Medicina

Otras ciudades españolas se habían dado alguna cuenta de la necesidad de transformarse y de cambiar; Madrid seguía inmóvil, sin curiosidad, sin deseo de cambio.

El estudiante madrileño, sobre todo el venido de provincias, llegaba a la corte con un espíritu donjuanesco, con la idea de divertirse, jugar, perseguir a

las mujeres, pensando, como decía el profesor de Química con su solemnidad habitual, quemarse pronto en un ambiente demasiado oxigenado.

Menos el sentido religioso, la mayoría no lo tenían, ni les preocupaba gran cosa la religión; los estudiantes de las postrimerías del siglo XIX venían a la corte con el espíritu de un estudiante del siglo XVII, con la ilusión de imitar, dentro de lo posible, a Don Juan Tenorio y de vivir

*llevando a sangre y a fuego
amores y desafíos.*

El estudiante culto, aunque quisiera ver las cosas dentro de la realidad e intentara adquirir una idea clara de su país y del papel que representaba en el mundo, no podía. La acción de la cultura europea en España era realmente restringida, y localizada a cuestiones técnicas, los periódicos daban una idea incompleta de todo; la tendencia general era hacer creer que lo grande de España podía ser pequeño fuera de ella y al contrario, por una especie de mala fe internacional.

Si en Francia o en Alemania no hablaban de las cosas de España, o hablaban de ellas en broma, era porque nos odiaban; teníamos aquí grandes hombres que producían la envidia de otros países: Castelar, Cánovas, Echegaray... España entera, y Madrid sobre todo, vivía en un ambiente de optimismo absurdo. Todo lo español era lo mejor.

Esa tendencia natural a la mentira, a la ilusión del país pobre que se aísla, contribuía al estancamiento, a la fosilificación de las ideas.

Aquel ambiente de inmovilidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras. Andrés Hurtado pudo comprobarlo al comenzar a estudiar Medicina. Los profesores del año preparatorio eran viejísimos; había algunos que llevaban cerca de cincuenta años explicando.

Sin duda no los jubilaban por sus influencias y por esa simpatía y respeto que ha habido siempre en España por lo inútil.

Sobre todo, aquella clase de Química de la antigua capilla del Instituto de San Isidro era escandalosa. El viejo profesor recordaba las conferencias del Instituto de Francia, de célebres químicos, y creía, sin duda, que explicando la obtención

del nitrógeno y del cloro estaba haciendo un descubrimiento, y le gustaba que le aplaudieran. Satisfacía su pueril vanidad dejando los experimentos aparatosos para la conclusión de la clase con el fin de retirarse entre aplausos como un prestidigitador.

Los estudiantes le aplaudían, riendo a carcajadas. A veces, en medio de la clase, a alguno de los alumnos se le ocurría marcharse, se levantaba y se iba. Al bajar por la escalera de la gradería los pasos del fugitivo producían gran estrépito, y los demás muchachos sentados llevaban el compás golpeando con los pies y con los bastones.

En la clase se hablaba, se fumaba, se leían novelas, nadie seguía la explicación; alguno llegó a presentarse con una corneta, y cuando el profesor se disponía a echar en un vaso de agua un trozo de potasio, dio dos toques de atención; otro metió un perro vagabundo, y fue un problema echarlo. [...]



Foto antigua de la fachada del Instituto San Isidro, anejo a la Colegiata, en la calle Toledo

Falta de respeto

Una de las gracias de estos estudiantes era la de dar un nombre falso cuando se lo preguntaban.

—Usted —decía el profesor señalándole con el dedo, mientras le temblaba la perilla por la cólera—, ¿cómo se llama usted?



Foto antigua de la capilla del Instituto San Isidro, cuando se utilizaba como aula y salón de actos, con las gradas en primer término

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, señor ¡usted, usted! ¿Cómo se llama usted? —añadía el profesor, mirando la lista.

—Salvador Sánchez.

—Alias Frascuelo —decía alguno, entendido con él.

—Me llamo Salvador Sánchez; no sé a quién le importará que me llame así, y si hay alguno que le importe, que lo diga —replicaba el estudiante, mirando al sitio de donde había salido la voz y haciéndose el incomodado.

—¡Vaya usted a paseo! —replicaba el otro.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Fuera! ¡Al corral! —gritaban varias voces.

—Bueno, bueno. Está bien. Váyase usted —decía el profesor, temiendo las consecuencias de estos altercados.

El muchacho se marchaba, y a los pocos días volvía a repetir la gracia, dando como suyo el nombre de algún político célebre o de algún torero.

Andrés Hurtado los primeros días de clase no salía de su asombro. Todo aquello era demasiado absurdo. Él hubiese querido encontrar una disciplina fuerte y al mismo tiempo afec-
tuosa, y se encontraba con una clase grotesca en que los alumnos se burlaban del profesor. Su preparación para la Ciencia no podía ser más desdichada.

Baroja continuó sus estudios sin mucho entusiasmo, de lo que ha dejado páginas punzantes. Consiguió el título de médico y aun el de

Doctor en Medicina con una tesis sobre el dolor y ejerció durante un año la carrera en Cestona (Guipúzcoa), pero la abandonó al cabo de un año por diversas razones, que abarcan desde su menguada vocación al muy superior atractivo que ejercía en él la literatura. No demuestra Baroja en sus escritos la posesión de saberes médicos profundos, fiel a la formación mecanicista que había recibido, muy lejos España de los progresos que la ciencia médica alcanzó en Francia de la mano de Claude Bernard, el creador del método experimental, Louis Pasteur, el padre de la inmunología moderna, y el eminente Jean Martin Charcot, el maestro de Freud. Baroja era un escéptico que tenía un conocimiento más profundo del que suele decirse de la ciencia de su tiempo. Por eso algunos celebrados científicos españoles de finales del siglo XIX le producían irrisión, como prueban las páginas dedicadas a Letamendi, que aluden a su etapa como estudiante en el Hospital de San Carlos.

El año siguiente, el cuarto de carrera, había para los alumnos, y sobre todo para Andrés Hurtado, un motivo de curiosidad: la clase de don José de Letamendi.

Letamendi era de estos hombres universales que se tenían en la España de hace unos años; hombres universales a quienes no se les conocía ni de nombre pasados los Pirineos. Un desconocimiento tal en Europa de genios tan trascendentales, se explicaba por esa hipótesis absurda, que aunque no la defendía nadie claramente, era aceptada por todos, la hipótesis del odio y la mala fe internacionales que hacía que las cosas grandes de España fueran pequeñas en el extranjero y viceversa.

Letamendi era un señor flaco, bajito, escuálido, con melenas grises y barba blanca. Tenía cierto tipo de aguilucho, la nariz corva, los ojos hundidos y brillantes. Se veía en él un hombre que se había hecho una cabeza, como dicen los franceses. Vestía siempre levita algo entallada, y llevaba un sombrero de copa de alas planas, de esos sombreros clásicos de los melenudos profesores de la Sorbona.

En San Carlos corría como una verdad indiscutible que Letamendi era un genio; uno de esos hombres águilas que se adelantan a su tiempo; todo el mundo le encontraba abstruso porque hablaba y escribía con gran empaque un lenguaje medio filosófico, medio literario.

Andrés Hurtado, que se hallaba ansioso de encontrar algo que llegase al fondo de los problemas de la vida, comenzó a leer el



Vista antigua de Madrid, con la calle Atocha y Hospital de San Carlos

libro de Letamendi con entusiasmo. La aplicación de las Matemáticas a la Biología le pareció admirable.

Andrés fue pronto un convencido.

Como todo el que cree hallarse en posesión de una verdad tiene cierta tendencia de proselitismo, una noche Andrés fue al café donde se reunían Sañudo y sus amigos a hablar de las doctrinas de Letamendi, a explicarlas y a comentarlas.

Estaba como siempre Sañudo con varios estudiantes de ingenieros.



Cubierta de *El árbol de la ciencia*

Hurtado se reunió con ellos y aprovechó la primera ocasión para llevar la conversación al terreno que deseaba y expuso la fórmula de la vida de Letamendi e intentó explicar los corolarios que de ella deducía el autor.

Al decir Andrés que la vida, según Letamendi, es una función indeterminada entre la energía individual y el cosmos, y que esta función no puede ser más que suma, resta, multiplicación y división, y que no pudiendo ser suma, ni resta, ni división, tiene que ser multiplicación, uno de los amigos de Sañudo se echó a reír.

—¿Por qué se ríe usted? —le preguntó Andrés, sorprendido.

—Porque en todo eso que dice usted hay una porción de sofismas y de falsedades. Primeramente hay muchas *más funciones matemáticas* que sumar, restar, multiplicar y dividir.

—¿Cuáles?

—Elevar a potencia, extraer raíces... Después, aunque no hubiera más que cuatro funciones matemáticas primitivas, es absurdo pensar que en el conflicto de estos dos elementos, la energía de la vida y el cosmos, uno de ellos, por lo menos, heterogéneo y complicado, porque no haya suma, ni resta, ni división, ha de haber multiplicación. Además, sería necesario demostrar por qué no puede haber suma, por qué no puede haber resta y por qué no puede haber división.

Después habría que demostrar por qué no puede haber dos o tres funciones simultáneas. No basta decirlo.

—Pero eso lo da el razonamiento.

—No, no; perdone usted —replicó el estudiante—. Por ejemplo, entre esa mujer y yo puede haber varias funciones matemáticas: suma, si hacemos los dos una misma cosa ayudándonos; resta, si ella quiere una cosa y yo la contraria y vence uno de los dos contra el otro; multiplicación, si tenemos un hijo, y división si yo la corto en pedazos a ella o ella a mí.

—Eso es una broma —dijo Andrés.



La Universidad Central en la calle Ancha de San Bernardo, situada junto al Instituto Cardenal Cisneros, era otra de las sedes para los estudios de Medicina a fines del siglo XIX

—Claro que es una broma —replicó el estudiante—, una broma por el estilo de las de su profesor; pero que tiende a una verdad, y es que entre la fuerza de la vida y el cosmos hay un infinito de funciones distintas: sumas, restas, multiplicaciones, de todo, y que además es muy posible que existan otras funciones que no tengan expresión matemática.

Andrés Hurtado, que había ido al café creyendo que sus preposiciones convencerían a los alumnos de ingenieros, se quedó un poco perplejo y cariacontecido al comprobar su derrota.

Leyó de nuevo el libro de Letamendi, siguió oyendo sus explicaciones y se convenció de que todo aquello de la fórmula de la vida y sus corolarios, que al principio le pareció serio y profundo, no eran más que juegos de prestidigitación, unas veces ingeniosos, otras veces vulgares, pero siempre sin realidad alguna, ni metafísica, ni empírica.

Por dentro, aquel buen señor de las melenas, con su mirada de águila y su diletantismo artístico, científico y literario; pintor en sus ratos de ocio, violinista y compositor y genio por los cuatro costados, era un mixtificador audaz con ese fondo aparatoso y botarate de los mediterráneos. Su único mérito real era tener condiciones de literato, de hombre de talento verbal.

La palabrería de Letamendi produjo en Andrés un deseo de asomarse al mundo filosófico [...]



Retrato de un joven Baroja

Lecturas filosóficas

Leyó primero «La ciencia del conocimiento», de Fichte, y no pudo enterarse de nada. Sacó la impresión de que el mismo traductor no había comprendido lo que traducía; después comenzó la lectura de «Parerga y Paralipómena», y le pareció un libro casi ameno, en parte cándido, y le divirtió más de lo que suponía. Por último, intentó descifrar «La crítica de la razón pura». Veía que con un esfuerzo de atención podía seguir el razonamiento del autor como quien sigue el

desarrollo de un teorema matemático; pero le pareció demasiado esfuerzo para su cerebro y dejó Kant para más adelante, y siguió leyendo a Schopenhauer, que tenía para él el atractivo de ser un consejero chusco y divertido.

Algunos pedantes le decían que Schopenhauer había pasado de moda, como si la labor de un hombre de inteligencia extraordinaria fuera como la forma de un sombrero de copa.

Los condiscípulos, a quien asombraban estos buceamientos de Andrés Hurtado, le decían:

—¿Pero no te basta con la filosofía de Letamendi?

—Si eso no es filosofía ni nada —replicaba Andrés. Letamendi es un hombre sin una idea profunda; no tiene en la cabeza más que palabras y frases. Ahora, como vosotros no las comprendéis, os parecen extraordinarias.



Ex-libris de Pío, grabado por su hermano Ricardo

El hermano Juan es uno de los personajes más inquietantes creados por Baroja. En el Hospital General cuidaba por gusto de los enfermos contagiosos, se sentía a sus anchas en el contacto con el dolor. El hermano Juan obedece en su tipología a una de las preocupaciones más hondas del autor: la injustificable existencia del dolor y de la crueldad en el mundo. Son abundantes las páginas donde se describe este aspecto; por ejemplo, Manuel Alcázar, el protagonista de *La busca*, vela el cadáver de su madre mientras alrededor, en la pensión donde residía, todo es bullicio y jarana. Veremos en su momento más escenas que abundan sobre el particular.

Un tipo misterioso y extraño del hospital, que llamaba mucho la atención, y de quien se contaban varias historias, era el hermano Juan. Este hombre, que no se sabía de dónde había venido, andaba vestido con una blusa negra, alpargatas y un crucifijo colgado al cuello. El hermano Juan cuidaba por gusto de los enfermos contagiosos. Era, al parecer, un místico, un hombre que vivía en su centro natural, en medio de la miseria y el dolor.



El antiguo Hospital General es hoy el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Enfrente, las antiguas dependencias del Hospital de San Carlos son ahora sede del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid

El hermano Juan era un hombre bajito, tenía la barba negra, la mirada brillante, los ademanes suaves, la voz meliflua. Era un tipo semítico.

Vivía en un callejón que separaba San Carlos del Hospital General. Este callejón tenía dos puentes encristalados que lo cruzaban, y debajo de uno de ellos, del que estaba más cerca de la calle de Atocha, había establecido su cuchitril el hermano Juan.

En este cuchitril se encerraba con un perrito que le hacía compañía.

A cualquier hora que fuesen a llamar al hermano, siempre había luz en su camaranchón y siempre se le encontraba despierto.

Según algunos, se pasaba la vida leyendo libros verdes; según otros, rezaba; uno de los internos aseguraba haberle visto poniendo notas en unos libros en francés y en inglés acerca de psicopatías sexuales.

Una noche en que Andrés estaba de guardia, uno de los internos dijo:

—Vamos a ver al hermano Juan y a pedirle algo de comer y de beber.

Fueron todos al callejón en donde el hermano tenía su escondrijo. Había luz, miraron por si se veía algo, pero no se encontraba rendija por donde espiar lo que hacía en el interior el misterioso enfermero. Llamaron e inmediatamente apareció el hermano con su blusa negra.

—Estamos de guardia, hermano Juan —dijo uno de los internos—; venimos a ver si nos da usted algo para tomar un modesto pisco.

—¡Pobrecitos! ¡Pobrecitos! —exclamó él—. Me encuentran ustedes muy pobre. Pero ya veré, ya veré si tengo algo. Y el hombre desapareció tras de la puerta, la cerró con mucho cuidado y se presentó al poco rato con un paquete de café, otro de azúcar y otro de galletas.

Volvieron los estudiantes al cuarto de guardia, comieron las galletas, tomaron el café y discutieron el caso del hermano.

No había unanimidad: unos creían que era un hombre distinguido; otros que era un antiguo criado; para algunos era un santo; para otros un invertido sexual o algo por el estilo.

El hermano Juan era el tipo raro del hospital. Cuando recibía dinero, no se sabía de dónde, convidaba a comer a los convalecientes y regalaba las cosas que necesitaban los enfermos.

A pesar de su caridad y de sus buenas obras, este hermano Juan era para Andrés repulsivo, le producía una impresión desagradable, una impresión física, orgánica.

Había en él algo anormal, indudablemente. ¡Es tan lógico, tan natural en el hombre huir del dolor, de la enfermedad, de la tristeza! Y, sin embargo, para él, el sufrimiento, la pena, la suciedad debían de ser cosas atrayentes.

Andrés comprendía el otro extremo, que el hombre huyese del dolor ajeno, como de una cosa horrible y repugnante, hasta llegar a la indignidad, a la inhumanidad; comprendía que se evitara hasta la idea de que hubiese sufrimiento alrededor de uno; pero ir a buscar lo sucio, lo triste, deliberadamente, para convivir con ello, le parecía una monstruosidad.

Así que cuando veía al hermano Juan sentía esa impresión repelente, de inhibición, que se experimenta ante los monstruos.

Silvestre Paradox, el protagonista del ciclo novelesco que lleva su nombre, es un imaginativo inventor, casi un científico en aquella España precaria que es el paisaje de fondo de la guardilla, donde Paradox conserva sus enseres, y que está situada en la calle Tudescos. Este personaje es simbólico en la medida en que expresa, a la vez, el respeto de Baroja por la ciencia y su amargo pesimismo sobre el sombrío destino que le aguardaba en la España del penúltimo fin de siglo. Baroja siente ternura y, al tiempo, compasión por este Silvestre animoso y desdichado.

Cuando se tiene la honra de dedicarse al estudio de las ciencias físico-naturales se simpatiza con el orden. «Ordenar es clasificar». Este gran pensamiento ha sido expresado por alguien, cuyo nombre en este momento, desgraciadamente para el lector, no recuerdo. Silvestre era ordenado, aun dentro del mismo desorden. No en balde se pasa un hombre la vida estudiando las clasificaciones de Cuvier.

La guardilla de Paradox, aunque bastante sucia, mal blanqueada y llena de telas de araña, era grande y tenía condiciones por esto para servir de museo y conservar los tesoros zoológicos, geológicos y mineralógicos que Silvestre guardaba. Paradox empezó el arreglo de su habitación por fin. Sólo los grandes hombres son capaces de hacer esto. En el fondo de la guardilla había un cuarto muy chico, que había servido de gallinero. Silvestre rascó las paredes, y al hacer esto halló una agradable sorpresa: una puerta condenada, que por una escalerilla comunicaba con una azotea pequeña. Silvestre inmediatamente la destinó para observatorio.

—Aquí pondré —dijo— mi magnífico antejo astronómico de cartón, construido con hermosas lentes de *fint* y *crown glass* traídas de Alemania, y el verano me dedicaré a contemplar las constelaciones en las noches estrelladas.

Después de saborear la sorpresa, emparejó con papel continuo el cuarto que había servido de gallinero, y lo destinó para alcoba. Después hizo un biombo con listones y telas de sacos y dividió la guardilla en dos partes: una, pequeña, que serviría de cocina, comedor y despacho; la otra, grande, para los talleres, museos y bibliotecas.

Hecho esto, se dedicó de lleno al arreglo de los talleres, y sus primeras ocupaciones fueron los previos y científicos trabajos preliminares para la iluminación.

Entonces entraron en juego los pedazos de carbón y de cinc, que tanto habían preocupado al señor Ramón el portero, y se utilizó el



Cubierta de *Silvestre Paradox y Paradox, rey*, en edición que recoge ambas novelas, publicada por la Comunidad de Madrid

bicromato potásico, y el ácido sulfúrico, y los vasos porosos. Silvestre formó dos baterías eléctricas, de veinte pilas. [...]

Clasificación

Ya resuelta la cuestión importante del alumbrado, comenzó la clasificación de sus colecciones.

En medio del taller colocó su gran estantería. Ciertamente era ésta un tanto primitiva y tosca, pues estaba formada con tablas de cajones, y además tenía el inconveniente de que, como no estaba muy segura, solían caerse los estantes, pero, a falta de otra, cumplía bien su misión. En las paredes fue colocando tablas a modo de aparadores, sujetas a la pared, unas con palomillas y otras con cuerdas.

En la estantería central puso su admirable colección mineralógica, zoológica y geológica, formada en sus viajes. Aquí el trozo de planta nativa de Hiendelaencina, allá la eurita de la Pella de Haya, ahora el *ammonires cycloides*, recogido en el valle del Waztán, y la *annularia brevifolia*, hallada en la falda del monte Larrun.

Los ejemplares zoológicos más notables, todos disecados por Silvestre, eran: una avutarda, un gran duque, un gipateo barbudo, un hurón, un caimán, varias ratas blancas y una comadreja.

Silvestre tenía ideas propias acerca de la disecación. Creía buenamente que disecando animales era el número uno en España.

—Porque disecar —decía Paradox— no es rellenar la piel de un animal de paja y ponerle después ojos de cristal. Hay algo más en la disecación, la parte del espíritu; y para definir esto —añadía— hay que dar idea de la actitud, marcar la expresión propia del animal, sorprender su gesto, dar idea de su temperamento, de su idiosincrasia, de las condiciones generales de la raza y de las particulares del individuo.

Y como muestra de sus teorías enseñaba su búho, un bicho huraño, grotesco y pensativo, que parecía estar recitando por lo bajo el soliloquio de *Hamlet*, y la obesa avutarda, que colgaba del



Casa en la calle Tudescos en la actualidad

techo por un alambre, con su sonrisa macabra, llena de doblez y de falsía, y sus ojos entornados, hipócritas y mefistofélicos.

En el centro de la estantería expuso Silvestre los modelos de sus trabajos de inventor, y en medio de todos ellos colocó un cuadro, en el cual se veía una figura alegórica de la Fama, coronando con laureles su retrato. A un lado de la figura se leían los diez y seis inventos hechos por Paradox hasta aquella época, en el orden siguiente:

La cola cristal.

El salvavidas químico.

El torpedo dirigible desde la costa.

El pan reconstituyente (glicero-ferro-fosfatado glutinoso).

El pulsómetro Paradox.

El disecol (el mejor compuesto para la conservación de las pieles).

La caja reguladora de la fermentación del pan.

La mano remo y el pie remo (aparatos para nadar).

La anti-plombaginita (borrador universal).

La contra-tinta (idem íd.).

El biberón del árbol (aparato para alimentar el árbol, sin mover para nada la tierra próxima al pie, por medio de la inyección del guano intensivo).

La ratonera Speculum.

El refrigerador Xoradap (para enfriar en verano las habitaciones).

La melino-piróxilo-paradoxita (explosivo).

La fotografía galvano-plástica (para obtener fotografías de relieve), y

El cepo langostífero.

En los estantes de las paredes fue colocando Silvestre los ejemplares de su modesta colección de especies fluviátiles recogidos en España, entre los cuales se distinguían: un *Acipenser sturio*, pescado en el Arga, un *Ciprinus carpio* de la Albufera, y un *Barbus bocagei*, del Manzanares, tan bien disecados, que estaban pidiendo la sartén. [...]



**Aves y peces en la colección del
Gabinete de Historia Natural del
Instituto Cardenal Cisneros**



Baroja y su sobrino Julio

Junto a la ventana de la pared, en cuyo alféizar colocó jacin-
tintos en cacharros llenos de agua, puso su mesa de escribir,
muy ancha y grande, de pino sin pintar, y al lado de ésta un
banco de carpintero con su tornillo de presión. La mesa tenía
su misterio: levantando la tabla aparecía que no era tal mesa,
sino un acuarium de cinc y de portland con ventanillas de cris-
tal, sostenido por cuatro tablones gruesos.

El acuarium

El acuarium era un océano en pequeño. Allí había manifes-
taciones de todos los períodos geológicos, acuáticos y terrestres;
grutas basálticas con estalactitas y estalagmitas, rocas minerales
brillantes... En el suelo del acuarium, sobre una capa finísima de
arena, se veían conchas de mar de los más esplendentes colo-
res, tales como helix, rostellarias, volutas, olivas y taladros. Esta
aparición de moluscos de mar en agua dulce no tenía más obje-
to que dar un aspecto pintoresco al fondo del abismo.

El acuarium era interesante, sobre todo por los anfibios que
guardaba. El anfibio interesaba mucho a Paradox; aquí estaba
el axolote; allí el *menobanchus lareralis*, y los interesantes tri-
tones que solían andar cuando hacía sol alrededor del acua-
rium; cazando moscas y cantando tiernas e incomprensibles
endechas; allá se encontraban también algunos moluscos de
agua dulce, como el *neritina fluviatilis*, el *ampullaria cornu*



**Pío Baroja escribiendo en la vejez, en la casa
de la calle Ruiz de Alarcón**

arietis, que es como un caracol, con unos cuernos muy largos y muy estrechos; y dos o tres clases de *Limneas*.

Los peces interesaban muchísimo a Silvestre; los había estudiado a su manera; estaba convencido de muchas cosas que no son del dominio común. Primeramente sabía que los peces, a pesar de la brusquedad de sus movimientos, son inteligentes y susceptibles, no sólo de fácil domesticación, sino de afecciones, como dice muy bien H. de la Blanchère.

Silvestre había conseguido domesticar a una rana, pero estos instintos de sociabilidad reconocidos en los batracios no llegó nunca a comprobarlos en los peces. Sin embargo, creía poder alcanzar su amistad.

Baroja fue irreductible sobre la cuestión religiosa. Fue quizá el único aspecto de su vida en que no albergó vacilación alguna. Por eso no sólo no encontramos en su obra clérigos que merezcan nuestra simpatía, como sucede en Galdós, sino que en general son hoscos y poco sensibles a los problemas de los hombres. Baroja leyó mucho sobre religión y llevó sus muchos conocimientos en la materia a las páginas de *El cura de Monleón*, que son una crítica con base científica del fenómeno religioso y, sobre todo, de la Biblia.

La religión es optimismo y colaboración. La ciencia, en cambio, no es optimista, digan lo que quieran; es indiferente, no es teleológica, ni tiene fines humanos, y lo que no presenta finalidad para el hombre, es para él cosa triste.

I. LOS UNIVERSOS MISERABLES

Sin perjuicio de la veracidad de sus memorias, el Madrid más genuino de Baroja hay que buscarlo en sus novelas. El Madrid de finales del siglo XIX. Un Madrid que había crecido espectacularmente, tenía cerca del medio millón de habitantes, en un crecimiento que no benefició en absoluto a las clases menos favorecidas. La inmigración fue el principal factor de ese crecimiento. La gente venía a buscar trabajo a Madrid. El Manuel protagonista de *La busca* es un ejemplo con valor de paradigma. Procede de Soria, donde tenía los horizontes cerrados, y por eso baja a Madrid. La atención del novelista se centra en los barrios pobres cercanos al Manzanares, el sur de la ciudad. Quien se pasea por estos lugares, se sorprende —señala el novelista—



Cubierta de *La busca*.
(Aguafuerte y aguatinta de
Ricardo Baroja)

[...] Ante el espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza e incultura que ofrecen las afueras de Madrid, con sus rondas miserables llenas de polvo en verano y de lodo en invierno. La Corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura...

Vale de modelo el barrio de las Injurias, que Manuel visita:

El barrio de las Injurias se despoblaba. Iban saliendo sus habitantes hacia Madrid... Eran gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsa. Era una basura humana envuelta en guiñapos, entumecida



Arrabal, 1928 (óleo sobre cartón, por Ricardo Baroja)

por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Era la herpe, la lepra, el color amarillo de la terciana, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y la miseria [...],

leemos en *Mala hierba*. Esa «basura humana» la producía aquel Madrid incapaz de dar ocupación a toda la masa humana que acudía a él. De ahí que el universo, este universo barojiano, esté poblado de pillos, pilluelos, ladronzuelos, gente marginal, encanallada, criminales y vagabundos, que ocupaban viviendas condignas de su condición. Estaban las chozas y, aún más degradadas, las cuevas.

Hacia las cuevas de la Montaña del Príncipe Pío van una noche Manuel y el Bizco, un personaje éste para no olvidar, en quien concurrían todos los signos de la degradación moral:



El trapero subió la cuesta del terraplén con el saco al bombro...

A oscuras anduvieron el Bizco y Manuel de un lado a otro explorando los huecos de la Montaña, hasta que una línea de luz que brotaba de una rendi-

ja de la tierra les indicó una de las cuevas.

Se acercaron al agujero: salía del interior un murmullo ininterrumpido de voces roncadas.

A la claridad vacilante de una bujía, sujeta en el suelo entre dos piedras, más de una docena de golfos, sentados unos, otros de rodillas, formaban un corro jugando a las cartas. En los rincones se esbozaban vagas siluetas de hombres tendidos en la cama.

Un vaho pestilente se exhalaba del interior del agujero... Manuel pensó haber visto algo parecido en la pesadilla de una fiebre.

Con sueldos precarios, las clases humildes vivían en condiciones muy deficientes. Proliferaban las chozas en las afueras. Peor que ellas eran las cuevas; las casuchas se amontonaban por doquier. Valga la descripción barojiana de la Casa del Cabrero:

Llamaban así a un grupo de casuchas bajas, con un patio estrecho y largo en medio. En aquella hora de calor, a la sombra, dormían como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándoselo una a otra y dándole cada una su chupada.

Con ironía describe Baroja en un cuento de *Vidas sombrías* («La trapería»), su primer libro, una de estas casuchas:

Yo creo que en las ciudades grandes, si Dios está en algún lado, es en los solares. Esa irrupción de un campo desolado dentro del pueblo, me enamora. Nada para mí tan interesante como ver por las rendijas de una empalizada el



Rincón madrileño (aguafuerte y aguatinta, por Ricardo Baroja)

interior de un solar, con el suelo lleno de barreños rotos, de latas de petróleo, de ruedas de coche...

[...] Hay un solar junto a mi casa encantador; si algún día, por casualidad, pasáis de cuatro a cinco de la mañana por allá, veréis a una vieja y a una niña, que empujan desde dentro dos tablas de la empalizada y salen furtivamente a la calle.

[...] El terreno del solar no es llano: tiene en el ángulo que forman dos casas, una hondonada profunda... Al entrar se ve primero un camino, entre montones de cascote y de piedras, que se dirige hacia la hondonada.

En ésta hay una casa, si es que así puede llamarse a un cobertizo hecho de palos al cual sirve de techo una puerta metálica, de esas de cerrar los escaparates de las tiendas, rota, oxidada y sujeta por varios pedruscos.

La casucha no tiene más que un cuarto.



***Llamaban así a un grupo de casuchas
bajas...***

Tampoco es favorable la descripción de las casas de vecindad: así la del «corralón» que se hallaba en el paseo de las Acacias.

Daba el Corralón —éste era el nombre más familiar de la piltra del tío Rilo— al Paseo de las Acacias; pero no se hallaba en la línea de este paseo, sino algo metida hacia atrás. La fachada de esta casa, baja,

estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y su tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta que daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio, circunscrito por altas paredes negruzcas.

De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio. Abríanse de trecho en trecho, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul, con un número negro en el dintel de cada una.



**Mi querido y viejo Madrid (*El corralón*,
óleo por José Lapayese del Río, 1926-2000)**

Entre la cal y los ladrillos de las paredes asomaban, como huesos puestos al descubierto, largueros y travesaños, rodeados de tomizas resacas. Las columnas de las galerías, así como las zapatas y pies derechos en que se apoyaban, debían de haber estado en otro tiempo pintadas de verde; pero, a consecuencia de la acción constante del sol y de la lluvia, ya no les quedaba más que alguna que otra zona con su primitivo color.

Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapas de cinc, se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revoltijo de mil diablos. Todas las tardes, algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo, y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules del agua de añil. Solían echar también los vecinos por cualquier parte la basura y, cuando llovía, como se obturaba casi siempre la boca del sumidero, se producía una pestilencia insoportable de la corrupción del agua negra que inundaba el patio, sobre la cual nadaban hojas de col y papeles pringosos.

A cada vecino le quedaba para sus menesteres el trozo de galería que ocupaba su casa; por el aspecto de este espacio podía colegirse el grado de miseria o de relativo bienestar de cada familia, sus aficiones y sus gustos.



Corrala de Tribulete esquina Mesón de Paredes, hoy Monumento Nacional

Las casas eran estrechas y, dado el precio de los alquileres, estaban sobreocupadas. Así, en el Corralón, la casa del señor Ignacio

...la componían dos alcobas, una sala, la cocina y el cuarto oscuro, y allí vivían el matrimonio, los dos hijos, Vidal y Leandro [amigos de Manuel], y éste cuando iba a vivir con ellos.

Por eso no es de extrañar este comentario de Baroja referido a los corralones, que advierte de la variedad de las situaciones dentro del clima general:

Cada trozo de galería era una manifestación de una vida distinta dentro del comunismo del hambre; había en aquella casa todos los grados y matices de la miseria: desde la heroica, vestida con el harapo limpio y decente, hasta la más nauseabunda y repulsiva.

Vivir en estas condiciones no suscitaba existencias armoniosas. Como leemos en *La busca*:

Era en general, toda la gente que allí habitaba, gente concentrada que vivía en el continuo aplanamiento producido por la eterna e irremediable miseria; muchos cambiaban de oficio,



Los mendigos en el puente de Valdecañas, 1910 (aguafuerte, aguatinta y punta seca, 5º estado, por Ricardo Baroja)

como un reptil de piel; otros no lo tenían: algunos peones de carpintero, de albañil, a consecuencia de su falta de iniciativa, de comprensión y de habilidad, no podían pasar de peones. Había también gitanos, esquiladores de mulas y de perros, y no faltaban cargadores, barberos ambulantes y saltimbanquis. Casi todos ellos, si se terciaba, robaban lo que podían; todos presentaban el mismo aspecto de miseria y de consunción. Todos sentían una rabia constante, que se manifestaba en imprecaciones furiosas y en blasfemias.

La «Corte de los Milagros»

La mendicidad era un problema agobiante; lo sería no obstante hasta el filo de la Guerra Civil y sólo ya avanzado el siglo, en los años sesenta, comenzaría a dejar de ser la lacra que era. Estas páginas impresionantes de *La busca* describen el terrible panorama, con el sarcástico título de *La corte de los milagros*, tomado de *Los miserables*, de Victor Hugo:

Por el Puente de Toledo pasaba una procesión de mendigos y mendigas, a cual más desastrados



Interior del Corralón, por Ricardo Baroja



Puente de Toledo

y sucios. Salía gente, para formar aquella procesión del harapo de las Cambroneras y de las Injurias; llegaban del paseo Imperial y de los Ocho Hilos; y ya, en filas apretadas, entraban por el puente de Toledo y seguían por el camino alto de San Isidro a detenerse ante una casa roja.

Esto debe ser la Doctrina (...) Era aquello un cónclave de mendigos, un conciliábulo de Corte de los Milagros. Las mujeres ocupaban casi todo el patio; en un extremo, cerca de una capilla, se amontonaban los hombres; no se veían más que caras hinchadas, de estúpida apariencia, narices inflamadas y bocas torcidas; viejas gordas y pesadas como ballenas melancólicas; vejezuelas esqueléticas de boca hundida y nariz de ave rapaz; mendigas vergonzantes con la barba verrugosa, llena de pelos, y la mirada entre irónica y huraña; mujeres jóvenes, flacas y extenuadas, desmelenadas y negras; y todas, viejas y jóvenes, envueltas en trajes raídos, remendados, zurcidos, vueltos a remendar hasta no dejar una pulgada sin su remiendo. Los mantones verdes, de color de aceituna, y el traje triste del ciudadano, alternaban con los refajos de bayeta, amarillos y rojos, de las campesinas.

Roberto paseó mirando con atención el interior del patio. Manuel le seguía indiferente.

Entre los mendigos, un gran número lo formaban los ciegos; había lisiados, cojos, mancos; unos hieráticos, silenciosos y graves; otros, movedizos. Se mezclaban las anguarinas pardas con



Los barrios bajos, junto al río Manzanares, a principios del siglo pasado

las americanas raídas y las blusas sucias. Algunos andrajosos llevaban a la espalda sacos y morrales negro; otros, enormes cachiporras en la mano; un negrazo con la cara tatuada a rayas profundas, esclavo, sin duda en otra época, envuelto en harapos, se apoyaba en la pared con una indiferencia digna; por entre hombres y mujeres correteaban los chiquillos descalzos y los perros escuálidos; y todo aquel montón de mendigos, revuelto, agitado, palpitante, bullía como una gusanera.

Personajes, tipos y tipejos

Una singular fauna humana puebla el miserable Madrid del cambio de siglo. Veamos estas páginas de *Aurora roja*, donde Manuel Alcázar, el protagonista de la serie, charla con unos amigos, entre ellos un electricista en cuyo taller se encuentran:

Manuel calló porque el padre del electricista, Rebolledo el jorobado, y un amigo suyo entraron al taller. Eran los recién venidos un par de tipos extravagantes; llevaba Rebolledo padre un sombrero hongo de color café con leche con una gran gasa negra, una chaqueta casi morada, unos pantalones casi amari-



Niños bañándose en el Manzanares a principios del siglo pasado

lentos, del color de la bandera de la peste, y un bastón de caña con puño de cuerno.

El amigo era un viejecillo con aire de zorro, de ojos chiquitos, brillantes, nariz violácea, surcada por rayas venenosas y bigote corto y canoso, iba endomingado, vestía una chaqueta de un paño duro como piedra, un pantalón de pana, un bastón hecho con cartas con una bola

de puño y en el chaleco una cadena de reloj adornada con dijes. Este hombre se llamaba Canuto, el señor Canuto, y vivía en una de las casas anejas al cementerio de la Patriarcal.

La busca

El agua era escasa; su red de conducción, deficitaria —de ahí la proliferación de aguadores, que el autor refleja en sus memorias—; la limpieza, menguada; y el ayuntamiento tenía que recurrir para la recogida de basura a los traperos, que llevaban a cabo su labor en las primeras horas de la madrugada con carros tirados por mulos o burros. En *La busca* —la busca de los traperos, de donde procede el título de la primera de las tres novelas que integran *La lucha por la vida*— comparece el personaje del «buscador» por excelencia, el señor Custodio:

Se levantaba el señor Custodio todavía de noche, despertaba a Manuel, enganchaban entre los dos los borricos al carro y comenzaban a subir a Madrid a la caza cotidiana de la bota vieja y del pedazo de trapo. Unas veces iban por el paseo de los Melancólicos; otros por las rondas o la calle de Segovia... Entre unas cosas y otras el señor Custodio sacaba para vivir con cierta holgura; tenía su negocio perfectamente estudiado, y como el vender su género no le apremiaba, solía esperar las ocasiones más convenientes para hacerlo con alguna ventaja.

Una vez efectuada la busca, procedían a la clasificación de las basuras:

Regresaban Manuel y el trapero por la mañana temprano; descargaban en el raso que había delante de la puerta, y marido, mujer, y chico hacían las separaciones y clasificaciones. El trapero y su mujer tenían una habilidad y una rapidez para esto pasmosa...

Después de la clasificación de todo lo recogido, el señor Custodio y Manuel, con una espuerta cada uno, esperaban a que vinieran los carros de escombros, y cuando descargaban los carros, iban apartando en el mismo vertedero: los cartones y los pedazos de trapo, de cristal y de hueso.

Y añade Baroja:

Los desperdicios de pan, hojas de verdura, restos de fruta se reservaban para la comida de los cerdos y gallinas, y lo que no servía para nada se echaba al pudridero.

Los traperos criaban animales domésticos en los corrales, y esto era fuente abundante de enfermedades. Pero los traperos resolvían el problema de la recogida de basura y las autoridades debían resignarse.

Todos luchaban por la vida: gentes desocupadas, golfos, hampones, vagabundos, pobres, seres marginales en un Madrid sin puestos de trabajo suficientes, sin agua, sin alcantarillas, sucio, que olía mal...

Los golfos en el Observatorio

En sus vagabundeos por Madrid, Manuel y sus colegas transitan los lugares más inesperados, como el Observatorio, el hermoso edificio le-



Un trapero (acuarela por Eduardo Vicente)

gado por los ilustrados del XVIII. Pero el paisaje que se apunta es en parte invención barojiana y remite a su insistencia en los mundos marginales, miserables, los alardes delictivos de los compañeros de andanzas del protagonista, «la mala intención de todos», que cuando es de día, y tras una noche afflictiva para Alcázar, desemboca en «la atmósfera, húmeda, fría y triste de la mañana, bajo un cielo de color de cinc». Con todo, cabe destacar las hermosas alusiones al paisaje del Guadarrama, que emerge sobre la ciudad de torrecillas y chimeneas.

Comieron, y después, en unión de otros chiquillos andrajosos, subieron por los altos arenosos del cerrillo de San Blas, a ver desde allí el ejercicio de los soldados en el paseo de Atocha.

Manuel se tendió perezosamente al sol; sentía el bienestar de hallarse libre por completo de preocupaciones, de ver el cielo azul extendiéndose hasta el infinito. Aquel bienestar le llevó a un sueño profundo.

Cuando se despertó era ya media tarde; el viento arrastraba nubes oscuras por el cielo. Manuel se sentó; había un grupo de golfos junto a él, pero entre ellos no estaba el Expósito.

Un nubarrón negro vino avanzando hasta ocultar el sol; poco después empezó a llover.

—¿Vamos a la cueva del Cojo? —dijo uno de los muchachos.

—Vamos.

Echó toda la golfería a correr, y Manuel con ella, en la dirección del Retiro. Caían las gruesas gotas de lluvia en líneas oblicuas de color de acero; en el cielo, algunos rayos de sol pasa-



Traperos, hacia 1907 (aguatinta y punta seca, por Ricardo Baroja)

ban brillantes por entre las violáceas nubes oscuras y alargadas, como grandes peces inmóviles.

Delante de los golfos, a bastante distancia, corrían dos mujeres y dos hombres.

—Son la Rubia y la Chata, que van con dos paletos —dijo uno.

—Van a la cueva —añadió otro.

Llegaron los muchachos a la parte alta del cerrillo; en la entrada de la cueva, un agujero hecho en la arena; sentado en el suelo, un hombre a quien le faltaba una pierna, fumaba en pipa.

—Vamos a entrar —advirtió uno de los golfos al Cojo.

—No se puede —replicó él.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¡Hombre! Déjenos usted entrar hasta que pase la lluvia.

—No puede ser.

—¿Es que están la Rubia y la Chata ahí?

—A vosotros ¿qué os importa?

—¿Vamos a darles un susto a esos paletos? —propuso uno de los golfos, que llevaba largos tufos negros por encima de las orejas.

—Ven y verás —masculló el Cojo, agarrando una piedra.

—Vamos al observatorio —dijo otro—. Allá no nos mojaremos.

Los de la cuadrilla volvieron hacia atrás, saltaron una tapia que les salió al paso, y se guardaron en el pórtico del observatorio, del lado de Atocha. Venía el viento del Guadarrama, y allá quedaban al socaire.

La tarde y parte de la noche estuvo lloviendo, y la pasaron hablando de mujeres, de robos y de crímenes. Dos o tres de aquellos chicos tenían casa, pero no querían ir. Uno, que se llamaba el Mariané, contó una porción de timos y de estafas notables; algunos, que demostraban ingenio y habilidad portentosos, entusiasmaron a la concurrencia.

Agotado este tema, unos cuantos se pusieron a jugar al cané, y el de los tufos negros, a quien llamaban el Canco, cantó por lo bajo canciones flamencas con voz de mujer.



Lluvia (acuarela por Eduardo Vicente)



Madrid, visto desde el Observatorio Astronómico en la actualidad. En primer término el Museo Nacional de Antropología y más allá la Estación de Atocha, o del Mediodía, y Carabanchel

De noche, como hacía frío, se tendieron muy juntos en el suelo y siguieron hablando. A Manuel le chocaba la mala intención de todos; uno explicó cómo a un viejo de ochenta años, que dormía furtivamente en el cuchitril formado por cuatro esteras en el lavadero del Manzanares el Arco Iris, le abrieron una noche que corría viento helado dos de las esteras, y al día siguiente lo encontraron muerto de frío. (...)

Cuando despertó, sintió el frío, que le penetraba hasta los huesos.

Alboreaba la mañana, ya no llovía; el cielo, aún oscuro, se llenaba de nubes negruzcas. Por encima de un seto de evónimos brillaba una estrella, en medio de la pálida franja del horizonte, y sobre aquella claridad de ópalo se destacaban entrecruzadas las ramas de los árboles, todavía sin hojas.

Se oían silbidos de las locomotoras en la estación próxima; hacia Carabanchel palidecían las luces de los faroles en el campo oscuro entrevisto a la vaga luminosidad del día naciente.

Amanecer

Madrid, plano, blanquecino, bañado por la humedad, brotaba de la noche con sus tejados, que cortaban en una línea recta el cielo; sus torrecillas, sus altas chimeneas de fábrica y,

en el silencio del amanecer, el pueblo y el paisaje lejano tenían algo de lo irreal y de lo inmóvil de una pintura.

Clareaba más el cielo, azuleando poco a poco. Se destacaban ya de un modo preciso las casas nuevas, blancas; las medianerías altas de ladrillo, agujereadas por ventanucos simétricos; los tejados, los esquinazos, las balaustradas, las torres rojas, recién construidas, los ejércitos de chimeneas, todo envuelto en la atmósfera húmeda, fría y triste de la mañana, bajo un cielo bajo de color de cinc.

Fuera del pueblo, a lo lejos, se extendía la llanura madrileña en suaves ondulaciones, por donde nadaban las neblinas del amanecer, serpenteaba el Manzanares, estrecho como un hilo de plata; se acercaba al cerrillo de los Ángeles, cruzando campos yermos y barriadas humildes, para curvarse después y perderse en el horizonte gris. Por encima de Madrid, el Guadarrama aparecía como una alta muralla azul, con las crestas blanqueadas por la nieve. En pleno silencio el esquilón de una iglesia comenzó a sonar alegre, olvidado en la ciudad dormida.

Manuel sentía mucho frío y comenzó a pasearse de un lado a otro, golpeándose con las manos en los hombros y en las piernas. Entretenido en esta operación, no vio a un hombre de boina, con una linterna en la mano, que se acercó y le dijo:

—¿Qué haces ahí?

Manuel, sin contestar, echó a correr para abajo; poco después comenzaron a bajar los demás, despertados a puntapiés por el hombre de la boina.

Al llegar junto al Museo Velasco, el Mariané dijo:

—Vamos a ver si hacemos la Pascua a ese morral del Cojo.

—Sí; vamos.

Volieron a subir por una vereda al sito en donde habían estado la tarde anterior. De las cuevas del cerrillo de San Blas salían



Jardines y fachada del Observatorio Astronómico Nacional, en el cerrillo de San Blas, obra de Juan de Villanueva (1790-1808)

gateando algunos golfos miserables que, asustados al oír ruido de voces, y pensando sin duda en alguna batida de la policía, echaban a correr desnudos, con los harapos debajo del brazo.

Se acercaron a la cueva del Cojo; el Mariané propuso que en castigo a no haberles dejado entrar el día anterior, debían hacer un montón de hierbas en la entrada de la cueva y pegarle fuego.

—No, hombre, eso es una barbaridad —dijo el Canco—. El hombre alquila su cueva a la Rubia y a la Chata, que andan por ahí y tienen su parroquia en el cuartel, y no puede menos de respetar sus contratos.

Pues hay que amolarle —repuso el Mariané—. Ya veréis. El muchacho entró a gatas en la cueva y salió poco después con la pierna de palo del Cojo en una mano y en la otra un puchero.

—¡Cojo! ¡Cojo! —gritó.

A los gritos se presentó el lisado en la boca de la cueva, apoyándose en las manos, andando a rastras, vociferando y blasfemando con furia.

—¡Cojo! ¡Cojo! —le volvió a gritar el Mariané, como quien azuza a un perro—. ¡Que se te va la pierna! ¡Que se te escapa el piri! y

cogiendo la pata de palo y el puchero los tiró por el desmonte abajo.

Echaron todos a correr hacia la ronda de Vallecas. Por encima de los altos y hondonadas del barrio del Pacífico, el disco rojo enorme del sol brotaba de la tierra y ascendía lento y majestuoso por detrás de unas casuchas negras.

El Rastro

Todo el mundo de La busca está habitado por el desamor y la delincuencia. Manuel Alcázar, salpicado así por el crimen del Valencia, recobra en estas páginas la libertad y trata de poner a buen recaudo al criminal con la ayuda de un guardia, el Garro, todo ello sobre el fondo de un paisaje confuso, sucio, destartado y triste.



**El Observatorio visto desde el antiguo
Museo Velasco, hoy Museo de
Antropología Nacional**



Vista aérea de la zona del Rastro, con la Puerta de Toledo y la Biblioteca Pedro Salinas, el Mercado y la plaza del Campillo y los jardines de la antigua fábrica del gas, en la actualidad

Salieron los dos por la calle del Barquillo a la de Alcalá.

«No me vuelven a coger», pensó Manuel; pero luego se le ocurrió que tan tupida y espesa era la trama de las leyes, que resultaba muy difícil no tropezar con ella aunque se anduviese con mucho tiento.

—Y no me ha dicho usted todavía por quién me dejan libre —exclamó Manuel.

—¿Por quién te han puesto libre? Por mí —contestó Garro. Manuel no contestó.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó.

—Al Campillo del Mundo Nuevo.

—Entonces tenemos camino largo.

—En la Puerta del Sol tomaremos el tranvía de la Fuentecilla.

Efectivamente, así lo hicieron. Bajaron en el sitio indicado y tomaron por la calle de la Arganzuela. Al final de esta calle, a mano derecha, ya en la plaza que constituye el Campillo del Mundo Nuevo, se detuvieron. Pasaron por un largo corredor a un patio ancho con galerías.

En la primera puerta abierta entró el Garro y preguntó con voz autoritaria:

—¿Vive aquí un cabo del Orden que se llama Ortiz?

Del fondo de un rincón oscuro, en donde trabajaban dos hombres cerca de un hornillo, contestó uno de ellos:

—¿A mí qué me cuenta usted? Pregúnteselo usted al portero.

Los dos hombres estaban haciendo barquillos. Tomaban de una caldera, llena de una masa blanca como engrudo, una cucharada y la echaban en unas planchas que se cerraban como tenazas. Después de cerradas las ponían al fuego, las calentaban por un lado y por otro, las abrían y en una de las planchas aparecía el barquillo, como una oblea redonda. El hombre, rápidamente, con los dedos, lo arrollaba y lo colocaba en una caja.



Personaje del Rastro (acuarela por Eduardo Vicente)

—¡Eh, Ortiz! —le gritó.

—¿Qué hay? ¿Quién me llama?

—Soy yo, Garro.

Bajó el guardia con rapidez, y apareció en el patio.

—¡Hola, señor Garro! ¿Qué le trae a usted por aquí?

—Este muchacho es el primo de ese que han matado en el puente del

Sotillo; conoce al agresor, que es un randa conocido por el Bizco.

—¿De manera que no saben ustedes si vive o no aquí Ortiz? —preguntó de nuevo el Garro.

—Ortiz —dijo una voz del fondo negro, en donde no se veía nada—. Sí, aquí vive. Es el administrador.

Manuel entrevió en el agujero negro dos hombres tendidos en el suelo.

—Pues si es el administrador —dijo el que trabajaba—, hace un momento estaba en el patio.

Salieron el Garro y Manuel al patio y el agente vio al guardia en la galería del piso primero.

¿Quieres encargarte de la captura?

—Hombre... Si me lo mandan...

—No; la cuestión es si tienes tiempo y quieres hacerlo. Yo llevo una carta aquí del juez para tu coronel, pidiéndole que te encargues tú de la captura. Ahora, si no tienes tiempo, dilo.

—Tiempo hay de sobra.

—Entonces, ahora voy a dejar la carta a tu coronel.

—Bueno. ¿Habrá alguna propinilla, eh?

—Descuida. Aquí está el chico; no le sueltes, que te acompañe.

—Está bien.

—¿No hay más que decir?

—Nada.

—Pues adiós, y buena mano derecha.

—Adiós.

El Garro salió de la casa y quedaron frente a frente Manuel y Ortiz.

—Tú no te separas de mi lado hasta que cojamos al Bizco, ya lo sabes— le dijo el cabo a Manuel.

El tal Ortiz, afamado como perseguidor de granujas y de bandidos, era un tipo de criminal completo; tenía el bigote negro y recortado, las cejas salientes y unidas, la nariz chata, el labio superior retraído, que dejaba mostrar los dientes hasta su nacimiento; la frente estrecha y una cicatriz profunda en la mejilla.

Vestía de paisano, traje oscuro y gorra. En su figura había algo de lo agresivo de un perro de presa y de lo feroz de un jabalí.

—¿No me va usted a dejar salir? —preguntó Manuel.

—No.

—Tenía que ver a unas amigas.



Escena callejera, hacia 1905 (fotografía de Santiago Ramón y Cajal)

—Aquí no hay amigas que valgan. ¿Quiénes son ellas?
Algunas golfas...

—No; son las hermanas de un cajista, compañero mío, que fueron mis vecinas en el parador de Santa Casilda.

—¡Ah!, pero ¿tú has vivido allí?

—Sí.

—Pues yo también. Las conoceré.

—No sé; son hermanas de un cajista que se llama Jesús.

—La Fea.

—Sí.

—La conozco. ¿Dónde vive?

—En el callejón del Mellizo.

—Aquí mismo está. Vamos a verla.

Salieron de la casa; calle de la Arganzuela arriba estaba el callejón del Mellizo, próximo al matadero de cerdos. No había en el callejón, que en su principio tenía empalizadas a ambos lados y estaba obstruido por grandes losas, puestas unas encima de otras, más que una casa grande en el fondo. Delante de la casa, en un patio grande, trajinaban algu-



**Plaza del Campillo del Mundo Nuevo, en el Rastro
madrileno**

nos cañis con mulas y pollinos; en las galerías asomaban gitanas negras y gitanillas de ojos brillantes y trajes abigarrados.

Preguntaron a un gitano por la Fea, y les indicó el número 6 del piso segundo.

En la puerta del cuarto, en un letrero escrito en una cartulina, ponía: «Se cose a máquina».

Llamaron y apareció un chiquillo rubio.

—Éste es el hermano de la Salvadora —dijo Manuel.

Se presentó la Fea en la puerta y recibió a Manuel con grandes muestras de alegría y saludó a Ortiz.

—¿Y la Salvadora? —preguntó Manuel.

—En la cocina; ahora viene.

El cuarto era claro, con una ventana por donde entraban los últimos rayos del sol poniente.

—Debe de ser muy alegre este cuarto —dijo Manuel.

—Entra el sol desde que sale hasta que se marcha —contestó la Fea— Queremos mudarnos; pero no encontramos cuarto parecido a éste.

Respiraba aquello tranquilidad y trabajo; había dos máquinas de coser nuevas, un armario de pino, sillas y macetas en la ventana.

Morir en Madrid

En *El árbol de la ciencia* cuenta Baroja la vida de Andrés Hurtado, criatura melancólica y desventurada, que estudió Medicina. La imagen de la muerte corona este submundo. La sala de disección del Hospital de San Carlos le inspira esta sombría visión:

[...] La anatomía bastaba para poner a prueba la memoria mejor organizada. Unos meses después del principio de curso, en el tiempo frío, se comenzaba la clase de disección. Los cincuenta o sesenta alumnos se repartían en diez o doce mesas y se agrupaban de cinco en cinco en cada una. Se reunieron en la misma mesa Montaner, Aracil y Hurtado, y otros dos a quien



Final de la jornada o La muerte sobre el puente, 1910
(aguafuerte y punta seca, por Ricardo Baroja)



Tejados de Madrid, 1989 (óleo, por Eduardo Chicharro Aguera)

ellos consideraban como extraños a su pequeño círculo. Sin saber por qué, Hurtado y Montaner, que en el curso anterior se sentían hostiles, se hicieron muy amigos en el siguiente. Andrés le pidió a su hermana Margarita que le cosiera una blusa para la clase de disección, una blusa negra con mangas de hule y vivos amarillos. Margarita se la hizo. Estas blusas no eran nada limpias, porque en las mangas, sobre todo, se pegaban piltrafas de carne que se secaban y no se veían. La mayoría de los estudiantes ansiaban llegar a la sala de disección y hundir el escalpelo en los cadáveres, como si les quedara un fondo atávico de crueldad primitiva. En todos ellos se producía un alarde de indiferencia y de jovialidad al encontrarse frente a la muerte, como si fuera una cosa divertida y alegre destripar y cortar en pedazos los cuerpos de los infelices que llegaban allá. Dentro de la clase de disección, los estudiantes gustaban de encontrar grotesca la muerte; a un cadáver le ponían un cucurucho en la boca o un sombrero de papel. Se contaba de un estudiante de segundo año que había embromado a un amigo suyo, que sabía era un poco aprensivo, de este modo: cogió el brazo de un muerto, se embozó en la capa y se acercó a saludar a su amigo.

—¿Hola, qué tal? —le dijo sacando por debajo de la capa la mano del cadáver—.

—Bien, ¿y tú? —contestó el otro.

El amigo estrechó la mano, se estremeció al notar su frialdad y quedó horrorizado al ver que por debajo de la capa salía

el brazo de un cadáver. De otro caso sucedido por entonces se habló mucho entre los alumnos. Uno de los médicos del hospital, especialista en enfermedades nerviosas, había dado orden de que a un enfermo suyo, muerto en su sala, se le hiciera la autopsia, se le extrajera el cerebro y se lo llevara a su casa. El interno extrajo el cerebro y lo envió con un mozo al domicilio del médico. La criada de la casa, al ver el paquete, creyó que eran sesos de vaca, y los llevó a la cocina y los preparó y los sirvió a la familia. Se contaban muchas historias como ésta, fueran verdad o no, con verdadera fruición.

Indiferencia ante el dolor

Existía entre los estudiantes de Medicina una tendencia al espíritu de clase, consistente en un común desdén por la muerte, en cierto entusiasmo por la brutalidad quirúrgica, y en un gran desprecio por la sensibilidad. Andrés Hurtado no manifestaba más sensibilidad que los otros; no le hacía tampoco ninguna mella ver abrir, cortar y descuartizar cadáveres. Lo que sí le molestaba era el procedimiento de sacar los muertos del carro donde los traían del depósito del hospital. Los mozos cogían estos cadáveres, uno por los brazos y otro por los pies, los aupaban y los echaban al suelo. Eran casi siempre cuerpos esqueléticos, amarillos, como momias. Al dar en la piedra, hacían un ruido



Vagos o La muchacha y los viejos, 1909 (aguafuerte y aguatinta,
por Ricardo Baroja)

desagradable, extraño, como de algo sin elasticidad que se derrama; luego, los mozos iban cogiendo los muertos, uno a uno, por los pies y arrastrándolos por el suelo; y al pasar unas escaleras que había para bajar a un patio donde estaba el depósito de la sala, las cabezas iban dando lúgubrementemente en los escalones de piedra. La impresión era terrible; aquello parecía el final de una batalla prehistórica, o de un combate de circo romano, en que los vencedores fueran arrastrando a los vencidos.

Hurtado imitaba a los héroes de las novelas leídas por él y reflexionaba acerca de la vida y de la muerte; pensaba que si las madres de aquellos desgraciados que iban al "*spoliarium*", hubiesen vislumbrado el final miserable de sus hijos, hubieran deseado seguramente parirlos muertos. Otra cosa desagradable para Andrés era el ver, después de hechas las disecciones, cómo metían todos los pedazos sobrantes en unas calderas cilíndricas pintadas de rojo, en donde aparecía una mano entre un hígado, y un trozo de masa encefálica, y un ojo opaco y turbio en medio del tejido pulmonar.

A pesar de la repugnancia que le inspiraban tales cosas, no le preocupaban; la anatomía y la disección le producían interés. Esta curiosidad por sorprender la vida, este instinto de inquisición tan humano, lo experimentaba él como casi todos los alumnos. Uno de los que lo sentían con más fuerza era un catalán amigo de Aracil que aún estudiaba en el Instituto. Jaime Massó, que así se llamaba, tenía la cabeza pequeña, el pelo negro, muy fino, la tez de un color blanco amarillento, y la mandíbula prognata. Sin ser inteligente, sentía tal curiosidad por el funcionamiento de los órganos, que si podía se llevaba a casa la mano o el brazo de un muerto para disecarlos a su gusto. Con las piltrafas, según decía, abonaba unos tuestos o los echaba al balcón de un aristócrata de la vecindad a quien odiaba.

Paisajes

Baroja es uno de nuestros mejores paisajistas. Hay novelas, como *Camino de perfección*, que parecen escritas para hacer comparecer los paisajes de Castilla. Pero Baroja también sabe pintar paisajes que son descensos a la vida, no subidas al cielo, como este fragmento de *La busca*:

Cuando llegó Manuel frente a la escalera de la calle del Águila anochecía, se sentó a descansar un rato en el Campillo de Gilimón. Veíase desde ella arriba el campo amarillento, cada vez más sombrío con la proximidad de la noche, y las chimeneas y las casas, perfiladas con dureza en el horizonte. El cielo, azul y verde arriba, se inyectaba de rojo a ras de la tierra, se oscurecía y tomaba colores siniestros, rojos cobrizos, rojos de púrpura.

Asomaban por encima de las tapias las torrecitas y cipreses del cementerio de San Isidro; una cúpula redonda se destacaba recortada en el aire; en su remate se erguía un angelote con las alas desplegadas, como presto para levantar el vuelo sobre el fondo incendiado y sangriento de la tarde.

He aquí otro paisaje, éste de un amanecer inquietante porque es el preludio de acciones marginales:

El viento frío sopló durante toda la noche con violencia. El primero que se despertó fue Manuel y llamó a los otros dos. Salieron del callejón formado por dos muros de ladrillos. Aún era de noche; un trozo de luna asomaba de cuando en cuando en el cielo por entre las nubes oscuras; a veces se ocultaban, a veces parecía descansar en el seno de uno de aquellos nubarrones a los cuales plateaba débilmente.



Lavadero junto al río Manzanares, hacia 1900

Otro paisaje, este matutino:

Era una mañana espléndida, de un día de primavera. En el sotillo próximo al Campo del Moro, algunos soldados se ejercitaban tocando trompetas y tambores; de una chimenea de ladrillo de la ronda de Segovia salía a borbotones un humazo oscuro que manchaba el cielo, limpio y transparente; en los lavaderos del Manzanares brillaban al sol las ropas puestas a secar, con vívida blancura.

Y este otro, que aparece después de que ha llovido una mañana de domingo:

En el cielo, ya despejado, nadaban nubes oscuras, blancas en los bordes, como montañas coronadas de nieve; a impulsos del viento corrían y desplegaban sus alas; el sol claro alumbraba con rayos de oro el campo, resplandeciente en las nubes, las enrojecía como brasas; algunos celajes corrían por el espacio, blancos jirones de espuma. Aún no manchaba la hierba verde las lomas y las hondonadas de los alrededores madrileños; los árboles del Campo del Moro aparecían rojizos, esqueléticos, entre el follaje de los de hoja perenne; humaredas negruzcas salían rasando la tierra para ser pronto barridas por el viento. Al paso de las nubes la llanura cambiaba de color; era sucesivamente morada, plomiza, amarilla, de cobre; la carretera de Extremadura trazaba una línea quebrada, con sus dos filas de casas grises y sucias. Aquel severo, aquel triste paisaje de los alrededores madrileños con su hosquedad torva y fría, le llegaba a Manuel al alma.

Un último paisaje desolado de la ciudad:

Escanció Vidal en las copas y bebieron los tres. Se veía Madrid en alto, con su caserío alargado y plano, sobre la arboleda del Canal. A la luz roja del sol poniente brillaban las ventanas con resplandor de brasa; destacábanse muy cerca, debajo de San Francisco el Grande, los rojos depósitos de la fábrica del gas, con sus altos soportes, entre escombreras negruzcas; del centro de la ciudad brotaban torrecillas de poca altura y chimeneas que vomitaban, en borbotones negros, columnas de humo inmovilizadas en el aire tranquilo. A un lado se erguía el observatorio, sobre un cerrillo, centelleando el sol en sus ventanas; al otro, el Guadarrama, azul, con sus crestas blancas, se recortaba en el cielo limpio y transparente, surcado por nubes rojas.

Moviéndose

Los personajes de Baroja se mueven constantemente. Viven en la acción, por eso deambulan por los espacios novelescos de continuo, como Manuel Alcázar, y se ven envueltos en los lances más sórdidos, como éste:

Hacía unos días, contó Vidal [un golfillo que conocía Manuel], birlaron entre los dos a un chico una cabra a orillas del Manzanares, cerca del puente de Toledo; Vidal entretuvo al chico jugando a las chapas, mientras que el Bizco agarraba a la cabra y la subía por la rampa de los pinos a las Injurias. Entonces Vidal, señalándole al chico la parte opuesta de la rampa, le dijo: «Corre que por allí va tu cabra», y mientras el muchacho echaba a trotar en la dirección indicada, Vidal se escabullía en las Injurias y se juntaba con el Bizco y su querida. [...]

Se conocían, por lo que decía Vidal, todos los randas, hasta los de los barrios más lejanos. Era una vida extrasocial la suya, admirable; hoy se veían en los Cuatro Caminos; a los tres o cuatro días, en el Puente de Vallecas o en la Guindalera, se ayudaban unos a otros. Su radio de acción era una zona comprendida desde el extremo de la Casa de Campo, en donde se encuentran el ventorro de Agapito y las ventas de Alcorcón, hasta los Carabancheles; desde aquí, las orillas del arroyo Abroñigal, La Elipa; el Este, las Ventas y la Concepción hasta la Prosperidad; luego Tetuán hasta la Puerta de Hierro. Dormían, en verano, en corrales y cobertizos de las afueras. Los del centro, mejor vestidos, más aristócratas, tenían ya su golfa, a la que fiscalizaban las ganancias y que se cuidaban de ellos; pero la golfería del centro era ya distinta, de otra clase, con otros matices.



Tasca madrileña (óleo, por Juan Esplandiú Peña)



Vista antigua de Madrid desde el Puente de Segovia

A veces el Bizco y Vidal habían pasado malas épocas, comiendo gatos y ratas, guareciéndose en las cuevas del cerri-
llo de San Blas, de Madrid Moderno y del cementerio del Este;
pero ya tenían los dos su apaño.

—¿Y de trabajar? ¿Nada? —preguntó Manuel.

—¡Trabajar!... pa el gato —contestó Vidal.

—Ellos no trabajaban —tartamudeó el Bizco; con su chaira en
la mano, ¿quién le tosía a él?

En el cerebro de aquella
bestia fiera no habían entra-
do, ni aun vagamente, ideas
de derechos y de deberes. Ni
deberes, ni leyes, ni nada;
para él la fuerza era la razón;
el mundo un bosque de caza.
Sólo los miserables podían
obedecer la ley del trabajo; así
decía él: «El trabajo pa los pri-
mos; el miedo pa los blancos».

Mientras hablaban los
tres, pasaron por la carretera
un hombre y una mujer con
un niño en brazos. Tenían
aspecto entristecido, de
gente perseguida y famélica,
la mirada tímida y huraña.



El vicioso
(pastel, por Maximino Peña Muñoz)



En la verbena, hacia 1909 (aguatinta y barniz blando, por Ricardo Baroja)

—Esos son los que trabajan —exclamó Vidal—. Así están ellos.

—Que se hagan la santísima —murmuró el Bizco.

—¿Adónde irán? —preguntó Manuel, contemplándolos con pena.

A los tejares —contestó Vidal—. A vender azafrán, como dicen por ahí.

—¿Y por qué dicen eso?

—Como el azafrán es tan caro...

Se detuvieron los tres y se tendieron en el suelo. Estuvieron más de una hora hablando de mujeres y de medios de sacar dinero.

—¿No tenéis perras? —preguntó Vidal a Manuel y al Bizco.

—Dos reales —contestó éste.

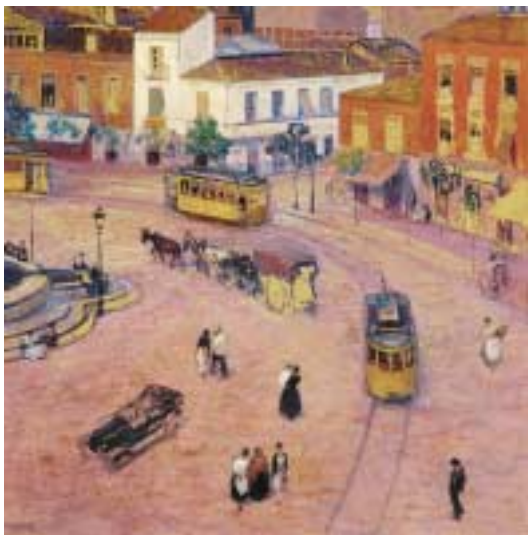
—¡Anda, convida! Vamos a tomar una botella.

Accedió el Bizco refunfuñando, se levantaron y se fueron acercando a Madrid. Una fila de burros blanquecinos pasó por delante de ellos; un gitano joven y moreno, con una larga vara debajo del brazo, montado en las ancas del último borrico de la fila, gritaba a cada paso: ¡Coroné!, ¡coroné!

—¡Adiós, cañí! —le dijo Vidal.

—Vaya con Dios la gente buena —contestó el gitano, con voz ronca—. Al llegar a una taberna del camino, al lado de la casucha de un trapero, se detuvieron, y Vidal pidió la botella de vino.

—¿Qué es esa fábrica? —preguntó Manuel, señalando una que estaba a la izquierda de la carretera de Andalucía, según se había vuelto a Madrid.



Cuatro Caminos, hacia 1917-1919 (óleo, por Aurelio Arteta)

—Ahí hacen dinero con sangre —contestó Vidal solemnemente.

Diversiones

Aquel Madrid oscuro tenía su espacio para las distracciones, aunque el horizonte de una imprecisa amenaza gravita siempre sobre los personajes:

La kermesse de la calle de la Pasión fue esperada por Leandro con ansiedad. Otros años había acompañado a Milagros a la verbená de San Antonio y a las del Prado; bailó con ella, la convidó a buñuelos, la regaló un tiesto de albahaca; aquel verano la familia del Corretor parecía tener empeño decidido de apartar a la Milagros de Leandro. Éste se enteró de que su novia y su madre pensaban ir a la kermesse, y se agenció dos billetes, y anunció a Manuel que los dos se presentarían allá.

Efectivamente: fueron una noche de agosto que hacía un calor horrible; un vaho denso y turbio llenaba las calles de las cercanías del Rastro, adornadas e iluminadas con farolillos a la veneciana.



Escenario con chulapas o zarzuela, hacia 1909 (aguafuerte y aguatinta, por Ricardo Baroja)

Se celebraba la fiesta en un solar grande de la calle de la Pasión.

Entraron Leandro y Manuel: la música del Hospicio tocaba una habanera. El solar, alumbrado con arcos voltaicos, estaba adornado con cintas, gasas y flores artificiales, que partían como radios de un poste del centro e iban hasta los extremos. Frente a la puerta de entrada había una caseta de tablas, recubierta con percalina roja y amarilla, y una porción de banderas españolas: era la tómbola.

Leandro y Manuel se sentaron en un rincón y esperaron. El Corretor y su familia llegaron pasadas las diez; la Milagros estaba muy bonita: vestía traje claro con dibujos azules, pañuelo de crespón negro y zapato blanco. Iba un poco escotada hasta el nacimiento del cuello, terso y redondo.

En aquel momento, la banda del Hospicio tocaba a trompetazos el chotis de «Los Cocineros», y Leandro, emocionado, invitó a bailar a la Milagros. La muchacha hizo un gestillo de desenfado.

—A ver si me manchas el traje nuevo —murmuró, y se puso el pañuelo a la cintura.

—Si bailas con otro, también te manchará —contestó Leandro, humildemente.



El café o La cupletista y los chulos, hacia 1906 (aguafuerte y aguatinta, por Ricardo Baroja)

La Milagros no hizo caso: bailaba cogiéndose la falda con una mano, contestando de una manera displicente y por monosílabos.

Concluyó el chotis, y Leandro invitó a la familia a ir al ambigú. A la derecha de la puerta había dos escalinatas adornadas, que conducían a otro solar a un nivel de seis o siete metros más alto del sitio donde se celebraba el baile. En una de las escaleras, llenas de banderas españolas, había un letrero, sostenido por un poste, donde ponía:

«Subida al ambigú»; en la otra: «Bajada del ambigú».

Subieron todos la escalera. El ambigú era un sitio espacioso, con árboles, alumbrado por globos eléctricos, que colgaban de gruesos cables. Sentados a las mesas, una multitud abigarrada hablaba a gritos, palmoteaba y reía.

Tuvieron que esperar muchísimo tiempo para que un mozo trajese cerveza; la Milagros pidió un helado, y, como no había, no quiso tomar nada. Estuvo así, sin hablar, considerándose profundamente ofendida, hasta que se encontró con dos muchachas de su taller, se reunió con ellas y se le marchó el enfado al momento. Leandro, a la primera ocasión, abandonó al Corretor, se reunió con Manuel y fue a buscar a su novia.

En el solar próximo de la entrada, en el sitio del baile, paseaban, dando vueltas, las parejas en los momentos de descanso; las dos amigas de la Milagros y ésta, las tres agarradas del brazo, paseaban muy alegres, seguidas muy de cerca por tres hombres.



*... y entraron en la buñolería a tomar una
taza de café con leche.*

(Dibujo a pluma, por Ricardo Baroja, para la
edición de 1927)

Uno de ellos era un señorito achulapado, alto, de bigote rubio; el otro, un hombre bajito, de facha ordinaria, con el bigote pintado, la pechera y los dedos llenos de brillantes, y el tercero un chulapón, con patillas de hacha, mezcla de gitano y tratante en ganados, con trazas del más abyecto truhán.

Leandro, al notar la maniobra de los tres compadres, se interpuso entre las muchachas y sus galan-

teadores, y, volviéndose hacia ellos con impertinencia, dijo:

—¿Qué hay?

Los tres se hicieron los distraídos y se rezagaron.

—¿Quiénes son? —preguntó Manuel.

—Uno es el Lechuguino —dijo Leandro en voz alta para que le oyera su novia—, un tío que tiene lo menos cincuenta años y anda por ahí echándose las de pollo; el bajito, del bigote pintado, es Pepe el Federal, y el otro, Eusebio el Carnicero, un hombre que es dueño de unas cuantas casas de compromiso.

El arranque fanfarrón de Leandro gustó a una de las muchachas, que se volvió a mirar al mozo y sonrió; pero a la Milagros no le hizo gracia ninguna, y, mirando hacia atrás, buscó repetidas veces con la mirada al grupo de los tres hombres. [...]

Galanteos

Las tres muchachas se acercaron a ellos, y el Lechuguino invitó a bailar a Milagros. Leandro miró a su novia angustiadamente; ella, sin hacerle caso, se puso a bailar. Tocaban el paso doble de «El tambor de granaderos». El Lechuguino era un bailarín consumado; llevaba a su pareja como una pluma y la hablaba tan de cerca, que parecía que le estaba besando.

Leandro no sabía qué cara poner, sufría horriblemente: no se decidía a marcharse. Concluyó aquel baile, y el Lechuguino acompañó a Milagros a donde estaba su madre.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —dijo Leandro a Manuel—. Si no, voy a hacer un disparate.

Hacia el futuro. En la Puerta del Sol

Manuel Alcázar, fatigado de la vida ambulante y de las peripecias desagradables —presencia incluso un crimen por celos—, decide optar por la vida honrada y buena. Una noche y un amanecer vividos en la Puerta del Sol le dan la pauta; valga esta página de calidades cinematográficas.

La noche le pareció interminable: dio vueltas y más vueltas; apagaron la luz eléctrica, los tranvías cesaron de pasar, la plaza quedó a oscuras.

Entre la calle de la Montera y la de Alcalá iban y venían delante de un café, con las ventanas iluminadas, mujeres de trajes claros y pañuelos de crespón, cantando, parando a los noctámbulos: unos cuantos chulos, agazapados tras de los faroles, las vigilaban y charlaban con ellas, dándoles órdenes...

Luego fueron desfilando busconas, chulos y celestinas.

Todo el Madrid parásito, holgazán, alegre, abandonaba en aquellas horas las tabernas, los garitos, las casas de juego, las madrigueras y los refugios del vicio, y por en medio de la miseria que palpitaba en las calles, pasaban los trasnochadores con el cigarro encendido, hablando, riendo, bromeando con las busconas, indiferentes a las agonías de tanto miserable desaharrapado, sin pan y sin techo, que se refugiaba temblando de frío en los quicios de las puertas.

Quedaban algunas viejas busconas en las esquinas, envueltas en el mantón, fumando...

Tardó mucho en aclarar el cielo; aun de noche se armaron puestos de café; los cocheros y los golfos se acercaron a tomar su vaso o su copa. Se apagaron los faroles de gas.



Tipos madrileños en la Puerta del Sol



Verbená (aguafuerte y aguatinta, por Ricardo Baroja)

Danzaban las claridades de las linternas de los serenos en el suelo gris, alumbrado vagamente por el pálido claror del alba, y las siluetas negras de los traperos se detenían en los montones de basura, encorvándose para escarbar en ellos. Todavía algún trasnochador pálido, con el cuello del gabán levantado, se deslizaba siniestro como un búho ante la luz, y mientras tanto comenzaban a pasar obreros... El Madrid trabajador y honrado se preparaba para su ruda faena diaria.

Aquella transición del bullicio febril de la noche a la actividad serena y tranquila de la mañana hizo pensar a Manuel largamente.

Comprendía que eran las de los noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas que no llegaban ni un momento a encontrarse. Para los unos, el placer, el vicio, y la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía de ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra.

La imprenta de Manuel

El infierno social que describe Baroja es un hecho histórico contrastado por los historiadores; pero surge la pregunta de cómo pudo conocerlo con tal profundidad. La respuesta radica en que el joven con ambiciones literarias, que se hace cargo, junto con su hermano Ri-



**Asfaltadores en la Puerta del Sol, hacia 1900
(aguafuerte y aguatinta, por Ricardo Baroja)**

cardo, del negocio de panadería Viena Capellanes de la calle de la Misericordia heredado de su tía, se transformó en escritor observando el ir y venir de obreros y repartidores por toda la Corte, y en el trato diario con gentes de toda condición social del pueblo de Madrid: golfos y pobres, señoritos y ricos, unos porque comen pan, otros porque degustan la exquisita bollería y el pan de Viena. Este fue el laboratorio en el que surgieron Silvestre Paradox, Manuel y Juan Alcázar, la Salvadora, Fernando Ossorio, Andrés Hurtado y Lulú. Las vivencias del autor se combinan con la observación directa, fotográfica, de la vida madrileña para crear un fresco documental escrito con una prosa sencilla, sin los sentimentalismos exagerados, propios de folletín.

Como no podía ser menos, Baroja refleja también los debates que esa difícil realidad social provocaba en los contemporáneos del cambio de siglo, y muestra los vaivenes de las principales ideologías de la época: el liberalismo, el socialismo, el anarquismo, como puede leerse en estos textos de *Aurora roja*, donde el otrora golfo Manuel decide reconducir su vida y comprar una imprenta, con la ayuda de sus amigos.

El retrato de la Salvadora estaba en mejor sitio y había causado efecto; los periódicos hablaban de Juan; uno del jurado le había dicho que él le votaría para una segunda

medalla; pero como todas estaban comprometidas, no le podrían dar mas que una tercera. Juan le contestó que hiciesen en conciencia lo que les pareciese; pero el del jurado le advirtió que le dijera si iba o no a aceptar la tercera medalla, porque, en el caso de no aceptarla, se la darían a otro.

Juan sintió deseos de rechazarla; pero esto pensó que indicaría que estaba mortificado, y la aceptó.

—¿Cuánto te dan por eso? —le preguntó Manuel.

—Mil pesetas.

—Entonces, haces bien en aceptar. Los periódicos dicen que tus estatuas son de lo mejor de la Exposición; para la gente has obtenido un triunfo. Ahora te dan ese dinero. Tómalo.

—¡Psch!

—Si no lo quieres, dámelo a mí; esas pesetas me podrían hacer el gran avío.

—¿A tí? ¿Para qué?

—Hombre, tengo ya desde hace tiempo la idea de tomar una imprenta en traspaso.

—¿Pero vives mal así?

—No.

—¿Tantas ganas tienes de ser propietario?

—Todo el mundo quiere ser propietario.

—Yo, no.

—Pues yo, sí; me gustaría tener un solar, aunque no sirviera para nada, sólo para ir allá y decir: esto es mío.



La Puerta del Sol, corazón de Madrid, hacia 1933 (fotografía, por Raisin)



Pío Baroja leyendo

—No digas eso —replicó Juan—; para mí ese instinto de propiedad es lo más repugnante del mundo. Todo debía ser de todos.

—Que empiecen los demás dando lo que tienen —dijo la Ignacia terciando en la conversación.

—Nosotros no tenemos que arreglar nuestra conducta con la de los demás, sino con nuestra propia conciencia.

—¿Pero es que la conciencia le impide a uno ser propietario? —preguntó Manuel.

—Sí.

—Será la tuya, chico; la mía no me lo impide. Yo, entre explotado o explotador, prefiero ser explotador; porque eso de que se pase uno la vida trabajando y que se imposibilite uno y se muera de hambre...

—No tiene uno derecho al porvenir. La vida viene como viene, y sujetarla es una vileza.

—Pero, bueno, ¿qué me quieres decir con esto, que no me darás el dinero?

—No, el dinero te lo llevas, si es que me dan la medalla; lo que te digo es que no me gusta esa tendencia tuya de hacerte burgués. Vives bien...

—Pero puedo vivir mejor.

—Bueno; haz lo que quieras.

La Salvadora y la Ignacia no compartían las ideas de Juan; al revés, sentían de una manera enérgica el instinto de propiedad.

Planes

A consecuencia de esta conversación, se despertaron nuevamente los planes ambiciosos de Manuel. La Salvadora y la Ignacia le instaron para que estuviese a la mira por si salía alguna imprenta en traspaso, y pocos días después le indicaron una anunciada en un periódico.

Manuel fue a verla; pero el amo le dijo que ya no la quería traspasar. En cambio, supo que un periódico ilustrado vendía una máquina nueva y tipos nuevos por quince mil pesetas.

Era una locura pensar en esto; pero la Salvadora y la Ignacia le dijeron a Manuel que fuera a verla y que propusiera al amo comprarla a plazos.

Hizo esto Manuel; la máquina era buena; tenía un motor eléctrico moderno, y los tipos eran nuevos; pero el amo no se avenía a cobrar en plazos.

—No, no —le dijo—; soy capaz de rebajar algo el precio; pero el dinero lo necesito al contado.

Entre la Salvadora y la Ignacia tenían tres mil pesetas, podían contar con las mil de la medalla de Juan; pero esto no era nada.



Detalle de *Al acecho* (óleo, por Rodríguez Acosta, 1903)

—Qué le vamos a hacer —dijo Manuel—; no se puede..., paciencia.

—Pero la máquina, ¿es buena? —preguntó la Salvadora.

—Sí; muy hermosa.

—Pues yo no dejaría eso así —dijo la Salvadora.

—Ni yo tampoco —repuso la Ignacia.

—¿Y qué voy a hacer?

—¿No tienes ese amigo inglés que vive en el Hotel de París?...

—Sí; pero...

—¿No te atreves? —preguntó la Ignacia.

—Pero ¿cómo me va a dar quince mil pesetas?

—Que te las preste. Con probar nada se pierde. El «no», lo llevas contigo.

A Manuel no le hizo ninguna gracia la cosa; dijo que sí, que iría a ver a Roberto, pensando que se les olvidaría la idea; pero al día siguiente las dos volvieron a la carga.

Manuel pensó hacer como que iba al hotel y decirles a ellas que no estaba Roberto en Madrid; pero la Ignacia se le adelantó y se enteró de que no se había marchado.

Manuel fue a ver a su amigo de muy mala gana, deseando encontrar algún pretexto para aplazar indefinitivamente la visita o que le dijeran que no le podía recibir; pero al entrar en la puerta del hotel se encontró con Roberto.

Estaba dando órdenes a un criado. Parecía más fuerte, más hombre, con un gran aplomo en los movimientos.

—¡Hola, ilustre golfo! —le dijo al verle—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y usted?

—Yo, admirablemente... ya me he casado.

—¿Sí?



Publicidad del Hotel de París, situado en la Puerta del Sol

- Estoy en camino de ser padre.
- ¿Y el proceso?
- Terminó.
- ¿A favor de usted?
- Sí; ya no falta más que la resolución de unos expedientes.
- Y la señorita Kate, ¿está aquí?
- No; en Amberes. ¿Venías a buscarme? ¿Qué me querías?
- Nada; verle.
- No; tú venías a algo.
- Sí; pero, la verdad, vale más que no se lo diga a usted, porque es una tontería.
- No, hombre; dilo.
- Son cosas de mujeres. Ya sabe usted que soy cajista, y mi hermana y otra muchacha que vive conmigo están empeñadas en que me debo establecer... Y ahora se puede comprar una máquina nueva y tipos también nuevos...; y no tengo dinero bastante para eso...; y ellas me han empujado para que le pida a usted el dinero.
- ¿Y cuánto se necesita para eso?
- Piden quince mil pesetas; pero pagándole al contado al dueño, rebajaría mil o quizás dos mil.
- ¿De manera que necesitas unas trece o catorce mil pesetas?
- Eso es; yo ya me figuro que usted no podrá dar ese dinero... Ahora, perder no se puede perder gran cosa. Porque usted podría ser el socio capitalista, y se ensayaba...; que a los dos años, por ejemplo, no daba resultado, pues se vendía la máquina y las cajas con mil o dos mil pesetas de pérdida, y la pérdida la pagaba yo.
- Pero, además, hay que abonar los gastos de instalación en la nueva imprenta, de traslado, ¿verdad?
- No; de eso me encargaría yo.
- ¿Tienes dinero, eh?
- Unas cuatro mil pesetas.
- De manera que me propones ser tu socio capitalista, ¿no es eso?
- Sí.
- ¿Qué ganaré yo? ¿La mitad de los ingresos?
- Eso es.
- ¿Después de descontados vuestros jornales?
- Le va a quedar a usted muy poco.
- No importa; acepto.
- ¿Acepta usted? —dijo Manuel en el colmo del asombro.



Imprenta tipográfica mecanizada

—Sí, seré tu socio. Dentro de unos años pondremos una gran casa editorial, para ir descristianizando España. Vamos a ver al dueño de la máquina.

Tomaron un coche y se hizo la compra. Se especificó el número de letras y de casilleros; Roberto cogió el recibo, pagó y le dijo a Manuel:

—Ya me dirás dónde nos trasladamos. ¡Adiós! Tengo mucho que hacer.

Manuel se despidió de la imprenta donde trabajaba y se fue a su casa.

Un burgués

Ya era un burgués, todo un señor burgués.

Tuvo grandes dificultades la instalación de la imprenta.

El dueño de la máquina dijo que él ya no necesitaba el local, y Manuel tuvo que pagarlo mientras buscaba otro. Después de andar mucho, llegó a encontrar una tienda a propósito para imprenta en la calle de Sandoval. Tenía prisa de instalarse cuanto antes y se arregló con los albañiles para que hicieran las obras necesarias en un mes. Pero los albañiles tardaron más de lo convenido y tuvo que pagar los alquileres de las dos casas. [...]

Tras de muchas dilaciones y contratiempos, pudo trasladar la máquina y las cajas, y notó que le habían robado casi la mitad

de la letra. El motor eléctrico hubo que componerlo. Por fin, se arregló todo; pero no había trabajo. La Ignacia se lamentaba de que su hermano hubiese perdido su buen jornal; la Salvadora, siempre animosa, confiaba que vendría trabajo, y Manuel se pasaba las horas en la imprenta, flaco, triste, irritado.

Hizo anuncios, que repartió por todas partes, pero los encargos no venían.

Algún tiempo después, Baroja presenta un encuentro entre Roberto, el benefactor de creencias liberales, que ha prosperado mucho y ha viajado a Inglaterra, y Manuel, copropietario y trabajador de la imprenta, en el que repasa la rivalidad entre socialistas —muchos eran ti-



Chibalete para guardar cajas con tipos de imprenta

pógrafos— y anarquistas y las ideas de estirpe darwinista sobre la lucha por la vida que forman el hilo conductor principal de la trilogía. Estremecen, vistas desde nuestro siglo, que ha conocido sus efectos terribles, las discusiones sobre la necesidad de un gobierno dictatorial. Era, con todo, un tema corriente, cuya persistencia (el aragonés Joaquín Costa había hablado del «cirujano de hierro»; el político conservador Antonio Maura invocaba por estos años la «revolución desde arriba») fue el caldo de cultivo en que se cocció el fascismo y se engendró el descrédito de la democracia. Baroja en su fondo último de viejo liberal del XIX, incapaz de ver los límites de ese liberalismo, añoró siempre situaciones autoritarias, pese a su proclamada fe en el anar-

quismo, que al cabo no le inspiró más que unas cuantas páginas más bien retóricas, cifradas en el libro *Juventud y egolatría*, y los episodios sentimentales de la muerte y entierro de Juan en nuestra trilogía.

Una tarde lluviosa de febrero, Manuel había encendido la luz en su despacho de la imprenta, cuando se detuvo un coche a la puerta, y entró Roberto.

- ¡Hola! ¿Qué tal estás?
- Bien, ¿y usted?; ¿qué le trae por aquí con un tiempo tan malo?
- Te traigo trabajo.
- ¡Hombre!
- He encontrado a mi antiguo editor, y hablando de sus negocios, me he acordado de tu imprenta...
- De nuestra imprenta, querrá usted decir.
- Es verdad, de nuestra imprenta. Se me quejaba de que le hacían sin cuidado los libros. Yo conozco, le he dicho, a un impresor nuevo que trabaja bien. Pues dígame usted que venga, me ha contestado.
- ¿Y qué hay que hacer?
- Unos libros con grabados, estadísticas y números. ¿Tú podrías tirar grabados?
- Sí; muy bien.
- Pues vete hoy o mañana a verle.
- Descuide usted; iré. ¡Ya lo creo! Tendré que tomar otro cajista bueno.
- ¿Y qué? ¿Trabajas mucho?
- Sí.
- Pero ganas poco.
- Es que como los obreros están asociados, se imponen.
- ¿Y tú no estabas asociado antes?
- Yo, no.
- ¿No eres socialista?
- ¡Psch!
- ¿Anarquista quizá?
- Sí; me es más simpática la anarquía que el socialismo.
- ¡Claro! Como es más simpático para un chico hacer novillos que ir a clase. ¿Y cuál es la anarquía que tú defiendes?
- No; yo no defiendo ninguna.
- Haces bien; la anarquía para todos no es nada. Para uno, sí; es la libertad. ¿Y sabes cómo se consigue hacerse libre? Primero, ganando dinero; luego, pensando. El montón, la masa, nunca será nada. Cuando haya una oligarquía de hombres selectos, en que cada uno sea una conciencia, entre ellos la libre elección, la simpatía, lo regirá todo. La Ley sólo quedará para la canalla que no se haya emancipado.
- Un cajista entró, con el componedor y unas cuartillas en la mano, a hacer una pregunta a Manuel.

- Iré luego –dijo éste.
- No, hombre, vete ahora –repuso Roberto.
- Es que quería oírle a usted.
- Me quedaré un rato todavía y filosofaremos. [...]

Los anarquistas

–Usted también es algo anarquista, ¿verdad? –preguntó a Roberto.

–Sí; lo he sido a mi manera.

–¿Cuando vivía usted mal, quizá?

–No. Eso no ha influido en mis ideas para nada. Puedes creerlo. Mi primer sentimiento de rebeldía lo experimenté en el colegio. Yo trataba de comprender lo que leía, de desentrañar el sentido de las cosas. Mis profesores me acusaban de holgazán porque no aprendía las lecciones de memoria; yo protestaba furioso. Desde entonces, todo pedagogo, para mí, es un miserable. Hasta que comprendí que hay que adaptarse al medio o aparentar conformidad con él. Ahora, por dentro, soy más anarquista que antes.

–¿Y por fuera?

–¡Por fuera! Si en Inglaterra llego a entrar en política, seré conservador.

–¿De veras?

–¡Claro! ¿Qué haría yo en Inglaterra siendo anarquista? Vivir oscurecido. No; yo no puedo despreciar ninguna ventaja en la lucha por la vida.

–Pero usted ha resuelto ya su problema.

–En parte, sí.

–¿En parte? ¿Pues qué quiere usted más? Tiene usted el dinero que quiere; se ha casado usted con una mujer preciosa, bonísima...

–Aún queda algo que conseguir.

–¿Qué?

–El dominio, el poder. Si yo ya no deseara, estaría muerto. En la vida hay que luchar siempre; dos células lucharán por un pedacillo de albúmina; dos tigres, por un trozo de carne; dos salvajes, por unas cuentas de vidrio; dos civilizados, por el amor o por la gloria...; Yo lucho por el dominio.

–¿Y siempre habrá que luchar?

–Siempre.

–¿No cree usted que vendrá la fraternidad?

-No.

-¿No se podrá conseguir que deje de haber explotadores y explotados?

-Nunca. Viviendo en sociedad, o es uno acreedor o es uno deudor. No hay término medio. Actualmente, todo hombre que no trabaja, que no produce, vive de la labor de otro, o de otros cien; es indudable, cuanto más rico es, más esclavos tiene, esclavos que él no conoce, pero que existen. Y mañana sucederá igual; siempre habrá suplementos de hombres que suden por el sabio, por la mujer bonita, por el artista...

-Tiene usted unas ideas muy negras.

-No; ¿por qué? En el porvenir no pueden suceder mas que dos cosas: o que, a pesar de las leyes que están hechas a beneficio de los débiles, de los inmorales, de los no inteligentes, sigan como hasta ahora dominando los fuertes, o que la morralla se imponga y consiga debilitar y acabar, con los fuertes.

-Me chocan mucho las ideas de usted; quisiera verle discutir con el Libertario.

-¿Quién es el Libertario?

-Un amigo mío.

-No nos convenceríamos.

-¿Por qué?

-Porque cada uno es como es, y no puede ser de otra manera. Yo soy una mezcla de individualismo inglés de los



**Taller de imprenta tipográfica de principios del siglo pasado,
con las muchachas cajista en primer término**

manchesterianos y del individualismo español, agresivo y cabileño. En el fondo experimentamos todos la fatalidad de la raza; tú no sabes por qué eres anarquista, y, por qué siéndolo, no tienes instinto de destrucción... A todos les pasa lo mismo.

—No, a todos, no.

—A todos. Si el español es más individualista que el alemán, ¿crees tú que es por su gusto? No. Es un resultado del clima... de la alimentación. Una fatalidad, no tan clara, pero parecida a la que hace el Jerez fuerte y el Rhin suave.

—Pero hay anarquistas alemanes.

—Sí; como hay naranjas en Inglaterra y abetos en España.

—Bueno; pero las ideas, ¿no las pueden tener allí como aquí?

—Sí; pero las ideas son lo de menos. Tú serás un buen chico, de poca voluntad, de buenas intenciones, y lo serás igual siendo carlista, protestante o mahometano.

Instintos

Y es que debajo de las ideas están los sentimientos y los instintos; y los instintos no son mas que el resultado del clima, de la alimentación, de la vida que ha llevado la raza de uno. En ti está toda tu raza, y en tu raza está toda la tierra donde ella ha vivido. No somos hijos de la tierra; somos la misma tierra, que siente y piensa. Se cambia el terreno de un país y cambian los hombres en seguida. Si fuera posible poner Madrid al nivel del mar, al cabo de cincuenta años los madrileños discutirían de otra manera.

—¿Entonces, usted da poca importancia a las ideas?

—Sí; muy poca. La inteligencia pura es en calidad igual en todos los hombres. Un químico español y un químico noruego tienen que hacer un análisis y lo hacen lo mismo; piensan sobre su ciencia y piensan lo mismo; pero salen del laboratorio y ya son distintos: el uno come mucho, el otro poco; el uno se levanta temprano, el otro tarde... Los obreros alemanes y los ingleses, que leen mucho más que los españoles y los italianos, no se hacen anarquistas, ¿por qué? ¿porque no entienden las teorías? ¡Bah! Las comprenden muy bien; pero es que el alemán es, sobre todo, hombre de orden, bueno para mandar y para obedecer, y el inglés es hombre práctico que no quiere perder el tiempo... El español, no; es anarquista porque es perezoso; tiene todavía la idea providencial; es anarquista como mañana lo será el moro.

Yo creo que para los meridionales, para todos estos mediterráneos medio africanos, lo mejor sería un gobierno dictatorial, fuerte, que pudiera dominar el desconcierto de los apetitos y suplir la falta de organización que tiene la sociedad.

—¿El despotismo?

—El despotismo ilustrado, progresivo, que actualmente en España sería un bien.

—¡Obedecer a un tirano! Eso es horrible.

—Para mí, para mi libertad, es más ofensivo acatar la ley que obedecer a la violencia.

—Es usted más anarquista que yo —dijo riéndose Manuel—. ¿Usted cree de veras en esa dictadura?

—Si fuera posible que saliera un hombre, sería utilísima. Figúrate tú un dictador que dijera: voy a suprimir los toros, y los suprimiera; voy a suprimir la mitad del clero, y lo suprimiera; y pusiera un impuesto sobre la renta, y mandara hacer carreteras y ferrocarriles, y metiera en presidio a los caciques que se insubordinan, y mandara explotar las minas, y obligara a los pueblos a plantar árboles...

La tienda de Lulú en la calle del Pez

Misógino se ha llamado a Baroja, pero aun si es así, cuando se decide a trazar personajes femeninos a fondo, sabe per-

filarlos con maestría. Tal es el caso de la encantadora Lulú, deliciosa pero lúcida, investida de un notable sentido de la dignidad (existencial y laboral) de la mujer, a la que Baroja trata con máxima simpatía. Otro personaje femenino de *El árbol de la ciencia* es Andrea, con la que Andrés intima durante su estancia como médico en Alcolea, en Castilla, y a quien presenta como una discreta y tierna víctima de su brutal marido. Feminismo más indirecto, pero feminismo al fin, dentro de un cuadro de reflexiones poco risueñas sobre la sexualidad humana y el amor. Pero Andrés se enamorará de Lulú y acabara casándose con ella. Un parto trágico quebrará la armonía de los amantes.



Café de Levante, hacia 1905 (aguafuerte, aguatinta y rascador, por Ricardo Baroja)



**Calle del Pez, esquina a San Bernardo,
en la actualidad**

Este día, al salir de casa del empleado, en la calle Ancha esquina a la del Pez, Andrés Hurtado se encontró con Lulú. Estaba igual que antes; no había variado nada.

Lulú se turbó un poco al ver a Hurtado, cosa rara en ella. Andrés la contempló con gusto.

Estaba con su mantillita, tan fina, tan esbelta, tan graciosa. Ella le miraba, sonriendo un poco ruborizada.

—Tenemos mucho que hablar —le dijo Lulú—; yo me estaría charlando con gusto con usted, pero tengo que entregar un encargo. Mi madre y yo solemos ir los sábados al café de la Luna. ¿Quiere usted ir por allá?

—Sí, iré.

—Vaya usted mañana que es sábado. De nueve y media a diez. No falte usted, ¿eh?

—No, no faltaré.

Se despidieron, y Andrés, al día siguiente por la noche, se presentó en el café de la Luna.

Estaban doña Leonarda y Lulú en compañía de un señor de anteojos, joven. Andrés saludó a la madre, que le recibió secamente, y se sentó en una silla lejos de Lulú.

—Siéntese usted aquí —dijo ella haciéndole sitio en el diván. Se sentó Andrés cerca de la muchacha.

—Me alegro mucho que haya usted venido —dijo Lulú—; tenía miedo de que no quisiera usted venir.

—¿Por qué no había de venir?

—¡Como es usted tan así!

—Lo que no comprendo es por qué han elegido ustedes este café. ¿O es que ya no viven allí en la calle del Fúcar?

—¡Ca, hombre! Ahora vivimos aquí en la calle del Pez. ¿Sabe usted quién nos resolvió la vida de plano?

—¿Quién?

—Julio.

—¿De veras?

—Sí.

—Ya ve usted cómo no es tan mala persona como usted decía.

—Oh, igual; lo mismo que yo creía o peor. Ya se lo contaré a usted. ¿Y usted qué ha hecho? ¿Cómo ha vivido? Andrés contó rápidamente su vida y sus luchas en Alcolea.

—¡Oh! ¡Qué hombre más imposible es usted! —exclamó Lulú—. ¡Qué lobo!

El señor de los anteojos, que estaba de conversación con doña Leonarda, al ver que Lulú no dejaba un momento de hablar con Andrés, se levantó y se fue.

—Lo que es si a usted le importa algo por Lulú, puede usted estar satisfecho —dijo doña Leonarda con tono desdeñoso y agrio.

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó Andrés.

—Porque ésta le tiene a usted un cariño verdaderamente raro. Y la verdad, no sé por qué.

—Yo tampoco sé que a las personas se les tenga cariño por algo —replicó Lulú vivamente—; se las quiere o no se las quiere; nada más.

Doña Leonarda, con un mohín despectivo, cogió el periódico de la noche y se puso a leerlo. Lulú siguió hablando con Andrés.

—Pues verá usted cómo nos resolvió la vida Julio —dijo ella en voz baja—. Yo ya le decía a usted que era un canalla que no se casaría con Niní. Efectivamente, cuando concluyó la carrera comenzó a huir el bulto y a no aparecer por casa. Yo me enteré, y supe que estaba haciendo el amor a una señorita de buena posición. Llamé a Julio y hablamos; me dijo claramente que no pensaba casarse con Niní.

—¿Así, sin ambages?

—Sí; que no le convenía; que sería para él un engorro casarse con una mujer pobre. Yo me quedé tranquila y le dije: Mira, yo quisiera que tú mismo fueras a ver a don Prudencio y le advirtieras eso. ¿Qué quieres que le advierta? —me preguntó él—. Pues

nada; que no te casas con Niní porque no tienes medios; en fin, por las razones que me has dado.

—Se quedaría atónito —exclamó Andrés—, porque él pensaba que el día que lo dijera iba a haber un cataclismo en la familia.

—Se quedó helado, en el mayor asombro. Bueno, bueno —dijo—, iré a verle y se lo diré. Yo le comuniqué la noticia a mi madre, que pensó hacer algunas tonterías, pero que no las hizo; luego se lo dije a Niní, que lloró y quiso tomar venganza. Cuando se tranquilizaron los dos, le dije a Niní que vendría don Prudencio y que yo sabía que a don Prudencio le gustaba ella y que la salvación estaba en don Prudencio. Efectivamente, unos días después, vino don Prudencio en actitud diplomática; habló de que si Julio no encontraba destino, de que si no le convenía ir a un pueblo... Niní estuvo admirable. Desde entonces,



Una planchadora de la época

yo ya no creo en las mujeres.

—Esa declaración tiene gracia —dijo Andrés.

—Es verdad —replicó Lulú—, porque mire usted que los hombres son mentirosos, pues las mujeres todavía son más. A los pocos días don Prudencio se presenta en casa; habla a Niní y a mamá, y boda. Y allí le hubiera usted visto a Julio unos días después en casa, que fue a devolver las cartas a Niní, con la risa del conejo cuando mamá le decía con la boca llena que don Prudencio tenía tantos miles de duros y una finca aquí y otra allí...

—Le estoy viendo a Julio con esa tristeza que le da pensar que los demás tienen dinero.

—Sí, estaba frenético. Después del viaje de boda don Prudencio me preguntó: —¿Tú qué quieres? ¿Vivir con tu hermana y conmigo o con tu madre?— Yo le dije: Casarme no me he de casar; estar sin trabajar tampoco me gusta; lo que preferiría es tener una tiendecita de confecciones de ropa blanca y seguir trabajando. —Pues nada, lo que necesites dímelo. Y puse la tienda.

—¿Y la tiene usted?

—Sí; aquí en la calle del Pez. Al principio mi madre se opuso, por esas tonterías de que si mi padre había sido esto o lo otro. Cada uno vive como puede. ¿No es verdad?

—Claro. ¡Qué cosa más digna que vivir del trabajo!

Siguieron hablando Andrés y Lulú largo rato. Ella había localizado su vida en la casa de la calle del Fúcar, de tal manera que sólo lo que se relacionaba con aquel ambiente le interesaba. Pasaron revista a todos los vecinos y vecinas de la casa.

—¿Se acuerda usted de aquel don Cleto el viejecito? —le preguntó Lulú.

—Sí; ¿qué hizo?

—Murió el pobre..., me dio una pena.

—¿Y de qué murió?

—De hambre. Una noche entramos la Venancia y yo en su cuarto, y estaba acabando, y él decía con aquella vocecita que tenía: —No, si no tengo nada; no se molesten ustedes; un poco de debilidad nada más— y se estaba muriendo.

A la una y media de la noche doña Leonarda y Lulú se levantaron, y Andrés las acompañó hasta la calle del Pez.

—¿Vendrá usted por aquí? —le dijo Lulú.

—Sí; ¡ya lo creo!

—Algunas veces suele venir Julio también.

—¿No le tiene usted odio?

—¿Odio? Más que odio siento por él desprecio, pero me divierte, me parece entretenido, como si viera un bicho malo metido debajo de una copa de cristal. (...)

La tienda de Luis

Andrés divagaba, lo que era su gran placer, en la tienda de Lulú. [...]

Le llamaba siempre en burla don Andrés.

—Tengo una pequeña teoría acerca del amor —le dijo un día él.

—Acerca del amor debía usted tener una teoría grande —repuso burlonamente Lulú.



En la calle del Pez, aún hoy existen muchas tiendas de ropa



Tienda con sabor barojiano en la calle de la Luna

—Pues no la tengo. He encontrado que en el amor, como en la medicina de hace ochenta años, hay dos procedimientos: la alopátia y la homeopatía.

—Explíquese usted claro, don Andrés —replicó ella con severidad.

—Me explicaré. La alopátia amorosa está basada en la neutralización. Los contrarios se curan con los contrarios. Por este principio, el hombre pequeño busca mujer grande, el rubio mujer morena y el moreno rubia. Este procedimiento es el procedimiento de los tímidos; que desconfían de sí mismos... El otro procedimiento...

—Vamos a ver el otro procedimiento.

—El otro procedimiento es el homeopático. Los semejantes se curan con los semejantes. Éste es el sistema de los satisfechos de su físico. El moreno con la morena, el rubio con la rubia. De manera que, si mi teoría es cierta, servirá para conocer a la gente.

—¿Sí?

—Sí; se ve un hombre gordo, moreno y chato, al lado de una mujer gorda, morena y chata, pues es un hombre petulante y seguro de sí mismo; pero el hombre gordo, moreno y chato tiene una mujer flaca, rubia y nariguda, es que no tiene confianza en su tipo ni en la forma de su nariz.

—De manera que yo, que soy morena y algo chata...

—No; usted no es chata.

—¿Algo tampoco?

—No.

—Muchas gracias, don Andrés. Pues bien; yo que soy morena, y creo que algo chata, aunque usted diga que no, si fuera petulante, me gustaría ese mozo de la peluquería de la esqui-na, que es más moreno y más chato que yo, y si fuera completamente humilde, me gustaría el farmacéutico, que tiene unas buenas napias.

—Usted no es un caso normal.

—¿No?

—No.

—¿Pues qué soy?

—Un caso de estudio.

—Yo seré un caso de estudio; pero nadie me quiere estudiar.

—¿Quiere usted que la estudie yo, Lulú? Ella contempló durante un momento a Andrés con una mirada enigmática, y luego se echó a reír:

—Y usted, don Andrés, que es un sabio, que ha encontrado esas teorías sobre el amor, ¿qué es eso del amor?

—¿El amor?

—Sí.

—Pues el amor, y le voy a parecer a usted un pedante, es la confluencia del instinto fetichista y del instinto sexual.

—No comprendo.

—Ahora viene la explicación. El instinto sexual empuja el hombre a la mujer y la mujer al hombre, indistintamente; pero el hombre que tiene un poder de fantasear, dice: esa mujer, y la mujer dice: ese hombre. Aquí empieza el instinto fetichista; sobre el cuerpo de la persona elegida porque sí, se forja otro más hermoso y se le adorna y se le embellece, y se convence uno de que el ídolo forjado por la imaginación es la misma verdad. Un hombre que ama a una mujer la ve en su interior deformada, y la mujer que quiere al hombre le pasa lo mismo, lo deforma. A través de una nube brillante y falsa, se ven los amantes el uno al otro, y en la oscuridad ríe el antiguo diablo, que no es más que la especie.

—¡La especie! ¿Y qué tiene que ver ahí la especie?

—El instinto de la especie es la voluntad de tener hijos, de tener descendencia. La principal idea de la mujer es el hijo. La mujer instintivamente quiere primero el hijo; pero la naturaleza necesita vestir este deseo con otra forma más poética, más sugestiva, y crea esas mentiras, esos velos que constituyen el amor.

—¿De manera que el amor en el fondo es un engaño?

—Sí; es un engaño como la misma vida; por eso alguno ha dicho, con razón: una mujer es tan buena como otra y a veces más; lo mismo se puede decir del hombre: un hombre es tan bueno como otro y a veces más.

—Eso será para la persona que no quiere.

—Claro, para el que no está ilusionado, engañado... Por eso sucede que los matrimonios de amor producen más dolores y desilusiones que los de conveniencia.

—¿De verdad cree usted eso?

—Sí.

—¿Y a usted qué le parece que vale más, engañarse y sufrir o no engañarse nunca?

—No sé. Es difícil saberlo. Creo que no puede haber una regla general. [...]



Modistillas

Sentimientos de Andrés

Una mañana, Andrés se encontró en la tienda con un militar joven hablando con Lulú. Durante varios días lo siguió viendo. No

quiso preguntar quién era, y sólo cuando lo dejó de ver se enteró de que era primo de Lulú.

En este tiempo Andrés empezó a creer que Lulú estaba displicente con él. Quizá pensaba en el militar.

Andrés quiso perder la costumbre de ir a la tienda de confecciones, pero no pudo.

Era el único sitio agradable donde se encontraba bien...

Un día de otoño por la mañana fue a pasear por la Moncloa.

Sentía esa melancolía, un poco ridícula, del solterón. Un vago sentimentalismo anegaba su espíritu al contemplar el campo, el cielo puro y sin nubes, el Guadarrama azul como una turquesa.

Pensó en Lulú y decidió ir a verla. Era su única amiga. Volvió hacia Madrid, hasta la calle del Pez, y entró en la tiendecita.

Estaba Lulú sola, limpiando con el plumero los armarios.

Andrés se sentó en su sitio.

—Está usted muy bien hoy, muy guapa —dijo de pronto Andrés.

—¿Qué hierba ha pisado usted, don Andrés, para estar tan amable?

—Verdad. Está usted muy bien.

Desde que está usted aquí se va usted humanizando. Antes tenía usted una expresión muy satírica, muy burlona, pero ahora no; se le va poniendo a usted una cara más dulce. Yo creo que de tratar así con las madres que vienen a comprar gorritos para sus hijos se le va poniendo a usted una cara maternal.

—Y, ya ve usted, es triste hacer siempre gorritos para los hijos de los demás.

—¿Qué querría usted más que fueran para sus hijos?

—Si pudiera ser; ¿por qué no? Pero yo no tendré hijos nunca. ¿Quién me va a querer a mí?

—El farmacéutico del café, el teniente..., puede usted echárselas de modesta, y anda usted haciendo conquistas...

—¿Yo?

—Usted, sí.

Lulú siguió limpiando los estantes con el plumero.

—¿Me tiene usted odio, Lulú? —dijo Hurtado.



Pío Baroja en su despacho de la calle Mendizábal

-Sí; porque me dice usted tonterías.
 -Deme usted la mano.
 -¿La mano?
 -Sí.
 -Ahora siéntese usted a mi lado.
 -¿A su lado de usted?
 -Sí.
 -Ahora míreme usted a los ojos. Lealmente.
 -Ya le miro a los ojos. ¿Hay más que hacer?
 -¿Usted cree que no la quiero a usted, Lulú?
 -Sí..., un poco..., ve usted que no soy una mala muchacha..., pero nada más.
 -¿Y si hubiera algo más? Si yo la quisiera a usted con cariño, con amor, ¿qué me contestaría usted?
 -No; no es verdad. Usted no me quiere. No me diga usted eso.
 -Sí, sí; es verdad -y acercando la cabeza de Lulú a él, la besó en la boca.
 Lulú enrojeció violentamente, luego palideció y se tapó la cara con las manos.
 -Lulú, Lulú -dijo Andrés-. ¿Es que la he ofendido a usted?
 Lulú se levantó y paseó un momento por la tienda, sonriendo.
 -Ve usted, Andrés; esa locura, ese engaño que dice usted que es el amor, lo he sentido yo por usted desde que le vi.
 -¿De verdad?
 -Sí, de verdad.
 -¿Y yo ciego?
 -Sí; ciego, completamente ciego.
 Andrés tomó la mano de Lulú entre las suyas y la llevó a sus labios. Hablaron los dos largo rato, hasta que se oyó la voz de doña Leonarda.
 -Me voy -dijo Andrés, levantándose.
 -Adiós -exclamó ella, estrechándose contra él-. Y ya no me dejes más, Andrés. Donde tú vayas, llévame.

II. LOS UNIVERSOS HISTÓRICOS

3 ESPAÑA A PUNTO DE QUEDARSE SIN REY

Encrucijada de la vida española, el tumultuoso siglo XIX tuvo en la capital un intenso y frecuente escenario. En torno a la figura de don Eugenio de Aviraneta, familiar suyo, activo conspirador, urdió Baroja su historia del agitado siglo XIX español. Veintidós volúmenes fueron el cauce a través del cual contó don Pío las andanzas, intrigas y desventuras de don Eugenio, cuyos papeles personales pudo consultar. *La Isabelina* es uno de los volúmenes centrales, está situado en torno a la muerte de Fernando VII (1784-1833) y en él vemos cómo Aviraneta crea una sociedad secreta al objeto de defender los derechos de Isabel II frente a los carlistas partidarios de la ley sálica, que impedía gobernar a las mujeres siempre que hubiera una línea hereditaria masculina. Aquí sorprendemos a un curioso personaje, don Venancio, ex fraile católico y masón:



**Cubierta de *La Isabelina*,
de *Memorias de un hombre de acción*,
con retrato
de Aviraneta**

Don Venancio, los primeros días de su estancia en Madrid, se dedicó a andar por las calles, a recorrer los cafés y a visitar las librerías de viejo. Casi siempre volvía a casa con unos cuantos volúmenes empolvados, que colocaba con placer en los estantes.

—Mi marido —decía doña Puri— era también aficionadísimo a los libros. No sabe usted qué hombre más culto era.

Don Venancio leía mucho y leía de todo: libros religiosos y profanos, documentos históricos; tenía sus obras predilectas, que releía con frecuencia. Sus autores favoritos entre los profanos eran Horacio y Lucrecio, y entre los místicos, Malón de Chaide y fray Luis de Granada. *La Guía de pecadores y el*

Símbolo de la fe, de fray Luis de Granada, le entusiasmaban por su lenguaje, y el libro de Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, por sus alusiones y sus chistes.

Chamizo era, como católico, poco practicante; se le olvidaba muchas veces la misa del domingo y no daba gran importancia a los rezos. Para él esto era pura mecánica; probablemente, entre los rezos maquinales de los católicos, los molinos de oración de los tibetanos y de los chinos y las calabazas llenas de oraciones que los calmulos hacen girar con el viento, el ex fraile no encontraba mucha diferencia.

El padre Chamizo recorría Madrid de un extremo a otro, y le gustaba.

Al hilo de los paseos de Chamizo, Baroja nos describe aquel Madrid, aún romántico, siempre pintoresco y, en todo caso, miserable

Madrid era entonces un pueblo curioso, más interesante que muchas ciudades de importancia y que muchos pueblos exteriormente típicos, por tener un carácter especial, el carácter del pueblo, alto, seco, duro. Era difícil que por aquel tiempo hubiera en Europa una capital tan poco mezclada, tan poco cosmopolita como Madrid; no tenía esa vida arcaica de las ciudades viejas, como Venecia o Nuremberg; en España, como Toledo o Salamanca, ciudades todo fachada, ciudades que

engañan y parecen existir para entusiasmar al extranjero ávido de lo pintoresco; no tenía grandes aspectos.

El Madrid moral estaba en consonancia con el Madrid material: pobre, destartado, incómodo, con casuchas míseras, con un empedrado malísimo y, sin embargo, con rincones admirables, no tan suntuosos como los de Roma, pero con una gracia más ligera. Jorge Borrow [*célebre viajero británico del siglo XIX*] comprendió en parte el carácter de Madrid como ningún otro escritor nacional y extranjero y notó su absurdo atractivo. Borrow sintió la extrañeza de Madrid mejor que Larra, que hizo la crítica un poco mezquina del señorito que



**George Borrow (1803-1881),
autor de *La Biblia en
España***

se cree superior porque ha estado en París; sintió Madrid muchísimo mejor que Mesonero Romanos, que pintó el cuadro de costumbres vulgar y ramplón, imitando a los costumbristas franceses del tipo anodino de Jouy.

Pueblo de poca tradición, no tenía Madrid, como las ciudades antiguas, el barrio típico, monumental, que interesa al arqueólogo; su carácter estaba en la vida de las gentes; no había allí la casa gótica, ni el alero con gárgolas y canecillos, ni la gran fachada del Renacimiento, pero dentro de la pobreza en la construcción, ¡qué tipo más acusado tenía todo, lo inanimado y lo vivo, las casas y las calles, como el alma de los hombres!

Chamizo se divertía en buscar los contrastes, en ver a los elegantes de la calle de la Montera y a los majos de la Puerta de Moros, en oír a los políticos de la Puerta del Sol y a los paletos de la plaza de la Cebada, y se entretenía en mirar las tiendas, las pañerías de la calle de Postas, los comercios de cuchillos de las calles próximas a la Plaza Mayor. Quería apresurarse a sorber el espíritu castellano, que era el suyo; identificarse con su pueblo y hartarse de oír su idioma. Aunque comprendía que era absurdo, le gustaban, más que las plazas anchas y suntuosas de las capitales de Francia, aquellas plazoletas de Madrid como la de las Descalzas o la de la Paja, que no le parecían de ciudad, sino de aldea manchega.



Mariano José de Larra (1809-1837), escritor romántico

La conspiración era la fruta madura del tiempo. Don Eugenio de Aviraneta hizo de la conspiración su oficio; en los *Episodios Nacionales* de Galdós encontramos personajes y andanzas semejantes.

Siluetas de conspiradores

Al día siguiente, por la tarde, don Venancio se encontró a Paquito Gamboa, el militar con quien había estado en el lazareto de San Sebastián, en la calle de Atocha; dieron un paseo y, a la vuelta, entraron en el Café de Venecia, de la calle del Prado.



Escena de taberna, 1902 (óleo, por José Bermejo Sobera 1879-1945?)

Se sentaron cerca de la ventana. Era aquel local un sitio oscuro, ahumado, con un olor especial en que se mezclaban el aroma del café tostado, con el humo del tabaco, y un tufo como de polilla que echaban los divanes ajados de terciopelo.

—¿Y la mayoría de esta gente son militares? —preguntó Chamizo.

—No —contestó Gamboa—.

Muchos de estos son vagos, que esperan que llegue el buen momento charlando en un rincón, fumando y jugando al billar. Algunos, que se dan por militares indefinidos y de la reserva, son aventureros, perdidos, cuando no estafadores.

Gamboa le habló después a Chamizo de que se conspiraba activamente. Suponía que Aviraneta andaba en el ajo y que debían estar complicados Calvo de Rozas, Romero Alpuente, Flórez Estrada, Gallardo y otros constitucionales.

Gamboa pensaba hablar a Aviraneta y ofrecerse a él. Le invitó a ir a Chamizo a casa de doña Celia, y se fue porque tenía que acudir a la guardia.

Acababa de salir el joven militar cuando entraron en el café Calvo de Rozas, con un señor grueso, de patillas, y después, formando otro grupo, dos viejos carcamales, en compañía de Aviraneta y de un hombre con aire frailuno.

Se sentaron todos en una mesa: los dos carcamales, Flórez Estrada y Romero Alpuente, se sentaron en el diván, y los demás, en sillas alrededor. La conversación se refirió a motivos generales de política.

Calvo de Rozas, hombre de mal talante, de aspecto ceñudo y sombrío, hablaba con una sequedad antipática. Se decía que en el Sitio de Zaragoza había mandado despóticamente como un bajá. Se le tenía por aragonés, pero había nacido en Vizcaya. En Francia, en tiempos de la Revolución, hubiera figurado entre los jacobinos.

Romero Alpuente, un viejo repulsivo, amarillo, con un aspecto de cadáver y con los ojos vidriosos, hablaba despa-

cio, de una manera petulante, y mezclaba en su conversación frases chocarreras, que él era el primero en reír con un gesto tan frío y tan triste, que daba horror.

Respecto a Flórez Estrada, parecía una sombra, un anciano decrepito, con un pie en la sepultura.

El señor grueso de las patillas era don Juan Olavarría, hombre que se tenía por sesudo y por serio y que vivía en una continua fiebre proyectista. Los canales; los puertos, las fábricas, el convertir los montes en llanuras y las llanuras en montes, era su obsesión.

El otro personaje era el masón Beraza. Beraza tenía un aire frailuno. Iba afeitado, tenía una calva hasta el cogote, la frente abultada y la nariz respingona. Su cuerpo era gordo y fofo, y sus ademanes, un tanto femeninos. Debía de ser un hablador frenético, porque constantemente se le veía perorando con un dedo en el aire y sonriendo con una sonrisa plácida y estólida.

Al cabo de algún tiempo salieron del café, en fila, los contertulios liberales, todos de capa y de sombrero redondo. Estos conspiradores de capa y copa iban muy serios y ceñudos.

Al salir, Aviraneta le vio a Chamizo y se acercó a él.

—¡Hombre! Le voy a presentar a usted a estos señores.

—No, no.

—¿Por qué no?

—Usted anda ahí en su fregado revolucionario, que a mí no me conviene.

—¡Bah! Usted es de los nuestros, padre Chamizo.

—No; no soy de los de ustedes. Yo soy católico, apostólico, romano y monárquico, y ustedes son unos impíos, unos anarquistas, unos conspiradores...

—¡Ca, hombre! No haga usted caso. ¿Quién le ha metido a usted esas bolas?

El ex fraile dijo primero lo que le había contado Gamboa, y después le habló de la visita del jesuita que había tenido el día anterior.



Álvaro Flórez Estrada (1766-1853), economista, abogado y político

Aviraneta se quedó serio.

—¿Y usted ¿qué va a hacer? —preguntó.

—Yo, nada. Yo no le voy a espiar a usted, que es amigo mío.

—Gracias, don Venancio. Lo que vamos a hacer es una cosa. Yo le daré a usted de cuando en cuando alguna noticia que sepa, y usted se la comunicará al curita ese.

—No me gusta el procedimiento. No sé qué traman ellos y qué traman ustedes.

—¿Nosotros? Muy poca cosa. ¿Sabe usted cuál es nuestro objeto? Pues es hacer una partida del Trueno para asustar a los realistas y decidir al Gobierno a que nos acepten a todos en el ejército y en los ministerios.

—Mal camino han elegido ustedes.

—¡Qué quiere usted! Gente joven. Cabezas locas. Y, hablando de otra cosa, ¿quiere usted que le diga a don Bartolomé José Gallardo que le envíe algunos libros raros? Se los enviará, porque yo responderé por usted.

—Usted será responsable, señor Aviraneta, si mi alma se pierde —dijo con energía Chamizo.

—Sí, es verdad.

Salieron los dos del café. Llegaron a la calle del Lobo, donde vivía don Eugenio.

—¿Le ha dicho a usted Paquito Gamboa qué día tenemos que ir a cenar a casa de Celia? —preguntó Aviraneta.

—No; ha dicho que nos avisará.

Se despidió Chamizo de don Eugenio, y se fueron cada uno a su casa.

Al día siguiente, en la librería del señor Martín, Gallardo dijo al ex fraile que Aviraneta le había hablado de él, y añadió que le pidiera los libros que quisiera, que él se los daría con mucho gusto.

—Si yo encuentro algo que le convenga a usted... —dijo Chamizo.



Una librería

—No, no. Eso es demasiado para un fraile —contestó con sorna Gallardo—. A un fraile no se le puede pedir que dé nada; ustedes están hechos para tomar lo que les den. Ya sabe usted lo que decía el padre Barletta, el predicador de Nápoles, en su latín macarrónico: *Vos quœritis ame, fratres carissimi quómo itur ad paradisum? Hoc dicut vobis campanae monasteri, dando, dando, dando.* [...]

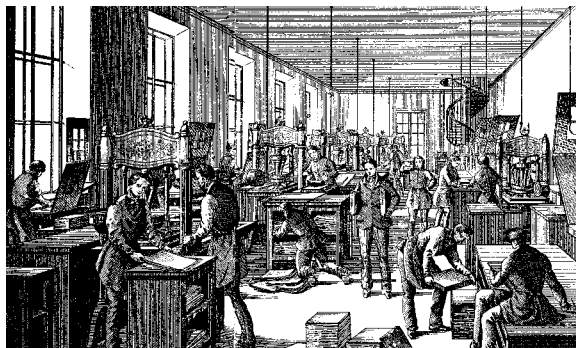
La constitución de las sociedades secretas fue uno de los grandes signos de la época. Ni los poetas —el mismo Esproceda— escaparon a esta actitud, que refleja bien la condición minoritaria de los supuestos movimientos de masas.



Cubierta de *Aviraneta. La vida de un conspirador* (Madrid, 1931)

El Triángulo del centro. Explicaciones

Se habían citado para las dos de la tarde Aviraneta y Tilly delante del cuartel de San Gil, y juntos entraron en la montaña del Príncipe Pío, y fueron marchando por el campo hasta llegar a la casa del Jardín. Pasaron a la salita que ocupaba Tilly y se sentaron en unos sillones de mimbre.



Una imprenta de la época

—Si no ha tomado usted café le traeré una taza —indicó Tilly.

—Lo he tomado; pero no tengo inconveniente en tomar más —contestó don Eugenio.

Salió Tilly. Aviraneta se puso a contemplar la sala y las pinturas de las paredes. La sala era rectangular, las paredes tenían medias cañas doradas y el suelo era de mármol. El techo estaba lleno de pinturas con guirnaldas, angelitos y frutos, y en medio, una ninfa subía por el aire entre nubes, con un ademán elegante y amanerado. Había pocos muebles para el tamaño del salón: una consola y un sofá, los dos rococós, muy llenos de conchas y agrietados por todas partes; varias sillas doradas y unos sillones.

En las dos paredes largas había pintadas: en una, la vista de Nápoles con el Vesubio en el fondo; en la otra, la villa de Amalfi, tomada desde el fondo de una gruta. En los testeros se veían: en uno, la ciudad de Capri, con las ruinas del palacio de Tiberio, destacándose sobre grandes montes pedregosos, y en el otro, la abadía de Vallombrosa, con su torre antigua, al pie de unas montañas llenas de pinos. Estas pinturas al temple, rápidas, abocetadas, descascarilladas por el tiempo, tenían su gracia amanerada.

Tilly, al traer una cafetera y una taza, que colocó en un velador, dijo:

—¿Mira usted las pinturas de mi salón?

—Sí.

—No valen gran cosa, según dicen.

—No, como pintura, no; pero como literatura, sí.

—Celebro que me lo diga usted.

—¿Por qué?

—Porque yo me suelo entretener muchísimo mirando estas figuras. ¿Querrá usted creer que a veces me enternezco pensando en esta pastorcita que hay aquí en Capri, y voy a pescar con estos marineros de Nápoles, y paseo con los frailes en la terraza de este convento de Amalfi?

—No me choca; ese sentimentalismo de cabeza es muy propio del hombre terne.

Don Eugenio llenó la taza de café y encendió un cigarro.

—Ahora, maestro y compañero número Tres —dijo Tilly—, dejémonos de sentimentalismos y de pinturas, y cuénteme usted los comienzos de su sociedad para que pueda estar en todos los detalles.

—¿No le hablé a usted en Ustaritz —preguntó Aviraneta— de un plan que tenía, al llegar a España, de constituir una socie-

dad secreta en que se fundieran masones, comuneros y carbonarios para defender la libertad?

—Me habló usted algo, pero muy vagamente —contestó Tilly.

—Este proyecto, que entonces yo llamaba la Sociedad del Triple Sello, se lo expuse a Mina en Bayona, y Mina quedó de acuerdo.

—¿Tenía usted un programa político definido?

—No. Eso lo dejaba para los hombres notables que entraran en la sociedad —replicó Aviraneta—. Mi proyecto era sencillamente fundar una sociedad secreta sin simbolismos; nada de mojigangas, ni de columnas, ni de templos, ni de majaderías por el estilo: una organización fuerte, una vigilancia grande entre los afiliados y un programa mínimo.

—Es dar a la sociedad secreta el carácter del tiempo —murmuró Tilly.

—Eso es —y Aviraneta llenó otra taza de café—. Respecto a mi orientación general era llegar al máximo del liberalismo compatible con el orden, exterminio del carlismo por todos los medios posibles y Constitución del año doce, modificable en parte si se consideraba necesario.

—Bueno. Ahora, maestro, explíqueme las gestiones que fue usted haciendo al llegar a Madrid.

—Al primero que hablé fue a don Bartolomé José Gallardo.

—¿Al escritor?

—Al mismo.

Gallardo me dijo que había tenido una idea parecida a la mía; pero que le enfriaba el ver que aún quedaban odios y rivalidades entre los masones y los comuneros de 1821 a 1823, y más aún, el recuerdo de esta sociedad comunera, cuya base él había establecido, y que gracias a los manejos de Regato había servi-



Detalle de *El lector*, de Leonardo Alenza



Bartolomé José Gallardo
(1776-1852), periodista,
bibliófilo y escritor

do a los absolutistas. Yo traté de convencerle de que hay que repetir las experiencias, y él me dijo que lo intentara yo.

—Una pregunta: ¿tenía usted dinero?

—Sí; traje algo de Méjico.

—¿Qué hizo usted después? —preguntó Tilly.

—Me vi con varios masones y comuneros, y unos me recomendaron que consultara con Calvo de Rozas, y otros, con Flórez Estrada. Visité a Calvo de Rozas, y éste me recibió con entusiasmo. Me aseguró que la juventud madrileña era liberal ardiente, que se podía contar con la oficialidad joven del ejército, y que no faltaba más que organización, y que era necesario comenzar la obra. Bien, le dije yo, pero no tengo elementos. Yo se los proporcionaré a usted —me contestó él.

—¿Y se los ha proporcionado?

—En parte, sí.

—¿Y constituyeron ustedes la sociedad en seguida?

—No; yo había pensado en fundar la Junta del Triple Sello con dos delegados de cada sociedad antigua y un presidente, en total siete; pero no teníamos al empezar más que un ex comunero, Calvo de Rozas; un masón, Beraza, y yo, que ingresé en una venta carbonaria en París.

—¿Hay carbonarios aquí?

—Algunos, entre los militares.

—¿Qué hicieron ustedes primeramente?

—Yo le dije a Calvo de Rozas que se encargara él de constituir la Junta y que me dejara a mí organizar la oficialidad y la juventud liberal. Necesitaba dinero, carta blanca para hacer y deshacer a mi antojo y un hombre de confianza a quien se le pudiera encargar una misión difícil. Estas fueron mis condiciones.

—¿Y las aceptó?

—Sí.

—¿De dónde sacaron ustedes el dinero?

—Se hizo un pequeño empréstito dirigido por Calvo y Mateo, antiguo agente de la Compañía de Filipinas y después



El juntero

banquero en París, que prestó sumas crecidas a Mina y a Torrijos.

—¿Y encontró usted en seguida el hombre de confianza?

—Sí.

—¿Quién era?

—Un capitán indefinido, Antonio Nogueras, hombre que conoce la sociedad de Madrid.

—¿Es hombre que vale?

—Es un tanto farragoso, amigo de hacer frases campanudas. A este capitán le encargué que me proporcionase diez comandantes o capitanes de la clase de ilimitados o indefinidos, a quienes se pudiera confiar la organización militar de los liberales.

—¿Qué organización ha empleado usted?

—La de los carbonarios. El núcleo primero es de diez hombres, con un jefe, y se llama decuria, y al jefe, decurión; cada diez decurias forman una centuria, con un centurión; cada diez centurias, una legión, con su jefe o pretor.

—Los nombres no me gustan —murmuró Tilly—, tienen un aire arcaico.

—A mí, tampoco; pero hay que dejar un poco de pintoresco para la gente y habría que reemplazarlos por otros, lo que no es fácil.

—¿Ha encontrado usted pronto sus hombres?

—Muy pronto. Hay entusiasmo. En una semana, Nogueras me ha traído a casa una porción de oficiales jóvenes, un poco ruidosos y fanfarrones, que se han encargado de la obra. Han reclutado dependientes de comercio, estudiantes, médicos, abogados...

—¿Y es una gente fácilmente dirigible?

—De todo hay. Al lado de estos militares alegres y fanfarrones, de los dependientes de comercio y estudiantes llenos de entusiasmo, hay los abogados, los que se sienten con aptitudes políticas, y esa gente es



En Madrid, también había otros peligros



El general Palafox (1776-1847), por Goya

gente hambrienta y rapaz que busca la carrera, que quiere medrar...

—Tipos como yo —dijo Tilly.

—Pero que no tienen las condiciones de usted.

—¿Y cuánta gente ha reunido usted ya?

—En el tiempo que llevamos se han completado las diez centurias y se ha distribuido a cada hombre su número en la centuria a que pertenece.

—¿Así que tienen ustedes mil hombres, maestro?

—Sí. Yo digo por ahí que somos más.

—¿Y el jefe militar? El pretor, ¿quién va a ser?

—Por ahora, yo. Para más tarde tenemos un jefe de prestigio.

—¿Quién?

—Palafox.

—¿Aceptará?

—Sí.

—Pero esos hombres tendrán que estar armados. ¿Y las armas?

—En eso estamos. Por el informe de los jefes de las centurias sabemos que hay muchos voluntarios que están dispuestos a comprar su fusil y sus municiones. Para los indigentes habrá que regalárselos, y se hará una suscripción.

—Muy bien: contribuiremos a ella con la modestia de nuestros recursos —aseguró Tilly.

—No hay necesidad. Ustedes pueden dar algo más que unas pesetas.

—Veamos cuál va a ser nuestra especialidad —indicó Tilly.

Entre alusiones literarias concluye Baroja estas apresuradas conversaciones. El Werther al que invocan estas páginas fue un texto capital de la época, debido a Goethe, que noveló las desventuras de un amante desgraciado que se hicieron famosas en toda Europa.

—Serio, aristócrata, liberal, religioso, un poco melancólico, porque ha tenido usted amores desgraciados, antiguo

calavera, está usted en condiciones admirables para hacer su camino.

–Me quiere usted convertir en un joven Werther retirado –dijo riendo Tilly.

–No, aparentemente nada más. Haga usted de palomita, y luego, si puede usted, ya sacará usted el pico y las garras de buitre.

–Bueno.

–Mientras tanto, se dedica usted a estudiar un poco de política y hace usted todo lo posible para conocer el máximo de gente.

–Muy bien.

–Cada uno de nosotros puede crear, si encuentra ocasión, un nuevo triángulo, y tenerlo en secreto.

–Yo, por ahora, será difícil –dijo Tilly.

–¡Ah, claro! Pero cuando salga usted más, será otra cosa. De todas maneras, dígaselo usted a Mansilla.

–Se le dirá.

–Bien; me voy. Dentro de un mes vendré de nuevo por aquí.

–¡Un mes! ¿No será mucho tiempo?

–No. Si tienen ustedes necesidad de comunicar me algo importante, me avisan a mi casa, calle del Lobo, trece, y yo vendré. A poder ser, escribir poco, únicamente en caso de necesidad. Para ello usaremos una clave.

–Muy bien.

–Después de comer estaré los lunes, miércoles y viernes en el café de Venecia; los martes, jueves y sábados, en el Café Nuevo; los domingos, en la fonda de Genies. Ahora, querido Uno, buenas tardes.

–Espere usted, amigo Tres. Mansilla vendrá a las cinco en punto, es muy puntual.

–¿Quiere usted que le hable yo?

–No; únicamente quiero explicarle su misión en un momento, por si acaso se le ofrece alguna duda, para que consulte con usted.



Goethe (1749-1832)

Efectivamente: a las cinco en punto se presentó Mansilla. Era un hombre bajo, grueso, la cara ancha y la mirada enérgica. Tenía una actitud de mando y unos movimientos bruscos.

Tilly habló con él a solas, y después charlaron los tres de política de actualidad. Aviraneta se despidió y, acompañado de Tilly, bajó la escalera de la terraza y salió por la puerta de la tapia.

Unos días después, Aviraneta recibió aviso de Tilly diciéndole que el cura y él habían principiado su campaña, y que el triángulo del Centro comenzaba sus trabajos con buenos auspicios.

4 LA AGITACIÓN POPULAR; LA MUERTE DEL REY

La inestabilidad política suscitó un clima de conspiraciones e inquietudes, a las que no eran ajenas las masas adictas en su mayoría a la monarquía, pese a que ésta estuviera encarnada en un personaje tan negativo como Fernando VII, el rey felón, traidor a su patria, a su padre y a su pueblo, que prometió transitar la Constitución de 1812 y la derogó estableciendo un régimen de terror que, con la excepción del trienio liberal (1820-1823), cuyo héroe, el general Riego, fue ahorcado en la plaza de la Cebada de Madrid, desató una feroz represión que arrasó

el país y se llevó por delante a sus mejores figuras (el general Torrijos, la delicada y firme Mariana Pineda) y mandó al destierro a españoles muy ilustres, como el duque de Rivas y otras futuras figuras del romanticismo español. Pero, padre al fin y muy influido por los círculos liberales europeos de los que era portavoz su última esposa, la reina italiana María Cristina, alteró el orden sucesorio al derogar la ley sálica y nombrar heredera a su hija Isabel, lo que traería como consecuencia la insurrección de don Carlos, su hermano y legítimo heredero, que dos años después alzó el hacha de guerra al frente de sus partidarios: fue la primera guerra carlista (1833-1840). Baroja retrata con maestría el ambiente de aquel Madrid agitado y turbulento.



La reina María Cristina (1806-1878), cuarta esposa de Fernando VII

Mientras tanto, la conmoción popular iba en aumento; los cristinos y los carlistas se venían a las manos en los barrios bajos, y todas las noches había jarana y tiros y vivas a Carlos V y a la Constitución.

Los cafés estaban convertidos en centros políticos; cada cual tenía su matiz: La Fontana de Oro, Lorenzini y La Cruz de Malta eran casi en bloque liberales doceañistas; el de los Dos Amigos, el de la Estrella y el Café Nuevo eran liberales exaltados; el de San Sebastián tenía una tertulia republicana; el de San Vicente, de la calle de Barrionuevo, y el de la Aduana, eran realistas; el de Solís, en la calle de Alcalá, era moderado. Los literatos iban al café del Príncipe y al de Solito; los militares indefinidos, al café de Venecia; los viejos aficionados al ajedrez y al dominó se metían en el de Levante, y los lechuguinos, en el de Santa Catalina. En general, el centro de Madrid era partidario de un liberalismo manso; los barrios bajos eran absolutistas.

Las dos facciones liberales de cristinos e isabelinos manobraban a la par. Los isabelinos colaboraban con los cristinos, sin que éstos notasen que otros elementos a su sombra formaban rancho aparte. Cuanto se ejecutaba por los cristinos partía del grupo de los Carrasco, sin que Aviraneta y los suyos tuviesen contacto con aquellos jefes.

Aviraneta desconfiaba de la facción cristina amiga de Cea Bermúdez; los cristinos sabían que por debajo de ellos se agitaban los exaltados y temían su tendencia demagógica; pero no los consideraban peligrosos, porque los creían sin organización.

Lo mismo unos que otros, y con ellos los carlistas, afirmaban que el ministerio de Cea era insustituible. Naturalmente, todos necesitaban tiempo para prepararse.

Aviraneta y Tilly, para entenderse y ponerse de acuerdo, buscaron intermediarios. Aviraneta hizo que un antiguo amigo suyo, Fidalgo, empleado en palacio, fuera uno de éstos. Cuando Tilly tenía que decir algo a Aviraneta se lo comunicaba a Fidalgo, y éste mandaba aviso a don Eugenio, a la sombrerería de Aspiroz, de la calle de la Montera, esquina a la Puerta del Sol.

Respecto al padre Mansilla, no era sospechoso de liberalismo y se le podía escribir sin miedo. Mansilla solía contestar con clave, dirigiendo las cartas algunas veces al padre Chamizo.

A pesar de la forma discreta con que se hizo el armamento de los cristinos y de los isabelinos, el ministro debió darse cuenta de sus manejos, y sospechó si por debajo de la gente de los Carrasco habría otros elementos más peligrosos para la paz.

Alzamientos

Un día, en un parte del superintendente de la policía, se dijo que en la plazuela de San Ildefonso, encima de una botica, se verificaban alistamientos de cristinos, que estaban formando la sexta y séptima compañías del segundo batallón. Se añadía que varios de los alistados, entre ellos un fabricante de naipes de la calle de Toledo, frente a San Isidro, y dos oficiales indefinidos, habían celebrado una conferencia con otros individuos sospechosos en el café de la Estrella.

Con estos indicios, Cea distribuyó su policía por todo Madrid y cogió de madrugada a un paisano armado con fusil, bayoneta, canana y diez cartuchos de bala. Era de la Isabelina, pero se lo calló. Interrogado, dijo que era cristino y que se había alistado en casa de un carpintero de la calle del Postigo de San Martín, esquina a la de la Sartén; añadió que se decía que en la plaza de San Ildefonso distribuían las armas un oficial del regimiento de Farnesio llamado García Ampudia y un tal Arroyo, y que a otros puntos iba Domingo Gallego, criado de don Rufino García Carrasco, y un capitán de la clase de indefinidos apellidado Tominaiza. [...]

Llegó el 30 de junio de 1833, fecha fijada para la jura de la princesa. Con este motivo se temió que hubiera alborotos aquel día y los siguientes. Aviraneta y Tilly se comunicaron los acuerdos de sus partidos, y la junta cristina y la isabelina se mantuvieron en sesión permanente.

Palafox trató de hacer una movilización de los isabelinos por vía de ensayo, y fue enviando centurias con sus comandantes a distintos puntos estratégicos, y allí donde había festejos, para que los realistas no intentaran deslucirlos y hacerlos fracasar.



San Isidro el Real, en la calle Toledo

Al volver los grupos a la Puerta del Sol y al entrar en los cafés, hubo gritos y vivas. «¡Viva la reina!», gritaban los cristinos y los isabelinos. «¡Viva!».

Y después, cuando no había policía cerca, los isabelinos vociferaban: «¡Viva la Constitución! ¡Mueran los frailes! ¡Mueran los carlistas!».



La Casa de Correos, en la Puerta del Sol, antes de la reforma de la plaza

La muerte de Fernando VII

Fernando VII fue el peor rey de la historia de España; traidor a su padre, traicionó también la Constitución de 1812, pese a haber voceado su voluntad de respetarla («Marchemos todos juntos y yo el primero por la senda constitucional»), estableció un régimen absolutista que instauró el terror entre 1823 y 1833, empleando la pena capital contra sus adversarios políticos. Entre los sobrenombres que la memoria histórica le ha adjudicado sobresale el de *Rey Felón*. Aviraneta corrobora esta imagen del siniestro monarca.

En el mes de septiembre se agravó la enfermedad del rey y se temió por instantes por su vida. El 29 del mismo mes declararon los médicos de cámara que su estado era muy grave.

Tenía Aviraneta en palacio un amigo que le daba noticias del curso de la enfermedad del monarca. Era éste Fidalgo, hermano de dos camaristas de la reina, llamadas Blanca y Estrella, que tenían relaciones con dos oficiales, el capitán Messina y el teniente Pierrard.

Aviraneta recibió una mañana el aviso de Fidalgo diciéndole que el rey estaba en la agonía.

—Voy a casa de los amigos a darles la noticia -le dijo a Chamizo, y le preguntó después—: ¿Usted conoce al capitán Nogueras?

—Sí.

—Pues vaya usted a su casa, a la calle de Toledo, esquina a la de las Maldonadas, y dígame lo que ocurre. A él le interesa mucho, por estar esperando el destino...

El padre Venancio fue a la calle de Toledo, y entró en casa de Nogueras. Le recibió su patrona, la señora Nieves, una pobre

mujer, que le dijo que el capitán, su pupilo, llevaba una vida muy mala. Estaba enredado con una prenda de la calle de los Estudios, a la que llamaban Concha la Lagarta, una mujer más mala que un dolor, según ella.

Cuando don Venancio dijo a la señora Nieves que despertara al capitán para darle una noticia, ella se opuso; alegó que su pupilo se había acostado por la mañana; pero cuando le aseguró que era noticia importante, de la que dependía su destino, entró en la alcoba a llamar a Nogueras.

Salió Nogueras en mangas de camisa y en chancas. Era el capitán un hombrecito flaco y cetrino, con la nariz picuda y unos anteojos muy gruesos. Aviraneta lo había definido diciendo: «Nogueras es un cínife, una chinche, un piojo, sabio y burocrático».

El exclaustrado contó al capitán lo que pasaba, y se fue después a casa a trabajar en sus traducciones.

Por la tarde, estaba Chamizo en el balcón tomando el fresco, cuando apareció Aviraneta en la calle.

—Mientras usted está aquí tranquilamente —le dijo—, el pueblo arde de un extremo a otro. Baje usted.



***Un servil del Maestrazgo,
caricatura del absolutista en
la prensa satírica de la época***

La reunión liberal

Mansilla y Tilly estaban citados a las ocho y media de la noche en la Puerta del Sol, delante de la sombrerería de Aspiroz.

Aviraneta se despidió de Chamizo y se unió con sus compañeros del triángulo, y los tres juntos tomaron la dirección de la calle del Arenal.

Entraron en la casa inmediata a la del conde de Oñate; subieron una escalera no muy ancha hasta el piso principal, y pasaron a una sala donde había reunidas de cuarenta a cincuenta personas en varios grupos. Era un salón grande y vacío con balcones, y unos ventanales cuadrados encima de ellos.

Iba entrando poco a poco más gente. Llegaron a congregarse hasta unos cien individuos de todas castas y pelajes; los

había elegantísimos, currutacos con aire de figurín, y tipos mal vestidos, abandonados y sucios.

Tilly y Mansilla conocieron a Donoso Cortés, los dos Carrasco, a Cambroner, al médico Torrecilla, a Valero y Arteta, a Martínez Montaos. Por su parte, Aviraneta encontró allí a media Isabelina; estaban Gallardo, Calvo de Rozas, Fuente Herrero, Calvo Mateo, Beraza, y una porción de militares de graduación, oficiales de la Guardia Real y jóvenes lechuguinos de bigote y perilla.

Aviraneta se acercó disimuladamente a Tilly.

—Amigo Uno. ¿El cóncave, qué tal va?

—Bien, muy bien. Vamos trampeando.

—Y los cucos (cristinos), ¿por qué no empiezan?

—Parece que hay cierta decepción entre ellos.

—Pues, ¿por qué?

—Hay aquí más jóvenes ilusos (isabelinos) que cucos (cristinos).

—¿Y eso les asusta?

—Dicen que está aquí Romero Alpuente, hombre peligroso, y que lo va a echar todo a perder.

—¡Romero Alpuente! Si es un mastuerzo.

—Pues los nuestros lo tienen por un hombre terrible.

—En cambio, entre los jóvenes ilusos (isabelinos) se dice que esta reunión se hace por iniciativa del Pastor (Cea Bermúdez).

—No lo creo.

—Eso aseguraba Calvo de Rozas.

—Me parece una fantasía, amigo Tres.

—Pues los nuestros están alarmados. Me han dicho que Flórez Estrada, Palafox y Olavarría van a pasar la noche en claro, y que el peligro para los ilusos (liberales) es inminente.

—¡Bah!

—Sin embargo, conviene decir que estamos en peligro.

—Eso es otra cosa. Se dirá -murmuró Tilly.

—Sabe usted que me están invitando para que hable en nombre de los jóvenes ilusos (isabelinos).

—¿Y usted, qué va a hacer?



El lechugino

-No sé. A usted, ¿qué le parece?

-¡Hombre! Eso tiene que depender de la fuerza de que disponga. ¿Tiene usted fuerza y gente alrededor y puede hablar de una manera clara y terminante? Hable usted. ¿No tiene usted confianza? No diga usted nada.

A las diez, los cristinos iniciadores de la reunión, después de muchos cabildeos, dieron como comenzado el acto. Se trajo un velador con dos candelabros al medio de la sala, y se sentaron, presidiendo la mesa, Cambronero y Donoso Cortés, los dos muy guapos, muy currutacos y peripuestos, y don Rufino García Carrasco, que era un tipo más vulgar, grueso, pesado, de barba negra, uno de esos extremeños, como dice Quevedo, cerrados de barba y de mollera.

La gente del público, los que pudieron cogieron sillas para sentarse, y quedaron de pie unas treinta o cuarenta personas.

Entonces el abogado Cambronero tomó la palabra y explicó el objeto de aquella reunión. Vino a decir de una manera florida que era necesario apoyar al Gobierno, a la reina gobernadora y a la inocente Isabel, y que todos los reunidos allá debían colaborar a tan santo fin. Hablaron después dos abogados diciendo, poco más o menos, lo mismo; habló Gallardo, con su acento extremeño y su intención mordaz; luego, los Carrasco, y, por último, Donoso Cortés, de una manera pomposa.



Los patriotas

Aviraneta estaba muy inquieto.

-¿Qué le pasa a usted? -le dijo Mansilla.

-Esto es estúpido -exclamó-. Están divagando de una manera ridícula sin aclarar la cuestión principal.

-Hable usted -le dijo Calvo de Rozas.

-Creo que no debe usted hablar -le advirtió Mansilla-; está usted exaltado y se va a comprometer.

Otros individuos de la gente de mal pelaje invitaron a Aviraneta a que hablase. El se levantó y gritó:

-¡Pido la palabra!

-Tiene la palabra el señor..., el señor Aviraneta -dijo Carrasco.

Hubo un movimiento de extrañeza en el público.

«¿Quién es? ¿Qué apellido ha dicho?» -se preguntaron unos a otros.

Aviraneta avanzó hasta el centro del salón con un rictus amargo en la boca, y comenzó a hablar de una manera seca, áspera y cortante. [...]

Era un Robespierre, pero un Robespierre ya viejo, sin éxito, sin dogmatismo, sin la fofa utopía de Rousseau en la cabeza. Era un Robespierre sin sostén social, sin partidarios, amargado, ácido, después de haber recorrido el mundo y haber conocido la miseria y la inquietud en todas sus formas. Era un Robespierre de España, de un país pobre, áspero, desabrido, frío y sin efusión social. El furor lógico del sombrío Maximiliano lo reemplazaba Aviraneta con la rabia, con el despecho, con la cólera y, sobre todo, con el desprecio por los hombres.

Discurso Aviraneta

-La situación ha cambiado en veinticuatro horas, desde la muerte del rey -dijo Aviraneta con voz sorda-. Liberales y realistas hemos venido defendiendo durante largo tiempo al presidente Cea Bermúdez. La razón era clara; ni ellos ni nosotros estábamos preparados para la lucha, y la vida del rey suponía para todos, principalmente, una tregua. Ha muerto Fernando VII; la tregua ya no existe, y mañana los carlistas se lanzarán al campo. Para nosotros, la presidencia de Cea Bermúdez no tiene objeto hoy, no nos defiende de los avances del carlismo, que se organiza precipitadamente; no sirve de garantía para nuestras aspiraciones liberales. Todo lo que sean dilaciones, todo lo que no sea idear un plan y realizarlo, no sólo es perder tiempo, es retroceder. En este instante nuestros enemigos no cuentan con fuerzas preparadas, pero contarán mañana con ellas y serán grandes, terribles, las suficientes para tener en jaque al Gobierno. Creo, señores, que hoy lo prudente y lo



práctico es asaltar el poder, dominar la situación incierta en que nos encontramos, proclamar una constitución liberal y apoderarse de las trincheras, para defenderse del carlismo, que es un enemigo formidable. Este es mi plan: cambio de gobierno inmediato y dictadura liberal. Enfrente de nosotros hoy no hay nadie. Si nos decidimos y vamos todos, la empresa me parece fácil. Si se acepta este plan, expondré mi proyecto en detalles, que se podrán discutir; si no se acepta, como considero que la inacción en estos momentos es una torpeza y un crimen de lesa patria, si no se acepta, me retiraré. He dicho.

Al terminar Aviraneta su discurso hubo algunos aplausos y algunos silbidos.

«¿Quién es este hombre? —se preguntaban unos a otros—. ¿Qué modo de hablar es ése? ¿Cómo se atreve? ¡Es un anarquista! ¡Es un carbonario!»

Para tranquilizar el cotarro se levantó don Rufino Carrasco, y dijo atropelladamente y sin arte:

—Señores: No me parecen estos momentos los más propios ni los más favorables para tratar de una cuestión tan peligrosa como la que ha suscitado el orador que me ha precedido en el uso de la palabra. Imponer a una reina viuda resoluciones violentas cuando aún no se ha enfriado el cadáver de su regio consorte, es cruel e inhumano, y más cuando se trata de una reina toda bondad como la excelsa Cristina, que, postrada como se halla en el lecho del dolor, desde él ha manifestado al marqués de Miraflores que su mayor anhelo es procurar la felicidad de España. La tregua se impone, señores, ante el cadáver del rey.

Aviraneta se levantó como movido por un resorte, y avanzando en el salón dijo con voz agria y cortante:

—Si el rey que acaba de morir no hubiera sido uno de los personajes más abominables de la historia contemporánea, si hubiera tenido algo siquiera de hombre, todos los españoles estaríamos ahora en un momento de dolor; pero el rey que ha muerto era, sencillamente, un miserable, un hombre cruel y sanguinario que llenó de horcas España, donde mandó colgar a los que le defendieron con su sangre. No hablemos de tregua producida por el dolor. Sería una farsa. Interiormente todos estamos satisfechos pensando que el enemigo común ha muerto y que su cadáver hiede. No hablemos de sentimiento; lo más que se nos puede pedir es olvido, y que nos perdonen las som-

bras augustas de Lacy, de Riego, del Empecinado y de otros mártires. No hablemos de ayer, pensemos en mañana.

La contestación de Aviraneta produjo una terrible marejada de gritos, protestas y aplausos en la sala.

En vista de ello, Cambronero volvió a levantarse y echó un discurso habilísimo para poner a todos de acuerdo.

El participaba de los mismos sentimientos que su querido, que su particular amigo el señor Aviraneta, a quien tenía por

un patriota ferviente y un liberal de corazón; pero creía que no todas las ocasiones eran propicias para un movimiento radical; él admiraba la adhesión del señor García Garrasco por la excelsa Cristina.

Así, con una serie de equilibrios y de sin embargo..., si bien es cierto..., continuó su discurso Cambronero. No se habló más de la cuestión. Se acordó escribir y publicar una hoja apócrifa, simulando ser una gaceta de una junta carlista, en la que se daba como efectuado el levantamiento del partido, enumerando hechos falsos en apoyo de la invención. Gallardo, Oliver y otros dos la redactaron, la consultaron y se aprobó. Se terminó la sesión a las doce y media y todo el mundo fue saliendo del salón de

una manera tumultuosa, discutiendo y gritando.



El patriota exaltado

La intervención del ejército en la vida española del siglo XIX no tenía las características que adquiriría en el siglo XX. El ejército era una fuerza de presión reconocida socialmente como tal y que ante la debilidad estructural del poder político se veía obligado a intervenir en la vida pública. Nombres como los de Espartero, que fue Regente, o Serrano pertenecen a la más destacada onomástica política de aquellos años.

Al salir a la calle formaron un grupo Calvo de Rozas, Aviraneta, Tilly, Mansilla, el capitán Del Brío, Gamboa, Gamundi, que había dormido sus libaciones de casa de la Bibiana, y otros oficiales vestidos de paisano.

—Aviraneta -dijo Gamboa-, ¿quiere usted venir al café de

Levante, de la Puerta del Sol? Unos cuantos amigos tenemos que hablarle.

—Vamos todos.

—Pero no así; en grupo llamaremos la atención.

Calvo de Rozas se despidió de Aviraneta diciéndole:

—No se comprometa usted a nada.

—No tenga usted cuidado.

Tilly, Aviraneta y Gamundi entraron en el café de Levante, ya vacío y sin público; llegaron Gamboa, Del Brío y otros jóvenes oficiales vestidos de paisano. Hubo apretones de manos y signos masónicos de reconocimiento. Se sentaron todos y Gamboa dijo a uno de estos oficiales:

—Habla tú.

El indicado era un muchacho apellidado Urbina, hijo del marqués de Aravaca, teniente de Artillería.

—Señor Aviraneta - dijo Urbina-. Nos ha parecido muy bien el discurso de usted en

la reunión y estamos identificados con sus ideas. Contamos con muchos oficiales de los mismos sentimientos que nosotros; tenemos de nuestra parte a los sargentos y soldados del regimiento de la Guardia Real. Denos usted su plan revolucionario y lo realizamos mañana mismo. Prendemos a Cea Bermúdez y a todo el ministerio; si es indispensable los fusilamos y damos un cambio completo a España.

—¿Qué garantías necesitarían ustedes? -preguntó Aviraneta.

—Por de pronto la lista completa del nuevo Gobierno que asuma la responsabilidad del movimiento.

—Eso tengo que consultarlo.

—Consúltelo usted con sus amigos cuanto antes.

—Lo haré así.

—¿Cuándo nos dará usted la contestación? -preguntó Urbina.

—Mañana al mediodía.

—¿En dónde?



El café

-En el Café de Venecia.

-Está bien.

Se habló poco, porque iban a cerrar el café.

El nuevo gobierno

El grupo seguía en la acera cuando Gamundi y otro joven volvieron corriendo hacia el café.

-¿Qué pasa? -les preguntó Aviraneta.

-Que hemos encontrado a Nebot, el agente de policía de la Isabelina, a la entrada de la calle del Arenal. Nos ha dicho que hace una hora ha pasado Cea Bermúdez a palacio en coche y que debe volver dentro de poco. ¿No le parece a usted una magnífica ocasión para echarle el guante?

-Sí. Magnífica.

Se le dijo a Urbina y a los demás lo que pasaba, y les pareció la ocasión de perlas.

-¡Hala! -exclamó Aviraneta-. ¿Cuántos somos, nueve? Vamos cuatro por aquella acera y cuatro por ésta; nos pondremos enfrente de la casa donde hemos estado. Uno que vaya ahora mismo y que se ponga delante de la plaza de Celenque. Vaya usted, Gamundi. En el momento que pase el coche grita usted: ¡Serenó!

-Muy bien.

Y Gamundi desapareció embozado en la capa.

-Los que tengan bastón que se planten en medio y peguen a los caballos hasta parar el coche -exclamó Aviraneta-. ¿Hay algo que decir?

-Nada.

-Entonces, en marcha.

Fueron los dos grupos hacia la calle del Arenal.

Al llegar a la esquina oyeron el ruido de un coche que venía de prisa por la calle Mayor. Aviraneta y Tilly volvieron hacia él corriendo. El cochero, al ver que se acercaban dos hombres, azotó los caballos y el coche pasó como una exhalación.

«Ha cambiado de camino».

Cea Bermúdez se les escapaba.

Se avisó a los dos grupos y la gente se marchó cada cual a su casa.

5 LA CAÍDA DE MARÍA CRISTINA

Don Eugenio de Aviraneta cuenta, *Desde el principio hasta el fin* y después –hasta la caída, que la llevó al destierro–, la correspondencia de la reina María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, madre de Isabel II (1806-1878).

Esta ilustre dama consiguió influir en la voluntad del rey Fernando VII –tenía veinte años menos que él–, quien ratificó la derogación de la ley sálica, hecha por Carlos IV, que impedía a las mujeres reinar. La decisión real provocó el pleito dinástico protagonizado por los defraudados carlistas, que vieron cómo los derechos sucesorios del hermano del rey, don Carlos, eran ignorados, y alumbraron tres crueles guerras civiles desde 1833 hasta la década de los 70, que se resolvieron al cabo en su derrota. La reina María Cristina, que fue nombrada regente a la muerte de su esposo, quiso aprovechar la minoría de edad de la heredera para hacer su propia política al frente del partido de los llamados cristinos o moderados, lo que le valió la hostilidad del general Espartero, que asumió la regencia y la desterró en 1840. Para entonces disfrutaba de una intensa impopularidad debida a su casamiento con el sargento Agustín Fernando Muñoz; con el tiempo conseguiría que el Papa Gregorio XV diera validez a su matrimonio morganático. Caído Espartero, regresó a España con la pretensión de influir en la política de su hija Cristina, que no la miraba con buenos ojos, y sobre todo se dedicó a realizar sustanciosos nego-



La reina regente María Cristina de Borbón (1806-1878)

cios, todo lo cual la llevó de nuevo al destierro. No obstante, reinando su nieto Alfonso XII regresó a España, aunque con un tiempo limitado de residencia. Está enterrada en El Escorial.

Don Eugenio de Aviraneta recibe, en nuestro texto, una carta de una bailarina amiga suya, *La Perlita*, donde le informa acerca de la situación en la que aún se movía doña María Cristina en España.

La bailarina cumplió su prometido y me mandó una relación de lo que vio y oyó durante su estancia en Valencia. Supuse si la informaría Isidro Madrugá, que fue con ella en el mismo barco y después la visitó en el teatro donde trabaja.

La Perlita me escribió varias cartas. Esta fue la primera:

Valencia, septiembre.

Amigo, don Eugenio: Muy desagradable y muy triste debió de ser para la Reina Regente la estancia en Barcelona, donde sufrió la pobre señora tantas humillaciones. Yo la compadezco mucho. Mis padres eran realistas fervientes. Yo también lo soy.

La Reina se quedó sola en Barcelona; sus esfuerzos para defenderse no tuvieron éxito; entonces nombró, como sabe usted, presidente del Consejo de Ministros al General Espartero y, viéndose desamparada, decidió venir a Valencia.

Dicen que estaba aconsejada por O'Donnell y que éste le indicó la conveniencia del viaje.

La Reina vino en el vapor mercante *El Balear*; llegó aquí el 25 de agosto; la



Isabel fue proclamada reina a los trece años, en 1843, tras las regencias de su madre y de Espartero (1840-43)



El general Espartero, duque de la Victoria (1793-1879)

acompañaba la duquesa de la Victoria como primera dama de honor. María Cristina no quería venir por tierra, temía el recibimiento de los pueblos del tránsito.

Al llegar a Valencia, en un artículo de un periódico, *La Tribuna*, se hablaba de la ingratitud de los reyes y de los sufrimientos del pueblo.

Al desembarcar aquí, según me han dicho, se le presentó el gobierno provisional, formado en el ayuntamiento de Madrid, presidido por Ferrer, y en términos categóricos le presentó su programa.

La Reina, naturalmente, no acostumbrada a estas actitudes, escuchó a Ferrer con impaciencia, y al despedirle le dijo secamente:

– La contestación se la daré a usted en breve.

– Los conspiradores de Madrid parece que estaban preparados desde hace tiempo y esperaban la llegada del duque de la Victoria para subir al poder.

Los partidarios del duque, por lo que dice un periodista que viene al saloncillo del teatro donde yo trabajo, temen la acción de tres hombres: de don Diego León, a quien, según se asegura, los progresistas han engañado; de don Ramón María Narváez, entusiasta de la Reina y enemigo furioso de Espartero, y del general O'Donnell, que también comienza a ver con malos ojos el encumbramiento excesivo del duque de la Victoria.

La llegada de la Reina Cristina a Valencia ha sido para ella un desencanto. La pobre señora supuso que aquí encontraría apoyo y partidarios fieles; no ha encontrado ni una cosa ni otra.

La Reina vive en la plaza de Santo Domingo. En esta plaza está el palacio del conde de Cervellón, donde se aloja y se alojaba también Fernando VII.



**Agustín Fernando
Muñoz, marido de la
reina M^a Cristina
(1808-1873)**



**Leopoldo O'Donnell,
Duque de Tetuán
(1809-1867)**

La reina cercada

La plaza de Santo Domingo, cerca del palacio de la Reina, se ve siempre llena de tropas, y según dicen, no se puede entrar en ella más que con un pase militar.

La Reina se ha engañado; suponía a los valencianos menos rebeldes que los catalanes. Con esta creencia provocó la dimisión del ministerio del señor Ferrer, y nombró, para sustituirle, a don Modesto Cortázar, con otros señores simpatizantes del partido moderado [...]

La Reina busca el apoyo del general O'Donnell, quien ha asegurado que el militar no debe mezclarse en política. El peso de la espada no debe inclinar la balanza en el destino de la nación. Esta frase es del joven periodista que viene a charlar a mi cuarto, no mía. No vaya usted a creer, don Eugenio, que quiero adornarme con plumas ajenas.

Al tener la Reina noticia de la insurrección de Madrid, mandó a Espartero una orden para que marcharse a sofocarla con un cuerpo del ejército. Le decía en este documento:

«La revolución no se hace contra los ministros, sino contra la Reina, y para probártelo, te envío estos periódicos de Madrid, en los cuales se me acusa de haber conspirado contra la Constitución del Estado. Bien sabes tú, Espartero, que soy incapaz de faltar a mis juramentos».

El general ha contestado con una exposición pública a la Reina, en la cual le dice que no puede obedecer sus órdenes temeroso de que sus tropas no quieran batirse contra el pueblo. Ha añadido un párrafo que se ha comentado mucho:

«No es una pandilla anarquista, sino el partido liberal quien ha tomado las armas para no soltarlas hasta ver sólidamente asegurado el trono de vuestra hija, la Regencia de su Majestad, la Constitución de 1837 y la independencia nacional».

La imbricación sociedad, política y ejército resplandece en los espontáneos y veraces comentarios de la bailarina



Estatua ecuestre de Espartero, en la calle de Alcalá, frente al Parque del Retiro

Según me aseguran, esto de la independencia nacional está dicho porque los liberales creen que María Cristina somete las cuestiones más importantes a la opinión de Luis Felipe [de Orleans] y después la sigue con demasiada fidelidad.

Ha habido militares de prestigio que se han brindado a venir a defender a la Reina. Se dice que don Diego León ha escrito una carta ofreciéndole su espada y la de dieciocho generales españoles compañeros suyos.

María Cristina ha contestado que no quiere de ninguna manera que su persona dé lugar a una nueva guerra civil.

Los maldicientes afirman que la Reina está deseando dejar España y que todas sus supuestas vacilaciones son fingidas.

La Reina acorralada ha nombrado a Espartero presidente del Consejo de Ministros, encargándole la formación del gabinete. El general ha ido a Madrid a reunirse con sus futuros colegas, y de vuelta se ha presentado con ellos a doña María Cristina.

La Reina, según parece, les pidió las bases de su programa. En este programa se exige, según dicen, la disolución de las Cortes, la suspensión de la ley de ayuntamientos y un manifiesto en que Cristina haga recaer la culpa de lo pasado sobre sus ministros, y en el que al mismo tiempo se comprometa solemnemente a respetar la Constitución con todas sus consecuencias, las cuales no serán entorpecidas en adelante por influencias oscuras y siniestras.

Esto me parece obligarle a llevar un inri que creo que ella, como Reina, no aceptará. Le escribiré el desenlace de esta cuestión.

Adiós, don Eugenio.

Dolores, la Perlita



**Retrato y rúbrica del auténtico
Aviraneta, hacia 1841**

6 LA REVOLUCIÓN DEL 54

Madrid presencié muy a menudo los pronunciamientos militares del siglo XIX, que fueron, hasta la llegada del régimen canovista, en 1875, flor de cada día. Don Eugenio de Aviraneta, el protagonista de las *Memorias*, conspirador nato, se ve implicado en la Revolución del 54, que promulgó una nueva Constitución, que no llegó a estar vigente, pero fue beneficiosa para la modernización de nuestra economía, llevó a cabo un impulso decisivo en la profundización de la desamortización gracias a don Pascual Madoz, y dio un paso adelante en la consecución de un clima de mayor respeto para la menor confesionalidad del Estado. Todo esto palpita en las páginas de *El sabor de la venganza*, donde Aviraneta, ya viejo y desengañado, contempla con escepticismo el desarrollo de la revolución.

En tal estado de cosas, llegó la revolución de julio del 54. Yo, la verdad, confieso que era un error de perspectiva, no creía en ella. Es un achaque de los viejos desconfiar del presente. ¿A quién no le ocurre esto? A mí me pasó como a todo el mundo. Cuando en junio de aquel año, mi amigo Leguía, aquí presente, me indicó que iba a estallar un movimiento revolucionario, yo le dije: «¡Bah! No pasará nada».

El movimiento llegó, los generales se sublevaron en Vicálvaro, y los días que la revolución anduvo suelta por las calles yo me dediqué a curiosear. Presencé el saqueo de la casa de María



Alzamiento de Madrid en 1854



Entrada de Espartero en Madrid, 1854



Palacio de José Salamanca (1811-1883), en el paseo de Recoletos, hoy sede bancaria

Cristina y el de la casa de Salamanca a los gritos de «¡Muera Sartorius! ¡Mueran los polacos! ¡Muera la Piojosa!». Yo tenía más miedo en casa que en la calle. Había gente que sabía que yo era amigo de María Cristina, y, por tanto, sospechoso para el pueblo, que en aquella época tenía un odio profundo por esta reina, a quien hacía veinte años consideraba como un ídolo.

Yo vivía en la calle de San Pedro Mártir, en el barrio de la Comadre, ya al comenzar los barrios bajos.

[...]

Había por aquellos días un miedo terrible, y los que me conocían a mí creían que yo no era sólo un cristino, sino que debía de estar

complicado en todas las intrigas de los polacos. Se decía que María Cristina estaba encerrada en un convento.

Al fin tuve que ir a casa de la lavandera que me había avisado que estaba perseguido, y allí encontré un rincón seguro para pasar unos días. La señora Isidra, la lavandera, vivía en una buhardilla de la calle de la Espada, y su hijo era un cabe-cilla revolucionario de los barrios bajos: Manolo, *el Papelista*. La señora Isidra tenía muy poco sitio y muchos nietos, y en su casa se estaba con gran incomodidad.

Manolo, *el Papelista*, me contó cómo habían peleado él y sus amigos en la Cuesta de Santo Domingo con los cazadores, y

luego en la calle de Jacometrezo. Manolo estaba muy satisfecho por haber tomado parte en estas jornadas.

Me solía traer papeles que se publicaban en la calle y números de *El Murciélago*, de *La Mentira* y de *El Miliciano*.

Seguía yo la marcha de la revolución por los periódicos y por las conversaciones.[...]

Revuelta confusa

Había entre los impulsores de aquellas jornadas revolucionarias progresistas, demócratas, republicanos, militares de la Unión Liberal *[encabezada por el general O'Donnell]*, moderados y hasta carlistas. Este origen mixto hacía que el movimiento tuviera un carácter turbio y su dirección fuera confusa y mal definida.

Cuando creí que la violencia revolucionaria había ya pasado, salí de la buhardilla de la lavandera para visitar a algunos amigos que estaban, como yo, considerados como sospechosos, para ver qué es lo que habían hecho y tomar una orientación.

Sabía que se cacheaba y se identificaba a la gente en la calle.

Me acerqué al centro entre la gente huyendo de los barullos; fui por la Concepción Jerónima, calle de Atocha y plaza de Santa Ana a la calle del Prado, a ver al dueño de una casa de la calle del Lobo, donde había vivido. En la desembocadura de esta calle con la del Prado había una barricada defendida por toreros, casi todos de la cuadrilla de Cúchares.



Allegoría de la Revolución



Jornada revolucionaria



**Episodio de la Revolución de 1854 en la Puerta del Sol
(óleo, copia de original de Eugenio Lucas Velázquez, 1817-1870)**

Intenté entrar por la calle de la Visitación, pero estaba también cortada.

Volví a la plaza de Santa Ana y seguí por la calle del Príncipe.

Iba por la calle de Sevilla a la de Alcalá cuando me encontré detenido en la esquina por una barricada alta formada por carros, muebles, tablones y adoquines. Estaba la barricada vigilada por un grupo de paisanos armados, entre los que abundaban tipos de torero con traje corto y calañés y mozos de café de los cafés próximos.

El volverme de repente hubiera sido sospechoso; me reuní al grupo de paisanos, repartí unos cuantos cigarros puros, y a un hombre andrajoso, con un morrión en la cabeza, greñuda, que estaba sentado sobre unas piedras con un gran trabuco, le pregunté:

—Oiga usted, compadre, ¿quién manda en esta barricada?

—Un brigadier que vive en esa casa —y me señaló una de la calle de Sevilla, esquina a la de Alcalá.

7 EL 98 Y LA GUERRA DE CUBA

La guerra de Cuba fue un episodio decisivo del fin del siglo XIX, que marcó el punto más alto de la decadencia española. En *El árbol de la ciencia* Baroja retrata el exacto estado de la opinión en aquellos momentos trágicos. Su protagonista, Andrés Hurtado, contempla perplejo la frivolidad con que la opinión pública asiste al ocaso del imperio colonial y, lo que es más grave, a la decadente impotencia de España, cuyo ciclo de abatimiento tocó fondo con la intencionada explosión del *Maine*, hecha por los propios agentes americanos, que fue el pretexto para la declaración de una guerra que España hizo con medios más irrisorios que precarios. Hurtado, «hombre del 98» a quien, como a Miguel de Unamuno, «le dolía España», se da cuenta de lo que, en su último sentido, supone la pérdida de Cuba. En tanto, Madrid-España se divertía e iba a los toros.

A los pocos días de llegar a Madrid, Andrés se encontró con la sorpresa desagradable de que se iba a declarar la guerra a los Estados Unidos. Había alborotos, manifestaciones en las calles, música patriótica a todo pasto.

Andrés no había seguido en los periódicos aquella cuestión de las guerras coloniales; no sabía a punto fijo de qué se trataba. Su único criterio era el de la criada vieja de la Dorotea, que solía cantar a voz en grito mientras lavaba, esta canción:



Alfonso XII (1857-1885)

*Parece mentira que por unos mulatos
estemos pasando tan malos ratos.
A Cuba se llevan la flor de la España
y aquí no se queda más que la morralla.*

Todas las opiniones de Andrés acerca de la guerra estaban condensadas en este cantar de la vieja criada.

Al ver el cariz que tomaba el asunto y la intervención de los Estados Unidos, Andrés quedó asombrado.

En todas partes no se hablaba más que de la posibilidad del éxito o del fracaso. El padre de Hurtado creía en la victoria española; pero en una victoria sin esfuerzo; los yanquis, que eran todos vendedores de tocino, al ver a los primeros soldados españoles, dejarían las armas y echarían a correr. El hermano de Andrés, Pedro, hacía vida de *sportman* y no le preocupaba la guerra; a Alejandro le pasaba lo mismo; Margarita seguía en Valencia.

Andrés encontró un empleo en una consulta de enfermedades del estómago, sustituyendo a un médico que había ido al extranjero por tres meses.

Por la tarde Andrés iba a la consulta, estaba allí hasta el anochecer, luego marchaba a cenar a casa y por la noche salía en busca de noticias.

Los periódicos no decían más que necesidades y bravuconadas; los yanquis no estaban preparados para la guerra; no tenían ni uniformes para sus soldados. En el país de las máquinas de coser el hacer unos cuantos uniformes era un conflicto enorme, según se decía en Madrid.

Para colmo de ridiculez, hubo un mensaje de Castelar a los yanquis. Ciertamente que no tenía las proporciones bufo-grandilo-



**La regente María Cristina de
Habsburgo, con su hijo Alfonso XIII
(1886-1941)**

cuentas del manifiesto de Víctor Hugo a los alemanes para que respetaran París; pero era bastante para que los españoles de buen sentido pudieran sentir toda la vacuidad de sus grandes hombres.

Andrés siguió los preparativos de la guerra con una emoción intensa.

Los periódicos traían cálculos completamente falsos. Andrés llegó a creer que había alguna razón para los optimismos. [...]

El desastre

Días antes de la derrota encontró a Iturriz en la calle.

—¿Qué le parece a usted esto? —le preguntó.

—Estamos perdidos.

—¡Pero si dicen que estamos preparados!

—Sí, preparados para la derrota. Sólo a ese chino, que los españoles consideramos como el colmo de la candidez,

se le pueden decir las cosas que nos están diciendo los periódicos.

—Hombre, yo no veo eso.

—Pues no hay más que tener ojos en la cara y comparar la fuerza de las escuadras. Tú, fíjate; nosotros tenemos en Santiago de Cuba seis barcos viejos, malos y de poca velocidad; ellos tienen veintiuno, casi todos nuevos, bien acorazados y de mayor velocidad.

Los seis nuestros, en conjunto, desplazan aproximadamente veintiocho mil toneladas; los seis primeros suyos sesenta mil. Con dos de sus barcos pueden echar a pique toda nuestra escuadra; con veintiuno no van a tener sitio dónde apuntar.

—¿De manera que usted cree que vamos a la derrota?

—No a la derrota, a una cacería. Si alguno de nuestros barcos puede salvarse será una gran cosa.



Gentío frente al Café Suizo



El buque almirante «Infanta María Teeresa», que participó en la batalla de Santiago de Cuba, la mañana del 3 de julio de 1898, que supuso el final del imperio español en América



Monumento a Cuba en el Parque del Retiro

Andrés pensó que Iturrioz podía engañarse; pero pronto los acontecimientos le dieron la razón.

El desastre había sido como decía él; una cacería, una cosa ridícula.

A Andrés le indignó la indiferencia de la gente al saber la noticia. Al menos él había creído que el

español, inepto para la ciencia y para la civilización, era un patriota exaltado y se encontraba que no; después del desastre de las dos pequeñas escuadras españolas en Cuba y en Filipinas, todo el mundo iba al teatro y a los toros tan tranquilo; aquellas manifestaciones y gritos habían sido espuma, humo de paja, nada.

Pero la pérdida de Cuba, más allá de los comentarios de la novela, fue un aldabonazo en la conciencia política y cultural de España, cuya *intelligentia* advirtió la gravedad profunda de los acontecimientos. El *regeneracionismo* se nutrió en buena medida de

los sucesos del 98, que marcaron un punto y aparte en la evolución moral de la sociedad española, tanto a la izquierda como a la derecha. El problema de España pasó a ser una cuestión central del debate cultural e histórico. La burguesía española creció en la nostalgia del imperio —un imperio qué sí poseían otras burguesías europeas—, lo que alimentó ensoñaciones imperialistas, a la vez que agudizó la conciencia de clase de las izquierdas.

III. MADRID FRÍVOLO Y BRILLANTE. EL FIN DE SIGLO (XIX-XX)

8 LAS FIESTAS DEL BUEN RETIRO

Había, hubo, otro Madrid menos mísero, lujoso incluso, donde una reducida burguesía aristocrática gozaba de los placeres de la que era ya una capital europea. Esto no quiere decir que fuera inmune a las desdichas. En su novela *Las noches del Buen Retiro* retrataba Baroja ese Madrid frívolo y galante de 1897, un año anterior al desastre colonial, que evocaba en 1933. Un Madrid frívolo, que se divertía, sí, pero a su manera, doloroso y dolorido, como lo es la peripecia vital de su protagonista Jaime Thierry, muerto de tisis y de desamparo.

El escenario principal de la novela son los Jardines del Buen Retiro, que entonces cumplían un papel lúdico y de convergencia social que en nuestros días ha desaparecido por completo. Estos jardines, hoy conocidos como el Parque del Retiro, tienen su origen en la donación que hizo a la Corona el conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV, para el recreo de la corte en torno al monasterio de los Jerónimos. Bajo la dirección de prestigiosos arquitectos se construyeron diversos edificios, entre ellos un teatro que acogió representaciones de los grandes dramaturgos clásicos; el Casón del Buen Retiro, antiguo salón de baile, el Museo del Ejército, etc. Ha habido muchas modificaciones a lo largo del tiempo. El rey Carlos III fue el primero en permitir el acceso de los ciudadanos al parque. Los jardines fueron parcialmente destruidos durante la invasión francesa, y después Fernando VII inició su reconstrucción. Tras la



**Ilustración para
*Las noches del Buen Retiro***



Paseantes en la alameda del Retiro

Revolución de 1868, que derrocó a Isabel II, los jardines pasan a ser propiedad municipal, se habilita el Paseo de Coches, se edifica el Palacio de Cristal y adquiere, en fin, la fisonomía con que Baroja lo encuentra a finales de siglo. La dimensión lúdica que refleja viene, pues, de su larga historia.

Jardines del Buen Retiro

Los Jardines del Buen Retiro eran sitio estratégico e importante para la burguesía madrileña de hace más de treinta años. En aquellos jardines se podían pasar las noches de verano de una manera

agradable. Era lugar relativamente céntrico, contiguo a la plaza de la Cibeles; había en él un teatro grande, árboles, boscajes retirados para parejas misteriosas, un café y música.

El jardín presentaba un soberbio aspecto de noche, iluminado con brillantez por los arcos voltaicos. Cruzaban damas elegantes y señores bien vestidos. Se lucía, se coqueteaba, se piropeaba y se cambiaban miradas ardientes entre unas y otros.

La gente se divertía, probablemente, como hace quinientos años, y como se divertirá con seguridad dentro de otros quinientos. Por un precio módico se tomaba el fresco las noches ardorosas del verano madrileño y se charlaba en una tertulia. En unas temporadas se oía ópera, aunque barata no mala; en otras se veían representar zarzuelas bufas y algunos bailes y pantomimas de gran espectáculo.

De gala

Los días de moda, en junio y a principios de julio, antes del éxodo de la gente rica a la costa cantábrica, los jardines tenían aire de gran gala.

Al público del Buen Retiro que quedaba en el rigor del verano se le motejaba de pobre y con pretensiones, es decir, de cursi, terrible acusación, espada de Damocles de los españoles durante cincuenta años y a la cual hoy parece írsele quitando la punta y el filo.

A las funciones de los jardines iba, según se aseguraba, mucho tifus, es decir, gente que entraba de balde. Ello no impedía a estos típicos darse gran tono en el teatro y hasta desacreditar el lugar de su diversión.

Público burgués

Se veían allí casi siempre gran número de políticos, de periodistas y varias familias de la aristocracia. De éstas, por presentarse en el jardín todas las noches y no salir a veranear a las playas del norte, se pensaba si estarían arruinadas.

Como hay un fondo de petulancia y de malevolencia hasta para lo agradable, los mismos que se divertían y distraían en los jardines no lo confesaban casi nunca y hablaban de ellos como de sitio de aburrimiento, de cursilería y de fastidio.

Había entonces en el público más variedad de tipos que ahora, variedad, naturalmente, externa. El hombre no cambia por dentro ni en cuarenta ni en cuatrocientos años. Por lo menos no ha cambiado hasta ahora.

Entre los varones, unos llevaban barba; otros, bigotes erizados a la borgoñona; algunos, una sortijilla ridícula sobre el labio, y no faltaban los que llevaban las guías engomadas a estilo de Napoleón III. Se usaban con frecuencia cuellos de pajarita, corbatas de plastrón, sombreros de copa, levitas y chaqués.

También entre las mujeres existía mayor variedad; casi ninguna se pintaba, o si lo hacía no era de una manera tan exagerada como en esta época. El maquillaje se consideraba sólo para las hetairas, para las horizontales, era la palabra del tiempo, y se miraba como algo chocante y de poca distinción.



Jacinto Benavente, joven

La pintura desvergonzada y con mucha pasta de color sobre la piel de la cara y la depilación de las cejas ha dado a las mujeres de hoy un aire inexpresivo de muñecas y una falta absoluta de carácter. Princesas, manicuras, tanguistas y cocineras, todas parecen actualmente lo mismo, de la misma harina, *ejusdem farinae*, que decimos los latinistas. Lo terrible es que quizá lo sean.

Las clases se notaban entonces más que ahora, y por poca perspicacia que tuviera una persona no confundía la dama aristocrática con la corista o con la figuranta de un teatro.

Los días de fiesta engrosaban el público del Buen Retiro con gente oscura de comercio y de tiendecillas de barrios bajos y hasta con otra más pobre próxima a la plebécula.

Eran menestrales, unos alborotadores y otros un poco cohibidos como gallinas en corral ajeno. Esto daba al paseo un aire plebeyo y provinciano.

Los abonados, los de siempre, miraban con cierta indiferencia irónica a los domingueros, más turbulentos y locuaces.

Algunos de los espectadores de ocasión, protestantes de las diversiones de los demás, llamaban a los habituales «los aburridos con dignidad».



**Jardín y estanque con cisnes o
Crepúsculo, ca. 1907
(aguafuerte, aguainta y punta seca,
por Ricardo Baroja)**

El inventor de la frasecilla tuvo su éxito, porque se repitió con fruición refiriéndose al público de casino, balnearios y playas poco frecuentados y algo lánguidos.

La gente goza de tan poca fantasía, que tiene que recoger con ansia unos de otros estos pequeños adornos de la conversación. Son como traperos y colilleros de frases hechas.

Cosa, en parte, digna de señalarse era que, en general, a los extranjeros no les gustaban absolutamente nada los Jardines del Buen Retiro. Los franceses encontraban poca libertad para hablar con las mujeres, y los alemanes preguntaban extrañados: «Pero aquí, ¿dónde se bebe?».



Las tardes del Retiro (estampa, por Urrabieta Vierge, 1883)

El espectáculo era exclusivamente madrileño, un tanto cortésano, un tanto provinciano, elegante y al mismo tiempo pobretón.

El público de los Jardines del Buen Retiro se sentaba en las sillas, en corros, alrededor del quiosco central, donde tocaba la música, dejando libre la pista para pasear. Los focos eléctricos, colgados de cables tendidos en postes, entre árboles, iluminaban el paseo con una luz muy blanca, como de luna. Los tales focos, con dos carbones, lucían con intermitencias y echaban chispas.

Estos arcos voltaicos, metidos en globos de cristal esmerilado, envueltos en un enrejado de alambre, brillaban entre nubes de mariposas y mosquitos atraídos por la luz cegadora.

Parte del público, sentado en las sillas del jardín, se levantaba e iba deprisa al teatro cuando los timbres anunciaban el comienzo de la representación de un acto; otros, sin duda más indiferentes o menos filarmónicos, desdeñaban el espectáculo y se quedaban disfrutando del fresco de la noche.

Muy pocos tomaban localidades de butacas o palcos; la mayoría de la gente se sentaba en una galería circular en torno de la sala. En esta galería, con el piso de arena, se amontonaban las sillas de paja ordinarias.

Las mujeres se quejaban con frecuencia de ellas. Al parecer, se les enganchaban los vestidos en los palos de los respaldos o de las patas de los asientos, un tanto desvencijados.



**Concierto en los Campos Elíseos
de Madrid, 1867**

Dentro del teatro la luz parecía más blanca, y cuando se rompía el globo de un arco voltaico se veían los dos carbones incandescentes, tan brillantes, que dejaban por un momento a cualquiera medio ciego.

Ópera al aire libre

Como el público, en su mayoría, era de cierta posición más o menos sólida y estaba acostumbrado a oír óperas en el Teatro Real, tomaba las representaciones aquellas un poco en chungu.

La ópera, cosa seria y sagrada para la generación anterior, tenía para ésta, al menos en verano, un aire de broma.

Los espectadores escuchaban unos trozos y desdeñaban otros; se oía, por ejemplo, en *Lucrecia Borgia*, el coro «Bella Venezia» y la cavatina del duque de Ferrara «Vieni la mia vendetta». En *La Favorita* se escuchaba el dúo del barítono y la tiple y el «Spirto gentil», y de diez veces, nueve, entre personas mayores, se recordaba al tenor Gayarre. Era el eterno lugar común. En *El trovador* se escuchaba «Il balen del suo sorriso» o «Matre infelice», según fuera el tenor o el barítono de fama el cantante principal, y todo el mundo tarareaba «Ah che la morte ognora. Addio, Leonora! Addio!». En el *Ballo in maschera* se oían las dos canciones del barítono «Alla vita che tarride», «Eri tu che macchiavi quell'anima», y también el *allegro* del paje «Ah di che fulgor» y la canción ligera y alegre «Saper vorreste».

En *La Africana*, cuyo argumento parecía siempre un logogrifo inexplicable, aparecían Selika y Nelusco con camisetas oscuras de punto, muchos anillos y pulseras, y el marino Vasco de Gama, después de lanzar un gallo, se ponía a tomar mediciones con un compás muy grande en un mapa. ¿Qué medía? El público, en general, no se enteraba de la razón de aquellas medidas misteriosas, que quedaban en el mayor secreto.

Aida resultaba tan oscura y tan negra como *La Africana*, y *Los Hugonotes* no le iban a la zaga. Aquí todo el mundo tara-

reaba la canción del paje, la ronda de los bohemios y el canto de la queda.

El duque de Mantua, en *Rigoletto*, cantaba su *ballata* de bravura y de indiferencia «Questo o quella» poniéndose los guantes y la «Donna é mobile», sentado en una mesa.

Decorados

Algunos viejos recordaban a Tamberlick. ¡Ah! Aquél era un tenor.

Las decoraciones eran bastante malas, y el vestuario, de la guardarropía del Real, deslucido y ajado.

Los coros estaban siempre constituidos por señoras viejas y señores calvos y gruesos. Cantaban unos y otras con mucha afinación, y las bailarinas, mujeres esqueléticas, con piernas musculosas y fuertes, marchaban con agilidad deslizándose sobre la punta de los pies.

Había siempre cosas ridículas y, al parecer, inevitables. La tiple de *La Traviata*, Violeta, en su lecho de muerte, tísica por los cuatro costados, era una señora gorda y apaisada a quien se podía pronosticar a cincuenta metros de distancia expuesta a la apoplejía, pero inmune en absoluto para la acción del báculo de Koch.

A pesar de ello, la música sentimental de la ópera de Verdi hacía llorar a algunos viejos. El brindis «Liviamo ne lieti calici», o aquello de «Alfredo, Alfredo, di questo core», o lo de «Parigi o cara» los enternecía. Aquí se acordaban los filarmónicos de la Patti. ¡Oh, la Patti! Aquella era una tiple.

El tenor de *Lohengrin*, con sus tacones de a cuarta, unos colorcitos en las mejillas y el aire de zapatero menos romántico posible, después de llegar en su nave conducido por el cisne de cartón, el *cigno fedele*, en el momento de requerir a la sublime Elsa de amores, dejaba caer el casco al suelo, que sonaba en el escenario ostentosamente a hoja de lata.



**Consuelo Bello, la Fornarina,
actriz madrileña de la época**



Humo, 1928 (óleo sobre cartón piedra, por Ricardo Baroja)

Una noche, en una de estas representaciones, alguien dijo: «¡Ahí está *El Heraldito*!». Otro añadió: «¡*El Heraldito*, que viene bueno!». Y un tercero puso la coletilla, gritando: «¡Si ha salido *El Heraldito*, vámonos a cenar!».

Las copas de veneno de *Lucrecia Borgia* eran del más puro cartón de Bohemia; las plumas del sombrero de Nevers, en *Los Hugonotes*, parecían arrancadas del sombrero de alguna vieja rancia, y las espadas y puñales daban siempre un poco de risa.

Don José, con su navaja haciendo derrotes a Carmen a la puerta de la plaza de toros de Sevilla, daba algunas veces ganas a la gente del público dominguero de gritar, como en un tendido: «¡Ahí la tienes! ¡Tuya es! ¡Anda con ella!». Los actores de *La Bohemia*, de Puccini, parecían viajeros de géneros de punto de Tarrasa, y la «Vecchia zimarra», salida de un bazar barato de ropas hechas.

La temporada de opereta italiana resultaba, desde el punto de vista de la representación, bastante mejor, y las obras y las decoraciones puestas con más elegancia y cuidado. *Orfeo en los infiernos*, *La Mascota*, *Boccaccio*, *Doña Juanita*, *Mam'zelle Nitouche* y otras más modernas entonces, como *La Geisha*, *El bombero de servicio* o *Carnet du diable*, se cantaban con mucha gracia por las tiple y los caricatos italianos; aquéllas muy expresivas y éstos con caras agudas de polichinela.

En *La Mascota*, una tiple, la Caligaris, decía con gran picardía los cuplés del «bravo capitano» preso por los bandidos, y en *Carnet du diable* hacía reír al público el *commendatore* del Caimane Rosso.

Baroja traza en *Las noches del Buen Retiro* un interesante retrato sociológico, poblado de agudas observaciones y palpitante de vida.

Para mucha gente de la burguesía madrileña pobre, los Jardines del Buen Retiro ofrecían el atractivo de poder conocer allí a personas de la aristocracia a quienes en el invierno no podían ver ni tratar por su existencia más rumbosa.

Durante el verano se corrían las escalas de la sociedad, de la buena y de la mediana, y la burguesía grande y pequeña se acercaba a la aristocracia antigua y moderna, a la de los títulos pomposos y a la plutocrática, de valores más sustantivos.

Representantes de una y de otra fraternizaban en la pista de los jardines a los acordes de *La Gran Vía*, de *La verbena de la Paloma* o de la sinfonía de *Poeta y aldeano*.

Entonces la aristocracia se creía triunfante y se dejaba ver. La burguesía modesta y con algunas pretensiones, los empleados y los estudiantes conocían, por lo menos de vista, a las damas de la alta sociedad tanto como a las tiples, a los cómicos, a los toreros y a los políticos de fama.

Cuando las señoras volvían en su coche las tardes de otoño o de invierno por la Carrera de San Jerónimo, después del paseo



El Paseo de Coches, en el Parque del Retiro



La Carrera de San Jerónimo hace un siglo

por la Castellana o el Retiro, se decían los jóvenes unos a otros: «allá está la Fulana... por allí viene la Zutana...».

En los jardines del Buen Retiro, las ocasiones de ver a estas damas linajudas eran más frecuentes y las distancias se acortaban.

No era sólo la alta sociedad elegante la que se podía conocer en aquel jardín, sino también la de las cortesanas: la Blanca, la Puri, la Tropical, la Nadadora, mujer grande, rubia y pintada, y otras se codeaban con el público. Había también damas extravagantes que tenían cierta fama, de quienes se contaban cosas curiosas. Una de ellas era Lola *la Valquiria*, que se decía que se había desafiado con una rival en amores, a espada francesa, en la Casa de Campo, y había aparecido por la noche en un palco del Teatro Real con el brazo vendado. Otra era una mujer a la que llamaban *la Venus de la Necrópolis*, sea porque tuviera citas en los cementerios o porque se la considerase a ella como sepulcral.

Entre los hombres se distinguían muchos. De los más asiduos a los jardines eran: uno, al que decían *Radamés*, por su mirada viva y su expresión siniestra; otro, joven, de quien se aseguraba era la segunda belleza de Madrid; un pintor de palomas que llevaba melenas; un húsar muy cursi que, según se contaba, había hecho heroicidades en Melilla, y un aristócrata cuya mayor preocupación era ser la contrafigura del príncipe de Gales, que luego reinó con el nombre de Eduardo VII. Todavía había algún viejo currutaco a quien en su juventud



**La Carrera en la actualidad. En primer término
el Congreso de los Diputados**

habían llamado *el Pollo Real*, como a uno de los amantes de Isabel II, y un militar alto y de mucha prestancia, apodado *la Bestia Hermosa*.

Las tertulias de los jardines se hacían y se deshacían con facilidad. En unos días, en unas semanas o en unos meses se formaban, crecían, y al poco tiempo venía una desbandada general.

Algunas de aquellas tertulias gozaban de cierto renombre entre los abonados, porque en ellas se distinguía la dama de la aristocracia celebrada por sus joyas, por sus dichos mordaces o por sus aventuras, o algún político con fama de elocuente, de maquiavélico o de florentino.

Todavía se sentía entusiasmo por la conversación ingeniosa, y el lucirse haciendo una frase era un valor que se cotizaba. El tal entusiasmo ha ido desapare-



**Pío Baroja paseando por el Retiro, 1950
(fotografía, por Nicolás Muller)**

ciendo y extinguiéndose, como si todos tuviéramos el tiempo tasado y creyéramos, a estilo inglés, que éste es dinero.

Tertulias, personajes

La tertulia de don Paco Lecea, si no de las más celebradas, era conocida en los jardines. Tertulia de solterones, de hombres solos, tenía cierta fama de libre, de satírica y de maldiciente.

Don Paco Lecea, viejo golfo y cínico empleado cesante, ex gobernador de provincia, ostentaba entonces como solo título el de socio del principal casino de Madrid. Se decía que tenía anti-guos amores con una marquesa.

Don Paco era bajo, pesado, de cara pálida, lívido y triste; la barba negra, llena de mechones blancos; bolsas violáceas debajo de los ojos y aire de moro o de judío.



Baroja, de visita en la Cuesta de Moyano

Don Paco vestía a la moda atrasada. En todo le pasaba lo mismo. Entusiasta de escritores, de cómicos y de toreros de hacía cuarenta años, no podía comprender que si lo pasado para el viejo parece siempre mejor que lo presente, no es porque lo sea, sino por el espejismo de la vejez.

Don Paco era por entonces un tipo de casino, con cierto humorismo negativo y acre. Se manifestaba enemigo irreconciliable de la naturaleza, del sol, del campo y del mar. En serio o en broma, para él todo lo natural era malo y lo artificial, bueno. Un parque era mejor que un bosque, un estanque de un jardín mucho más agradable que el mar. Un paisaje bonito valía más verlo pintado por un buen pintor que en el natural. Don Paco había sido muy jugador y vivía de algún resto de su fortuna y del crédito. Tenía un cuarto alquilado en una casa de la calle del Clavel.

Don Paco, a veces, recurría para comer a alguna tabernucha de la calle de Jardines o de la Aduana. Si le veían por allí, inventaba una intriga de mujeres para explicar su presencia en la callejuela. En algunos teatros, como el Real, era, desde hacía mucho tiempo, de la claqué, de una claqué un tanto vergonzante; en otros le reservaban una butaca.

Si necesitaba dinero, pedía siempre a los amigos jugadores, y llevaba apuntadas con mucha escrupulosidad las cantidades que debía. «No todo el mundo puede tener deudas», decía en serio, creyendo, sin duda, que el tenerlas constituía una gran superioridad.

Don Paco sabía una porción de anécdotas de todos los teatros, y principalmente de los Jardines del Buen Retiro, desde la época de los bufos hasta la moderna, y recordaba los espectáculos dados allí por las distintas compañías.

Otras varias personas formaban parte de la tertulia. Uno de ellos era don Juan Guevara, médico, soltero, culto, de buena posición y de vida un tanto retirada. Guevara, hombre grave, serio, pesado, hablaba muy lentamente.

Había otro contertulio asiduo, un tal don Manuel, conocido por don Manuel el de Filipinas. Por esta época acudía también casi todas las noches a la reunión un periodista, Eduardo Montes Plaza, redactor de varios periódicos y director de *El Mundo*.

Si no todas las noches, aparecían con frecuencia en los jardines el marqués de Castelgiron, el conde de la Piedad, un señor García Flores y varios jóvenes periodistas llevados allí por Montes Plaza.



Estatua de Baroja, mirando a la Feria de libros de la Cuesta de Moyano, que él visitaba con frecuencia, cercana a su último domicilio, al Parque del Retiro y al Observatorio Astronómico, todos lugares barojianos por partida doble: biográficas y literarias

Cada uno tenía su especialidad y su carácter. Don Paco Lecea solía animar su tertulia contando historias de la gente antigua madrileña. Saludaba con gran ceremonia a las damas y hablaba luego mal de ellas.

«Ahí va la duquesa de Tal...», decía, y después, en un aparte, añadía: «Es un zorrón desorejado... Es algo parienta mía».

El mérito grande para él era el parentesco, más o menos lejano, con la duquesa; su calidad de desvergonzada o de virtuosa ya no le importaba.

Don Manuel, el de Filipinas, poseía una finca en la isla de Luzón, y en ella vivía hacía más de veinte años; pero pensaba dejarla y venderla. La larga estancia en un campo siempre verde le había dado gran entusiasmo por las ciudades, con sus calles y sus aceras de piedra.

«El verde de los árboles me da mucha tristeza», solía decir «esto estaría mejor sin árboles».

Don Manuel hablaba mucho de la sociedad secreta masónica de los filipinos: el Katipunán; contaba historias muy amenas, pero que no interesaban a nadie.

El madrileño de entonces era incapaz de ocuparse de cosas ajenas, aunque ocurriesen en dominios españoles. Madrid, las playas de moda, París y un poco Inglaterra, éste era su mundo; lo demás era una geografía inferior que no valía la pena de tomar en cuenta.

Don Juan Guevara

Don Juan Guevara se dedicaba pesadamente a la antropología pintoresca. Señalaba entre la multitud de los jardines el tipo simio, el negroide, el hombre de aire semítico, céltico o germánico. Descubría o creía descubrir al militar, y si éste aparecía con una mujer llena de diamantes suponía de dónde venía cargado de dinero, a qué regimiento de administración militar pertenecía y si estaba sumariado y obligado a pedir el retiro.

Para Guevara había tres clases de hombres: el *Homo sapiens*, raro; el *Homo demens*, corriente, y el *Homo domesticus* o *vulgaris*, frecuentísimo.

El doctor Guevara hablaba de escritores desconocidos para la mayoría, casi todos ingleses. Leía constantemente a Macaulay y a Spencer.



Carnaval de Madrid. Miércoles de ceniza, 1908 (aguafuerte, por Ricardo Baroja)

El doctor se mostraba enemigo acérrimo de la exageración y de la hipérbole. Su afán de exactitud y de claridad se tomaba casi siempre a chacota.

Una vez, y la cosa se repitió entre bromas, tuvo una larga discusión con un tal Aguilera, periodista y profesor de latín y de literatura en un colegio. Éste, al llegar a la tertulia, dijo:

—He tardado mucho porque se nos ha parado el tranvía. Había, ¡qué sé yo!, lo menos trescientos tranvías detenidos en la calle de Alcalá, entre la Puerta del Sol y la iglesia de San José.

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Trescientos tranvías! ¡Eso es imposible! —dijo el doctor.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser. ¿Cuántos metros supone usted que tendrá un tranvía de largo?

—No sé. Tendrá cuatro o cinco.

—Bien. Suponga usted que tenga cinco. Multiplique usted trescientos por cinco, son mil quinientos; ponga usted dos metros entre tranvía y tranvía para las mulas, tiene usted seiscientos; sume usted, mil quinientos y seiscientos, le dan dos mil cien metros, y entre la Puerta del Sol y San José no habrá seiscientos.

—Bueno. Pues suponga usted que he dicho que había treinta tranvías parados —replicó Aguilera, con cierta acritud.

—¡Hombre, no! ¿Cómo va usted a confundir treinta con trescientos? Para eso no tendría usted que tener ojos.

—Pero usted ha hecho el cálculo —maldijo don Manuel, el de Filipinas, maliciosamente—. Usted no ha tenido en cuenta que hay dos vías en la calle de Alcalá.



Tranvías por la calle de Alcalá

—Es cierto. Tiene usted razón; pero ni aun así puede haber trescientos tranvías en el espacio que dice Aguilera.

Con tal motivo, el doctor comenzó nuevos cálculos, aburridos y pesados, entre la indiferencia y la sorna de los demás.

El doctor Guevara se incomodaba a veces con las fantasías.

«Nada de divagaciones —decía don Juan— ni de teorías al aire. Hechos, y nada más que hechos. ¿Cree usted? ¿Qué es eso de que cree usted? ¿Qué vale eso? ¿Lo ha visto usted? ¿Lo ha comprobado usted? No me hable usted de lo que cree, porque eso para mí no vale nada».

Eduardo Montes Plaza, el periodista, era delgado, de bigote negro y frente pequeña. Don Juan Guevara no le miraba con simpatía.

«Es un hombre de poco fiar —aseguraba—, un perfecto canalla o, si se quiere, un canallita».

Nadie consideraba al periodista como tal. Se le tenía por hombre alegre, despreocupado y campechano.

Probablemente, el doctor Guevara estaba en lo cierto en su diagnóstico. Montes Plaza era hombre de enredos y de chanchullos, holgazán, con un egoísmo disimulado por cierta falsa alegría, capaz de engañar al amigo y al compañero.

Bajo su aire ficticio de bohemio despreocupado aparecía el individuo envidioso y ávido de fama. Montes Plaza se manifesta-

ba lleno de escepticismo por la época y por la política, aunque presumía ser un demócrata sincero.

Era difícil saber cómo aquel hombre se las manejaba para vivir y sostener a la familia. El sueldo, pequeño, del periódico, no le podía bastar para sus necesidades. Tenía, sin duda, raíces que llegaban hasta el presupuesto. Se le consideraba protector de los periodistas jóvenes, de los chicos de la prensa, pero no había tal, más bien los aprovechaba para sus fines políticos.

Montes Plaza aseguraba que su inclinación natural era la de ser gandul; ahora, según él, no había podido llegar a ser el gandul puro y perfecto, el vago arquetipo. Muchas veces sentía, según afirmaba, estúpidas veleidades de trabajar y de conseguir éxito, y hasta gloria, y esto le desacreditaba en el concepto de los demás.

«Si no hubiera hecho nunca nada –decía– tendría mayor respetabilidad»,

Pero el afán de hacer, el no contentarse con la noble calidad de holgazán y de vago, le desconceptuaba por completo.

Periodistas

No era esto cierto, sino más bien una finta para disimular su ambición oculta.

Montes Plaza llevó a la tertulia de don Paco a varios redactores de su periódico, a quienes llamaba sus tigrecitos, entre ellos a Emilio Aguilera, a Alejandro Dobón, a Carlos Hermida y a Jaime Thierry, joven

escritor recién llegado de Norteamérica, a quien en el mundo literario y periodístico se consideraba como un mozo de porvenir.

Estos jóvenes tenían pase para entrar en los jardines. Iban casi todos ellos allí con mucha frecuencia, aunque algunos



Las manos de Pío Baroja en la vejez



Tipos en un bar o cafetín (aguafuerte y aguatina, por Ricardo Baroja)

alternaban las funciones de ópera con los estrenos de zarzuela ligera de los teatros. Otros tenían que acudir a recoger noticias a los ministerios y a la central de Teléfonos.

Uno de los amigos de Montes Plaza, y que éste presentó en la tertulia, era Romero, Pepe Romero, el bolsista, hombre que presumía de práctico y que, como decía él, no pedía a las mujeres más que lo que podían dar. Romero vivía con una fulana cualquiera, y no le exigía, según afirmaba él, ni inteligencia, ni virtud, ni fidelidad. Esta actitud era para él uno de los caracteres de su sabiduría y claro juicio. A Romero, a quien todo el mundo llamaba Romerito, se le tenía por hombre servicial y amable.

Romerito era partidario de jugar a la baja. Creía que la Bolsa se regía únicamente por el acontecimiento y la noticia, y no comprendía las jugadas de los banqueros y de los técnicos, que ganaban casi siempre haciendo operaciones a la alza. En los muchos años que frecuentaba la Bolsa no había aprendido nada.

Guevara decía que Romerito, con aquellas ideas, no podía ser un buen bolsista.

Con Romero vino a la tertulia el comandante Lagunilla, hombre a quien se tenía por un militar valiente, terrible y sentimental. Lagunilla era robusto, moreno, fuerte; echaba discursos a sus soldados en el cuartel y los llamaba muchachos, hijos míos. Había estado en Cuba y en Filipinas, y no le había tocado jamás una bala. Sin saber por qué, se le hizo una fama de héroe y algunos le veían como un futuro dictador. El mejor día pensaban que Lagunilla iba a hacer algo sonado.

Diversiones populares

Asistimos a una nueva conversación entre Andrés Hurtado y Lulú, en *El árbol de la ciencia*, donde se pone de relieve el carácter instintivo, algo anarcoide y, en el fondo, muy barojiano del personaje sincero, espontáneo, desprejuiciado que es Lulú, cuyos orígenes humildes conviene subrayar; por eso el narrador la ve con simpatía; por eso, quizá también, será una criatura desdichada. El marco del encuentro es el Jardín Botánico, lugar preferido por las clases populares. Algún tiempo después, el ya matrimonio se divierte yendo al teatro, paseando o entrando en los cinematógrafos.

Algunos días de fiesta, por la tarde, Andrés acompañó a Lulú y a su madre a dar un paseo por el Retiro o por el Jardín Botánico. El Botánico le gustaba más a Lulú por ser más popular y estar cerca de su casa, y por aquel olor acre que daban los viejos mirtos de las avenidas.

—Porque es usted, le dejo que acompañe a Lulú —decía doña Leonarda con cierto retintín.

—Bueno, bueno, mamá —replicaba Lulú—. Todo eso está de más.

En el Botánico se sentaban en algún banco y charlaban. Lulú contaba su vida y sus impresiones, sobre todo de la niñez. Los recuerdos de la infancia estaban muy grabados en su imaginación.



El Jardín Botánico, hoy

—¡Me da una pena pensar en cuando era chica! —decía.

—¿Por qué? ¿Vivía usted bien? —le preguntaba Hurtado.

—No, no; pero me da mucha pena.

Contaba Lulú que de niña la pegaban para que no comiera el yeso de las paredes y los periódicos.

En aquella época había tenido jaquecas, ataques de nervios; pero ya hacía mucho tiempo que no padecía ningún trastorno. Eso sí, era un poco desigual; tan pronto se sentía capaz de estar derecha una barbaridad de tiempo, como se encontraba tan cansada, que el menor esfuerzo la rendía.

Esta desigualdad orgánica se reflejaba en su manera de ser espiritual y material. Lulú era muy arbitraria; ponía sus antipatías y sus simpatías sin razón alguna.

No le gustaba comer con orden, ni quería alimentos calientes; sólo le apetecían cosas frías, picantes, con vinagre, esca-beche, naranjas...

—¡Ah! Si yo fuera de su familia, eso no se lo consentiría a usted —le decía Andrés.

—¿No?

—No.

—Pues diga usted que es mi primo.

—Usted ríase —contestaba Andrés—, pero yo la metería en cintura.

—¡Ay, ay, ay, que me estoy mareando! —contestaba ella, cantando descaradamente.

Andrés Hurtado trataba a pocas mujeres; si hubiese conocido más y podido comparar, hubiera llegado a sentir estimación por Lulú.

En el fondo de su falta de ilusión y de moral, al menos de moral corriente, tenía esta muchacha una idea muy humana y muy noble de las cosas. A ella no le parecían mal el adulterio, ni los vicios, ni las mayores enormidades; lo que le molestaba era la doblez, la hipocresía, la mala fe. Sentía un gran deseo de lealtad.



Seto de mirtos



Paseo al crepúsculo

La libre Lulú

Decía que si un hombre la pretendía, y ella viera que la quería de verdad, se iría con él, fuera rico o pobre, soltero o casado.

Tal afirmación parecía una monstruosidad, una indecencia a Niní y a doña Leonarda. Lulú no aceptaba derechos ni prácticas sociales.

—Cada cual debe hacer lo que quiera —decía.

El desenfado inicial de su vida le daba un valor para opinar muy grande.

—¿De veras se iría usted con un hombre? —le preguntaba Andrés.

—Si me quería de verdad, ¡ya lo creo! Aunque me pegara después.

—¿Sin casarse?

—Sin casarme; ¿por qué no? Si vivía dos o tres años con ilusión y con entusiasmo, pues eso no me lo quitaba nadie.

—¿Y luego?...

—Luego seguiría trabajando como ahora, o me envenenaría.

Esta tendencia al final trágico era muy frecuente en Lulú; sin duda le atraía la idea de acabar, y de acabar de una manera melodramática. Decía que no le gustaría llegar a vieja.

En su franqueza extraordinaria, hablaba con cinismo. Un día le dijo a Andrés:

—Ya ve usted: hace unos años estuve a punto de perder la honra, como decimos las mujeres.

—¿Por qué? —preguntó Andrés, asombrado, al oír esta revelación.

—Porque un bestia de la vecindad quiso forzarme. Yo tenía doce años. Y gracias que llevaba pantalones y empecé a chillar; si no... estaría deshonrada —añadió con voz campanuda.

–Parece que la idea no le espanta a usted mucho.

–Para una mujer que no es guapa, como yo, y que tiene que estar siempre trabajando, como yo, la cosa no tiene gran importancia.

¿Qué había de verdad en esta manía de sinceridad y de análisis de Lulú? –se preguntaba Andrés–. ¿Era espontánea, era sentida, o había algo de ostentación para parecer original? Difícil era averiguarlo.

Algunos sábados por la noche, Julio y Andrés convidaban a Lulú, a Niní y a su madre a ir a algún teatro, y después entraban en un café.



El cine Doré, actualmente sede de la Filmoteca Nacional, es el cinematógrafo más antiguo (1929) en activo

[...]

Muchas veces se le figuraba que en su vida había una ventana abierta a un abismo.

Asomándose a ella el vértigo y el horror se apoderaban de su alma.

Por cualquier cosa, con cualquier motivo, temía que este abismo se abriera de nuevo a sus pies.

Para Andrés todos los allegados eran enemigos; realmente la suegra, Niní, su marido, los vecinos, la portera, miraban el estado feliz del matrimonio como algo ofensivo para ellos.

–No hagas caso de lo que te digan –recomendaba Andrés a su mujer–. Un estado de tranquilidad como el nuestro es una injuria para toda esa gente que vive en una perpetua tragedia de celos, de envidias, de tonterías. Ten en cuenta que han de querer envenenarnos.

–Lo tendré en cuenta –replicaba Lulú, que se burlaba de la grave recomendación de su marido.



Mañana de invierno, 1929 (óleo sobre tabla, por Ricardo Baroja)

Niní algunos domingos, por la tarde, invitaba a su hermana a ir al teatro.

–¿Andrés no quiere venir? –preguntaba Niní.

–No. Está trabajando.

–Tu marido es un erizo.

–Bueno; dejadle.

Experiencias comunes

Al volver Lulú por la noche contaba a su marido lo que había visto. Andrés hacía alguna reflexión filosófica que a Lulú le parecía muy cómica, cenaban y después de cenar paseaban los dos un momento.

En verano, salían casi todos los días al anochecer. Al concluir su trabajo, Andrés iba a buscar a Lulú a la tienda, dejaban en el mostrador a la muchacha y se marchaban a corretear por el Canalillo o la Dehesa de Amanuel.

Otras noches entraban en los cinematógrafos de Chamberí, y Andrés oía entretenido los comentarios de Lulú, que tenían esa gracia madrileña ingenua y despierta que no se parece en nada a las groserías estúpidas y amaneradas de los especialistas en madrileñismo.

Lulú le producía a Andrés grandes sorpresas; jamás hubiera supuesto que aquella muchacha, tan atrevida al parecer, fuera íntimamente de una timidez tan completa.

Lulú tenía una idea absurda de su marido, lo consideraba como un portento.

Una noche que se les hizo tarde, al volver del Canalillo, se encontraron en un callejón sombrío, que hay cerca del abandonado cementerio de la Patriarcal, con dos hombres de mal aspecto. Estaba ya oscuro; un farol medio caído, sujeto en la tapia del camposanto, iluminaba el camino, negro por el polvo del carbón y abierto entre dos tapias. Uno de los hombres se les acercó a pedirles limosna de una manera un tanto sospechosa.

Andrés contestó que no tenía un cuarto y sacó la llave de casa del bolsillo, que brilló como si fuera el cañón de un revólver.

Los dos hombres no se atrevieron a atacarles, y Lulú y Andrés pudieron llegar a la calle de San Bernardo sin el menor tropiezo.

—¿Has tenido miedo, Lulú? —le preguntó Andrés.

—Sí; pero no mucho. Como iba contigo...

—Qué espejismo —pensó él—, mi mujer cree que soy un Hércules.

Todos los conocidos de Lulú y de Andrés se maravillaban de la armonía del matrimonio.

—Hemos llegado a querernos de verdad —decía Andrés—, porque no teníamos interés en mentir.

Los personajes de Baroja, aun los muy madrileños, como Fernando Ossorio (*Camino de perfección*), salen también de la capital y se asoman a la provincia. Lo más notable de estas caminatas son los paisajes que Baroja logra perfilar. Son páginas de una calidad extrema, que certifican que nos encontramos ante uno de los grandes paisajistas contemporáneos, cuya única posible equivalencia la ofrece en castellano la obra del alicantino Gabriel Miró (1880-1930). El grupo del 98 nos enseñó el paisaje de España; Baroja lo convirtió en gran poesía. En Castilla el paisaje es el cielo, se ha escrito; Baroja, podemos decir, nos transporta a ese cielo. En estas páginas excepcionales conjuga el escritor la retina del pintor (no por azar cita a Patinir, el fundador del paisaje en la pintura europea) y la pluma del poeta hasta conseguir imágenes que transfiguran la realidad y nos la muestran en una suerte de revelación, de epifanía.

—¿Conque sube usted a ese monte o no? —le dijo el alemán—. Creo que le conviene a usted castigar el cuerpo para que las malas ideas se vayan.

—Pero ¿piensa usted pasar la noche allá arriba?

—Sí; ¿por qué no?

—Hará frío.

—Eso no importa. Encenderemos fuego, y llevaremos mantas.

—Bien. Pero yo le advierto a usted que cuando me canse me tiro al suelo y no sigo.

—Es natural. Yo haré lo mismo. Conque vamos a comer, y en seguida, ¡arriba!

Comieron, prepararon algunas viandas para el día siguiente, y cada uno con su manta al hombro y la escopeta terciada se encaminaron hacia un pinar de la falda de Peñalara.

El alemán se sentía movedizo y jovial; había hecho, indudablemente, provisión de energía mientras pasaba los días tendido en el suelo.

Al llegar al pinar, la cuesta se hizo tan pendiente, que se resbalaban los pies. Fernando tenía que pararse a cada momento, fatigado; Schultze le animaba gesticulando, gritando, cantando a voz en grito, con entusiasmo irónico, una canción patriótica que tenía por estribillo: «Deutschland, Deutschland über alies».

Fernando sentía una debilidad como no la había sentido nunca, y tuvo que hacer largas paradas. Schultze se detenía junto a él en pie, y charlaban un rato.

De pronto oyeron un ladrido lejano, más agudo que el de un perro.

—¿Será algún lobo? —preguntó Ossorio.

—¡Ca! Es un zorro.

El gañido del animal se oía cerca, o lejos.

—Voy a ver si lo encuentro; esté usted preparado por si acaso viene por aquí —dijo Schultze, y cargó la escopeta con grandes postas, y desapareció por entre la maleza. Poco después se oyeron dos tiros.

Fernando se sentó en el tronco de un árbol.

Al poco rato oyó ruido por entre los árboles. Preparó la escopeta, y, al terminar de hacer esto, vio a diez o doce pasos el zorro, alto, amarillo, con su hermosa cola como un plumero. Sin saber por qué, no se determinó a disparar, y el zorro huyó corriendo, y se perdió en la espesura.

Al llegar Schultze, le dijo que había visto al zorro.

—¿Por qué no ha disparado usted?

—Me ha parecido la distancia larga, y creí que no le daría.

—Sin embargo, se dispara. Dice Turgueniev que hay tres clases de cazadores: unos, que ven la pieza, disparan en seguida, antes de tiempo, y no le dan; otros, apuntan, piensan qué



Ascenso al circo de Peñalara, camino de la Laguna grande

momento será el mejor, disparan, y tampoco le dan, y, por último, hay los que tiran a tiempo. Usted es de la segunda clase de cazadores, y yo, de la primera.

Nubes

Charlando, iban subiendo el monte, se internaban por entre selvas de carrascas espesas con claros en medio. A veces cruzaban por bosques, entre grandes árboles secos, caídos, de color blanco, cuyas retorcidas ramas parecían brazos de un atormentado o tentáculos de un pulpo. Comenzaba a caer la tarde. Rendidos, se tendieron en el suelo. A su lado corría un torrente, saltando, cayendo desde grandes alturas como cinta de plata; pasaban nubes blancas por el cielo, y se agrupaban formando montes coronados de nieve y de púrpura; a lo lejos, nubes grises e inmóviles parecían islas perdidas en el mar del espacio con sus playas desiertas. Los montes que enfrente cerraban el valle tenían un color violáceo con manchas verdes de las praderas; por encima de ellos brotaban nubes con encendidos núcleos fundidos por el sol al rojo blanco. De las laderas subían hacia las cumbres, trepando, escalando los riscos, jirones de espesa niebla que cambiaban de forma, y, al encontrar una oquedad, hacían allí su nido y se amontonaban unos sobre otros.



Laguna de Peñalara

—A mí, esos montes —murmuró Ossorio— no me dan idea de que sean verdad; me parece que están pintados, que eso es una decoración de teatro.[...]

—Para mí, esos montes —dijo Schultze— son Dios.

Comenzó a anochecer.

—¿Qué hacemos? ¿Subimos más? ¿Vamos a ver si encontramos esa laguna?

—Vamos.

Anochecido, llegaron a la laguna, y anduvieron reconociendo los alrededores por todas partes a ver si encontraban alguna cueva o socavón donde meterse. Era aquello un verdadero páramo, lleno de piedras, desabrigado; el viento, muy frío, azotaba allí con violencia. Como no encontraron ni un agujero, se cobijaron en la oquedad que formaban dos peñas, y Fernando trató de cerrar una de las aberturas amontonando pedruscos, lo que no pudo conseguir.

—Yo voy por leña —dijo Schultze—. Sin fuego, aquí nos vamos a helar.

Se marchó el alemán, y Ossorio quedó allí envuelto en la manta, contemplando el paisaje a la vaga luz de las estrellas. Era un paisaje extraño, un paisaje cósmico, algo como un lugar de planeta inhabitado, de la Tierra en las edades geológicas del ichiosauros y plesiosauros. En la superficie de la laguna, larga y estrecha, no se movía ni una onda; en su seno, oscuro, insondable, brillaban dormidas miles de estrellas. La orilla, quebrada e irregular, no tenía a sus lados ni arbustos ni matas; estaba desnuda.

En la cima de un monte lejano se columbraba la luz de la hoguera de algunos pastores.

Hasta que llegó Schultze, Fernando tuvo tiempo de desesperarse.

Tardó más de media hora, y vino con su manta llena de ramas sujetas en la cabeza.

Llegó sudando.

—Hay que andar mucho para encontrar algo combustible —dijo Schultze—. Hemos subido demasiado. A esta altura no hay más que piedras.

Tiró la manta, en donde traía ramas verdes de espino, de retama y de endrino. El encenderla costó un trabajo ímprobo: ardían y se volvían a apagar al momento.



Torrente en Peñalara

Cuando, después de muchos ensayos, pudo hacerse una mediana hoguera, ya no quedaban más ramas que quemar, y, a medida que avanzaba la noche, hacía más frío; el cielo estaba lechoso, cuajado de estrellas. Fernando se sentía aterido, pero dulcemente, sin molestia.

—Vamos a traer más leña —dijo Schultze.

—¿Para qué? —murmuró vagamente Fernando—. Yo estoy muy bien.

Schultze vio que Ossorio estaba tiritando y que tenía las manos heladas.

—¡Vamos! ¡A levantarse! —gritó, agarrándole del brazo.

Ossorio hizo un esfuerzo y se levantó. Inmediatamente empezó a temblar.

—Tome usted mi manta —dijo el alemán—, y ahora, andando, a buscar leña.

Fueron los dos hasta una media hora de camino; echaron las mantas en el suelo y las fueron cargando de ramas, que cortaban por allí cerca. Después, con la carga en las espaldas, volvieron hacia el sitio de donde habían salido.

Sobre el rescoldo de la apagada hoguera pudieron encender otra fácilmente.

Ya, como había combustible en gran cantidad, a cada paso echaban al fuego más ramaje, que crepitaba al ser devorado por las llamas. Cuando aún creían que era medianoche, comenzaron a correr nubes plomizas por el cielo. Se destacaron sobre el horizonte las cimas de algunas montañas; las nubes oscuras se aclararon; más lejos fueron apareciendo otras nubes estratificadas, azules, como largos peces; se dibujaron de repente las siluetas de los riscos cercanos.

A lo lejos, el paisaje parecía llano, y que terminaba en una sucesión de colinas.

El humo espeso y negro de la hoguera iba rasando la tierra y subía después en el aire por la pared pedregosa del monte.

De pronto apareció sobre las largas nubes azules una estría roja, el horizonte se iluminó con resplandores de fuego, y por encima de las lejanas montañas el disco del sol miró a la tierra y la cubrió con la gloria y la magnificencia de los rayos de su inyectada pupila. Los montes tomaron colores: el sol brilló en la superficie terca y sin ondas de la laguna.

—El buen papá de arriba es un gran escenógrafo —murmuró Schultze—. ¿Verdad?

—¡Oh! Ahora no siento haber venido —respondió Ossorio.

Después de admirar el espectáculo de la aurora, se decidieron los dos a subir a la cumbre del monte.

Fernando se detuvo en el camino, al pie de uno de los picachos.

Desde allá se veían los bosques de El Espinar, La Granja, que parecía un cuartel, y más lejos Segovia, en una inmensa llanura amarilla, a trechos manchada por los pinares. No se advertía ningún otro pueblo en la llanura extensísima.

Por la mañana, Schultze y Fernando se internaron en lo más áspero de la sierra, sin dirección fija; durmieron y almorzaron en la cabaña de un cabrero, el cual les indicó como pueblo más cercano el de Cercedilla; y al divisar los tejados rojos de éste, como no tenían ganas de llegar pronto, tendieron en el suelo en una pradera que en el claro de un pinar se hallaba.

Hacía allí un calor terrible; la tarde estaba pesada, de viento sur.

Con los ojos entornados por la reverberación de las nubes blancas, veían el suelo lleno de hierba, salpicado de margaritas blancas y amarillas, de peonías de malsano aspecto y tulipanes de purpúrea corola.

Una ingente montaña, cubierta en su falda de retamares y jarales florecidos, se levantaba frente a ellos; brotaba sola, separada de otras muchas, desde el fondo de una cóncava hon-



Hace cien años, los institucionalistas Giner, Altamira y Cossío ascienden por el antiguo camino de Cercedilla al Ventorrillo, con el majestuoso fondo de Siete Picos

donada, y al subir y ascender enhiesta, las plantas iban esca-
seando en su superficie, y terminaba en su parte alta aquella
mole de granito como muralla lisa o peñón tajado y desnudo,
coronado en la cumbre por multitud de riscos de afiladas aris-
tas, de pedruscos rotos y de agujas delgadas como chapiteles
de una catedral.

En lo hondo del valle, al pie de la montaña, veíanse por
todas partes piedras esparcidas y rotas, como si hubieran sido
rajadas a martillazos; los titanes, constructores de aquel pare-
dón ciclópeo, habían dejado abandonados en la tierra los blo-
ques que no les sirvieron.

Sólo algunos pinos escalaban, bordeando torrenteras y
barrancos, la cima de la montaña.

Por encima de ella, nubes algodonosas, de una blancura
deslumbrante, pasaban con rapidez.

A Fernando le recordaba aquel paisaje algunos de los
sugestivos e irreales paisajes de Patinir.

Dando la espalda a la montaña se veía una llanura azulada,
y la carretera, cruzándola en zigzag, serpenteando después
entre oscuros cerros hasta perderse en la cima de un collado.

La parte cercana de la llanura estaba en sombra; una nube
plomiza le impedía reflejar el sol; la parte lejana, iluminada per-
fectamente, se alejaba hasta confundirse con la sierra de
Gredos, faja oscura de montañas, oculta a trozos por nubecillas
grises y rojizas.



Cercedilla, en la falda de Siete Picos, en la actualidad

Aquella tierra lejana e inundada de sol daba la sensación de un mar espeso y turbio; y un mar también, pero mar azul y transparente, parecía el cielo, y sus blancas nubes eran blancas espumas agitadas en inquieto ir y venir: tan pronto escuadrón salvaje, como manadas de tritones melencólicos y rampantes.

Con los cambios de luz, el paisaje se transformaba. Algunos montes parecían cortados en dos; rojos en las alturas, negros en las faldas, confundiendo su color en el color negruzco del suelo. A veces, al pasar los rayos por una nube plomiza, corría una pincelada de oro por la parte en sombra de la llanura y del bosque, y bañaba con luz anaranjada las copas redondas de los pinos. Otras veces, en medio del tupido follaje, se filtraba un rayo de sol, taladrándolo todo a su paso, coloreando las hojas en su camino, arrancándoles reflejos de cobre y de oro.

Fue anocheciendo. Se levantó un vientecillo suave que pasaba por la piel como una caricia. Los cantuesos perfumaron el aire tibio de un aroma dulce, campesino. Pieron los pájaros, chirriaron los grillos, rumor confuso de esquilas resonó a lo lejos. Era una sinfonía voluptuosa de colores, de olores y de sonidos.

Brillaban a intervalos los pedruscos de la alta muralla, enrojecidos de pronto por los postreros resplandores del sol, como si ardieran por un fuego interior; a intervalos también, al nublarse, aquellas rocas erguidas, de formas extrañas, parecían gigantescos centinelas mudos o monstruosos pajarracos de la noche preparados para levantar el vuelo.

De pronto, por encima de un picacho, comenzaron a aparecer nubes de un color ceniciento y rojizo que incendiaron el cielo y lo anegaron en un mar de sangre. Sobre aquellos rojos siniestros se contorneaban los montes ceñudos, impenetrables.

Era la visión algo de sueño, algo apocalíptico; todo se enrojecía como por el resplandor de una luz infernal; las piedras, las matas de enebro y de jabino, las hojas verdes de los majuelos, las blancas flores de jara y las amarillas de la retama, todo se enrojecía con un fulgor malsano. Se experimentaba horror, recogimiento, como si en aquel instante fuera a cumplirse la profecía tétrica de algún agorero del milenario.

Graznó una corneja; la locomotora de un tren cruzó a lo lejos con estertor fatigoso. Llegaban ráfagas de niebla por entre las quebraduras de los montes; poco después empezó a llover.

En *Las veladas del chalet gris*, novela del último periodo de Baroja, dos personajes conversan sobre la evolución de la vida en las ciudades y en la ciudad de Madrid. Ha pasado la segunda guerra mundial y el fin de siglo adquiere perfiles fabulosos, fruto de la nostalgia.

Decía don Javier:

—Para llevar la vida de las gentes del tiempo de Luis Catorce y Luis Quince falta fortuna. Se necesita mucho dinero y muchas horas de holganza para que un aristócrata o un hombre de negocios pueda dedicar la tarde y la noche a hablar y a galan-tear a las damas. Todo eso no existe más que en la imaginación de los escritores. Quedan fórmulas, pero no hay realidad.



Retrato de Baroja (por Eduardo Vicente)

—¿Cómo se reúnen veinte o treinta desocupados, ingeniosos, y otras tantas señoras elegantes y finas?

—Hoy es imposible. La vida es difícil —aseguró Eduardo.

—En París y en Londres hubo salones célebres donde se lucían un escritor, un político o un pintor —indicó su tío—, pero todo eso ha pasado. La vida es cara y todo lleva un ritmo rápido.

—¿Y era más pomposo el Madrid de hace cuarenta años que el de ahora? —preguntó Eduardo a su tío Javier.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Yo creo que lo era, sencillamente, por la idea que tenía la gente de sí misma. Una función del Teatro Real, un estreno en el Español o en la Comedia o en Apolo, el paseo de coches del Retiro, tenían prestigio.

—¿Y ahora tú crees que esas cosas no lo tienen?

—Naturalmente que no lo tienen. ¿Qué aire va a tener el estreno de una película? Ninguno. ¿Una sala a oscuras y una gente a quien no se ve? Nada.

—¿Y ese carácter crees tú que era exclusivo de Madrid?

—No; todas las ciudades del mundo, en ese aspecto, en grande o en pequeño, se han venido abajo, han perdido su prestigio. Pon tú el joven que venía a Madrid con algún dinero y algunas ilusiones hace sesenta años. La ciudad le daba una impresión de misterio y de complicación. Las noches del Teatro Real, los estrenos del Español y la Comedia, las funciones del género chico, el Paseo de Coches del Retiro, las reuniones en casa de la señora Tal..., todo le daba un aire de ciudad misteriosa y complicada; hoy no le da aire nada. Entre Madrid y la capital de provincia no hay diferencia, y entre París y Burdeos o Lyon, tampoco. Es igual, el cinematógrafo es el mismo, la película es norteamericana; el cómico, internacional.

—¿Y tú crees que todo lo demás es por el estilo?

—Idéntico. El prestigio de la gran ciudad se va a venir abajo. La gente se irá a vivir al campo, y desde su casa, en un tren rápido o en un aeroplano, irá a la ciudad a ver películas.

—Poco dará eso de sí para la literatura.

—Nada, absolutamente nada. Ya se está viendo. Toda la literatura viene de la oscuridad, de la media tinta. Si fuera posible reunir los personajes de Balzac o de Dickens y lan-



Baroja en el Rastro

zar sobre ellos una luz clara de arco voltaico, material y espiritual al mismo tiempo, se acabarían en seguida. Los autores les pudieron dar la prestancia que tienen porque contaban con la semioscuridad de la época; hoy, con todo su talento, no lo podrían hacer.

Yo no he leído nada psicológico que me parezca que valga la pena. Por ahora, creo que todas son palabras. Lo que han escrito Spencer, Taine y Bourget, da una impresión de mediocridad completa.

Yo creo que la cuestión principal en una materia así será demostrar que no se pueden fundamentar las ideas de abajo arriba. Ir subiendo de la psicología del animal a la del hombre.

Finales de Juan Alcázar y de Pío Baroja

Baroja escogió para su propio entierro el mismo destino, una tumba en el cementerio civil de Madrid, donde se enterraban los no católicos, que había descrito más de cincuenta años antes para el personaje conmovedor del predicador anarquista Juan Alcázar, hermano de Manuel, el protagonista de la trilogía de *La lucha por la vida*. Se celebró su entierro el 31 de octubre de 1956 en un Madrid muy distinto, y, sin embargo, en ciertos aspectos, muy parecido al de princi-



En este plano de principios del siglo pasado todavía pueden verse las siluetas de los viejos cementerios del norte, ya clausurados, junto a los que vivió Baroja de pequeño, y donde situará la casita en que convivían Manuel con la Fea y la Salvadora, en la calle Magallanes

pios de siglo. El cortejo recorre un largo camino hacia el este y hasta las afueras, en la carretera de Vicálvaro, donde se situaba el cementerio; a un lado de la vía se entraba al civil, al otro se encontraba el católico de la Almudena, originalmente llamado del Este.

Enredado en este sueño le despertó la Salvadora.

—Está la policía —le dijo.

Efectivamente, a la puerta había un hombre bajito, de barba, elegante, acompañado de otros dos.

—¿Qué quiere usted? —le dijo Manuel.

—Tengo entendido que hay una reunión de anarquistas aquí y vengo a hacer un registro.

—¿Trae usted auto del juez?

—Sí, señor. Traigo también orden de prender a Juan Alcázar.

—¡A mi hermano! Ha muerto.

—Está bien; pasemos.

Entraron los tres policías en el comedor sin quitarse el sombrero. Al ver la gente allí reunida, uno de ellos preguntó:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Estamos velando a nuestro compañero —contestó el Libertario—. ¿Es que está prohibido?

El principal de los polizontes, sin contestar, se acercó al cadáver y lo contempló un instante.

—¿Cuándo lo van a enterrar? —preguntó a Manuel.

—Mañana a la tarde.

—Es usted su hermano, ¿verdad?

—Sí.

—A usted le conviene que no haya atropellos, ni escándalos, ni ninguna manifestación en el entierro.

—Está bien.

—Nosotros haremos lo que nos parezca —dijo el Libertario.

—Tenga usted cuidado de no ir a la cárcel.

—Eso lo veremos —y el Libertario metió la mano en el pantalón y agarró su revólver.

—Bueno —dijo el polizonte, dirigiéndose a Manuel—; usted es hombre de buen sentido y atenderá mis indicaciones.

—Sí, señor.

—¡Buenas noches! —saludaron los policías.

—¡Buenas noches! —contestaron los anarquistas.

—Cochina *rasa* —gruñó Prats—. Este maldito pueblo había que quemarlo.



Aguafuerte de Ricardo Baroja titulado *Camino del Este. Camino del Cementerio*, hacia 1904

Todos hablaron en el mismo sentido. Odio eterno, eterna execración contra la sociedad.

Por la mañana algunos se fueron al trabajo, y quedaron Prats, el Libertario y Manuel. Estaban hablando cuando se presentó en el cuarto la Filipina.

La Salvadora la dejó pasar. Había estado en el hospital, enferma. Se le notaba la enorme palidez en los labios y en los ojos. Le habían operado a la pobre y olía de un modo insoportable a yodoformo. Entró, tocó la cara del cadáver con las manos y empezó a llorar. Manuel la contempló con melancolía. Aquella tristeza de animal en los ojos, el cuerpo débil, las entrañas quemadas por el cirujano...

—¡Maldita vida! —murmuró—. Había que reducirlo todo a cenizas.

Salió la Filipina y a la media hora volvió con lirios blancos y rojos, y los echó en el suelo delante de la caja.

A las dos era el entierro, y para antes de esta hora había ya un grupo grande en la calle de Magallanes. Al dar las dos, Perico Rebolledo, Prats, el Libertario y el Bolo sacaron la caja en hombros y la bajaron hasta el portal. Un amigo de Prats echó una bandera roja encima del ataúd y se pusieron todos en marcha. Cruzaron por entre callejuelas hasta salir al paseo del Cisne. Iban allá a dejar la caja en el coche, cuando cuatro mujeres, a quienes Manuel no conocía, les sustituyeron, y

siguió el cortejo. Las cuatro, con el mantón terciado, braceaban garbosamente. En la Castellana la gente se paraba a mirarles. En el barrio de Salamanca pusieron la caja en el coche y siguió todo el cortejo a pie. Al pasar de las Ventas, en el camino del Este, por detrás de cada loma, salía una pareja de municipales, y cerca del cementerio había un piquete de guardias a caballo.

Adiós al anarquista

Entraron los obreros en el cementerio civil, colocaron la caja al borde de la fosa y la rodearon los acompañantes.

Estaba anocheciendo; un rayo de sol se posó un instante sobre la lápida de un mausoleo. Se bajó con cuerdas la caja. El Libertario se acercó, cogió un puñado de tierra y lo echó a la hoya; los demás hicieron lo mismo.

—Habla —le dijo Prats al Libertario.

El Libertario se recogió en sí mismo pensativo. Luego, despacio, con voz apagada y temblorosa, dijo:

—Compañeros: Guardemos en nuestros corazones la memoria del amigo que acabamos de enterrar. Era un hombre, un hombre fuerte con un alma de niño... Pudo alcanzar la gloria de un artista, de un gran artista, y prefirió la gloria de ser humano. Pudo asombrar a los demás, y prefirió ayudarlos... Entre nosotros, llenos de odios, él sólo tuvo cariños; entre nosotros desalentados, él sólo tuvo esperanzas. Tenía la serenidad de los que han nacido para afrontar las grandes tempestades. Fue un



Cortejo fúnebre del entierro de Baroja, en 1956

gran corazón, noble y leal...; fue un rebelde, porque quiso ser un justo. Conservemos todos en la memoria el recuerdo del amigo que acabamos de enterrar..., y nada más. Ahora, compañeros, volvamos a nuestras casas a seguir trabajando.

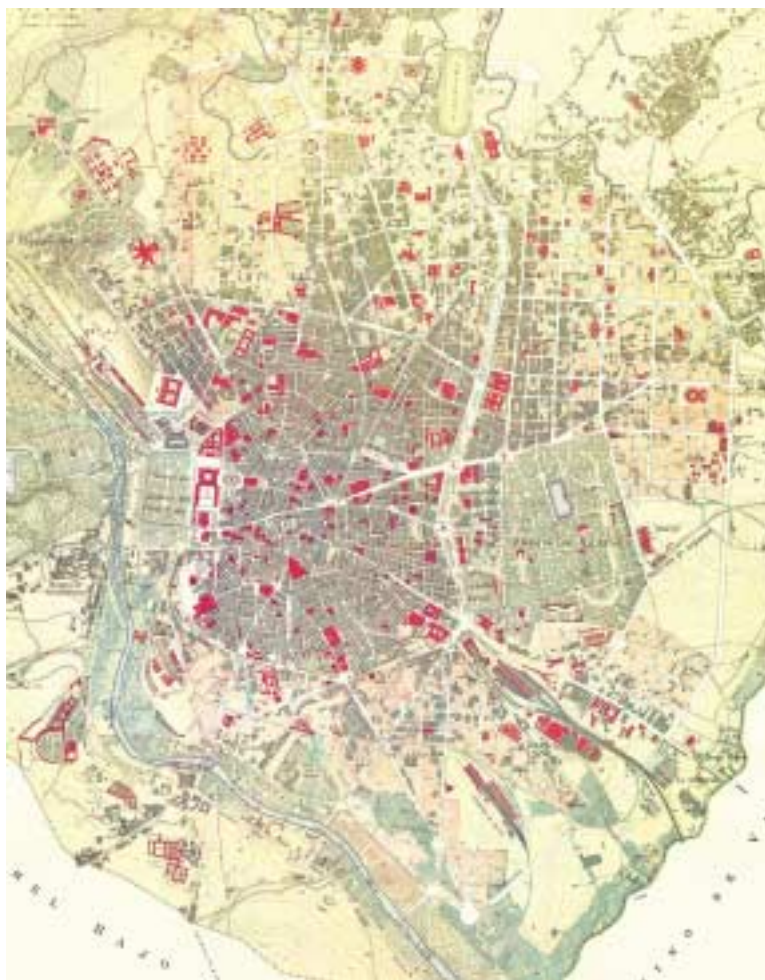
Los sepultureros comenzaron a echar con presteza paletadas de tierra, que sonaron lúgubrementemente. Los obreros se cubrieron y, en silencio, fueron saliendo del camposanto. Luego, por grupos, volvieron por la carretera hacia Madrid. Había oscurecido.



Entorno de la tumba de Baroja, en la actualidad

APÉNDICES

UNA TOPOGRAFÍA DEL MADRID BAROJIANO



Plano de Madrid de P. Núñez Granes de 1910. En rojo, los edificios más importantes
Escala 1:15.000



- Topografía del Madrid barojiano con referencias a los capítulos de esta guía
- Domicilios de Pío Baroja



Mapa de la Comunidad de Madrid en la actualidad, escala 1:500.000, con referencias a los capítulos de esta Guía.

I. CUESTIONES DIDÁCTICAS

1. Se ha llamado a Baroja “un sentimental sin amor”; adúzcase algún texto de los seleccionados que justifiquen esta afirmación.

2. ¿Las imágenes de la Revolución del 54 son las adecuadas? Justifíquese por qué.

3. ¿Con quiénes está Baroja ideológicamente? ¿Con los marginados o con los que quieren forjarse un destino limpio?

4. El estilo de Baroja es:

espontáneo ☐, directo ☐, sencillo ☐, preciso ☐, limpio ☐, malo ☐

Elijase el/los adjetivo/s más conveniente/s.

5. La visión de Madrid que proporciona Baroja es:

realista ☐, exagerada ☐, pesimista ☐, optimista ☐, falsa ☐

Elijase el/los adjetivos/s más conveniente/s.

II. RUTAS BAROJIANAS DE MADRID

1. Visitar el Retiro: monumento a Cuba.
2. En la Cuesta de Moyano junto al Parque del Retiro: estatua de Pío Baroja y Observatorio Astronómico.
3. En el Retiro: reconstruir los espacios finiseculares de los conciertos y cotejarlos con los de hoy.
4. Los paisajes barojianos: el Campo del Moro; semejanzas y diferencias.
5. El Madrid barojiano de la miseria ha desaparecido; anótense los posibles lugares residuales.
6. La Puerta del Sol. Con los grabados de Ricardo Baroja, "revisitarla" y confrontar la de hoy con la de ayer. Anótense, con todo, los lugares residuales de la ciudad desaparecida.
7. El Rastro de hoy, ¿puede considerarse barojiano?

III. BIBLIOGRAFÍA

- Alarcos Llorach, Emilio, *Anatomía de "La lucha por la vida"*, Oviedo, 1973.
- Caro Baroja, Pío, *Guía de Pío Baroja. El mundo barojiano*, Madrid, 1987.
- Nora, Eugenio de, *La novela española contemporánea*, I, Madrid, 1973.
- Ortega y Gasset, José, *Ideas sobre Pío Baroja* (en *Obras completas*, II), Madrid, 2004.
- Puértolas, Soledad, *El Madrid de "La lucha por la vida"*, Madrid, 1978.
- VV.AA. (ed. de Javier Martínez Palacios), *Pío Baroja*, Madrid, 1979.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Acacias, paseo de las, 38
Africana, la, 142
Aida, 142
 Alcalá, calle de, 51, 69, 110, 124, 130, 151, 152
 Alcolea, 83, 85
 Alcorcón, 62
 Alfonso XIII, 132
 Almudena, la, 173
Alzado del suelo, 13
 Ambigü, 67
 Amor, 12, 80, 83, 85, 87, 89, 90, 92,
 Anarquismo, 71, 78
 Andrea, 83
 Andrés Hurtado, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 55, 56, 57, 58, 71, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 131, 132, 133, 134, 155, 157, 158, 159, 160
 Angeles, cerrillo de los, 49
Árbol de la ciencia, El, 17, 22, 55, 83, 131, 155
 Arenal, calle del, 113, 120
 Arganzuela, 51, 54
 Aristocracia, 139, 145, 147
 Arteta, Aurelio, 65, 114
 Aspiroz, 110, 113
 Atocha, calle, 18, 22, 26, 46, 47, 48, 97, 129
Aurora roja, 43, 71
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox, 12
 Aviraneta, Eugenio de, 14, 95, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 108, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 125, 127
 Azorín, 11, 15
Ballo in maschera, 142
 Baroja, Pío, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 20, 21, 24, 25, 27, 31, 32, 35, 37, 40, 45, 55, 59, 61, 70, 71, 73, 78, 83, 91, 95, 96, 106, 109, 131, 137, 138, 145, 147, 148, 149, 153, 161, 169, 171, 172, 175, 176, 180
 Baroja, Ricardo, 35, 36, 37, 41, 46, 55, 57, 64, 66, 67, 68, 70, 71, 83, 140, 144, 151, 154, 159, 174
 Barquillo, calle de, 51
 Barrios bajos, 43, 109, 110, 128, 140
 Bilbao, glorieta de, 14
 Biología, 22
 Boccacio, 144
 Bohemio, 152
 Borrow, George, 96
 Burgesía, 134, 137, 138, 145
Busca, la, 25, 35, 40, 41, 44, 45, 50, 59
 Café, 14, 22, 24, 27, 43, 67, 68, 69, 83, 84, 85, 91, 97, 98, 99, 100, 102, 103, 107, 110, 111, 118, 119, 120, 130, 133, 138, 158
 Calvo de Rozas, 98, 104, 114, 115, 118, 119
 Calvo Mateo, 114
 Cambronerías, barrio de, 42
 Cambronero, 114, 115, 118
Camino de perfección, 12, 13, 59, 161
 Campillo de Gilimón, 59
 Campillo del Nuevo Mundo, 51, 54
 Campo del Moro, 60, 61
 Canal, 61
 Canalillo, 159, 160
 Cánovas del Castillo, Antonio, 18
 Canuto, señor, 44
 Carabanchel, 48, 62
 Cardenal Cisneros, Instituto, 23, 30
 Carlismo, 103, 116, 117
 Carlos III, 137
 Carlos, don, 109, 121
 Carnaval, 12, 151
Carnet du diable, 144
 Caro Baroja, Julio, 31
 Casa de Campo, 62, 146
 Casón del Buen Retiro, 137
 Castelar, Emilio, 18, 132
 Castelnirón, marqués de, 149
 Castellana, paseo de la, 146, 175
 Castilla, 59, 83, 161
 Cea Bermúdez, Francisco, 110, 114, 116, 119, 120
 Cebada, plaza de la, 97, 109
 Cementerio civil, 171, 175
 Cementerio de la Patriarcal, 44, 160
 Cementerio de San Isidro, 59
 Cementerio del Este, 63
 Cercedilla, 166, 167
César o nada, 12
 Cestona, 11, 21
 Chambería
 Chamizo, padre, 96, 97, 98, 99, 100, 110, 112, 113
 Charcot, Jean Martin, 21
 Cibeles, plaza de la, 138
 Ciencia, 20, 21, 24, 27, 32, 82, 134
 Cinematógrafo, 158, 170
 Cisne, paseo del, 174
Ciudad de la niebla, la, 12
 Cleto, don, 87
 Coche, 38, 77, 78, 120, 145, 174, 175
 Comadre, barrio de la, 128
Con la pluma y con el sable, 12
 Concepción, 62
 Concepción Jerónima, 129
 Concha la Lagarta, 113
Conversación en Sicilia, 13
Conversión de la Magdalena, la, 96
 Corrala de Tribulete, 40
 Corralón, 38, 39, 40, 41
Corte de los milagros, la, 41, 42
 Costa, Joaquín, 78

- Cuatro Caminos, 62, 65
 Cuba, 16, 131, 132, 133, 134, 154
 Cúchares, 129
 Cuesta de Santo Domingo, 128
Cura de Monleón, El, 32
Dama errante, La, 12
David Copperfield, 13
 Dehesa de Amariel, 159
 Democracia, 78
 Descalzas, plaza de las, 15, 16, 97
Desde el principio hasta el fin, 12, 121
 Dickens, Charles, 13, 170
Don Juan Tenorio, 18
 Donoso Cortés, Juan, 114, 115
Doña Juanita, 144
 Doré, Cine, 158
 Echegaray, José, 18
 Elipa, La, 62
Episodios Nacionales, 14, 97
 Espartero, Baldomero, 118, 121, 122, 123, 124, 125, 128
 Espinar, El, 166
 Espíritu Santo, calle del, 15, 16
 Extremadura, carretera de, 61
 Fábrica del gas, 61
 Fea, La, 54, 55, 172
 Felipe IV, 137
Feria de los discretos, la, 12
 Fernando VII, 95, 109, 112, 116, 121, 123, 137
 Ferrer, 123, 124
 Fichte, Johann Gottlieb, 24
 Fidalgo, 110, 112, 134, 149, 150, 151, 154
 Filipinas, 16, 104
 Flórez Estrada, Álvaro, 98, 99, 104, 114
 Freud, Sigmund, 21
 Fuencarral, calle, 14
 Fuente Herrero, 114
 Gabinete de Historia Natural, 30
 Galdós, Benito Pérez, 11, 14, 32, 97
 Gallardo, Bartolomé José, 98, 100, 101, 103, 114, 115, 118
 Gamboa, Paquito, 97, 98, 99, 100, 118, 119
 Gamundi, 118, 119, 120
 García Flores, 149
 Garro, El, 50, 51, 52, 53
 Gayarre, 142
Geisha, La, 144
 Goethe, Johann Wolfgang von, 106, 107
Gran Vía, La, 145
 Granada, fray Luis de, 95, 96
 Granja, La, 166
 Gregorio XV, Papa, 121
 Guadarrama, 46, 47, 49, 61, 90
 Guardia Real, 114, 119
 Guevara, Juan, 149, 150, 152, 154
Guía de pecadores, La, 95
 Guindalera, 62
Hamlet, 29
Heraldo, El, 144
 Horacio, 95
 Hospicio, 66
 Hospital de San Carlos, 18, 21, 22, 26, 55
 Hospital General, 25, 26
Hotel de los cisnes, el, 12
 Hotel de París, 75
 Hugo, Víctor, 13, 41, 133
Hugonotes, Los, 142, 144
 Hurtado, Andrés, 17, 19, 20, 21, 22, 24, 25, 55, 56, 57, 58, 71, 84, 91, 131, 132, 155, 156
 Ignacia, La, 73, 74, 75, 78
 Imperial, paseo, 42
 Imprenta, 70, 71, 72, 74, 76, 77, 78, 79, 81, 101
 Injurias, barrio de las, 35, 42, 62
 Isabel II, 95, 121, 138, 147
 Isidora, la señora, 128
 Jardín Botánico, 155
 Jardines, 49, 51, 137, 138, 139, 140, 141, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 153
 Javier, don, 169, 170
 Juan [Alcázar], 71, 171, 173, 181
 Julio, 31, 85, 86, 87, 158
 Kant, Emmanuel, 25
 Larra, Mariano José de, 96, 97
Laura o la soledad sin remedio, 12
 Lavaderos, 60
 Leandro, 40, 65, 66, 67, 68, 69
 Lecea, Paco, 148, 150
 Leonardo, 84, 85, 87, 92, 155, 157
 Letamendi, José de, 21, 22, 24, 25
 Liberalismo, 71, 78, 103, 110
 Lobo, calle del, 100, 107, 129
Locuras de Carnaval, 12
 Lucrecia
Lucrecia Borgia, 142, 144
 Luis XIV, 169
 Luis XV, 169
 Lulú, 71, 83, 84, 85, 86, 87, 89, 90, 91, 92, 155, 156, 157, 158, 159, 160
 Macaulay, 150
 Madoz, Pascual, 127
 Madrid Moderno, 63
 Magallanes, calle de, 172, 174
Mala hierba, 36
 Malón de Chaide, 95, 96
 Manuel Alcázar, 25, 43, 50, 61, 69, 71
 Manuel, el de Filipinas, 149, 150, 151
 Manzanares, 30, 35, 43, 44, 48, 49, 60, 62
 María Cristina de Habsburgo-Lorena, 132
 María Cristina de Borbón, 121, 122, 123, 125, 128
Mascota, La, 144
 Maura, Antonio, 78
 Mayor, calle, 120
 Medicina, 11, 17, 18, 19, 21, 23, 55, 57, 88
 Mellizo, callejón del, 54
Memorias de un hombre de acción, 12, 14, 95
 Mendizábal, calle, 91
Mentira, La, 129
 Mesonero Romanos, Ramón, 97
 Milagro
Miliciano, El, 129
 Miró, Gabriel, 161
 Misericordia, calle de la, 71
 Modistilla, 90
 Moncloa, 90
 Monte de Piedad, 15
 Montero, calle de la, 16, 69, 97, 110

- Montes Plaza, 14, 149, 152, 153, 154
 Muerte, 14, 55, 56, 57, 58, 78, 95, 112, 116, 121, 143
Mundo es ancho y ajeno, El, 13
 Muñoz, Agustín Fernando, 121, 123
Murciélago, El, 129
 Museo Nacional de Antropología, 48
 Museo Velasco, 49, 50
 Nebot, 120
 Nieves, 112, 113
 Niní, 85, 86, 157, 158, 159
Noches del Buen Retiro, Las, 14, 137, 145
 Noguera, 105, 112, 113
 Observatorio [Astronómico], 28, 45, 47, 48, 50, 61, 149
 O'Donnell, Leopoldo, 122, 123, 124, 129
¡Oh, la Patti!, 143
 Olivares, 137
 Óperas, 142
 Orfeo, 144
 Ortega y Gasset, José, 15
 Ortiz, 52, 53, 54
 Ossorio, Fernando, 71, 161, 162, 163, 164, 165, 166
 Pacífico, 50
 Palafox, José de, 106, 111, 114
Papelista, El, Manolo, 128
 Parque del Retiro, 124, 134, 137, 145, 149
 Paseo de Coches, 138, 145, 170
 Pasteur, Louis, 21
 Patinir, 161, 167
 Peñalara, 161, 162, 163, 164
 Pérez de Ayala, Ramón, 15
 Periodista, 103, 123, 124, 139, 149, 151, 152, 153
Perlita, La, 122, 125
 Pez, calle del, 83, 84, 85, 87, 90
 Pineda, Mariana, 109
 Plaza Mayor, 97
 Prado, calle del, 97, 129
 Prats, 173, 174, 175
 Príncipe Pío, montaña del, 36, 101
 Prosperidad, 62
 Prudencia, don, 85, 86
 Puerta de Hierro, 62
 Puerta de Toledo, 51
 Puerta del Sol, 51, 69, 71, 72, 75, 97, 110, 112, 113, 119, 130, 151
 Puri, doña, 95, 146
 Ramón y Cajal, Santiago, 53
 Rastro, El, 50, 51, 52, 54, 65, 171
 Real, calle, 14
Recursos de la astucia, los, 12
 Regeneracionismo, 134
Revista España, 15
 Revolución, 78, 98, 124, 127, 129, 130, 138
 Riego, el general, 109, 118
Rigoletto, 143
 Rivas, duque de, 109
 Roberto, 42, 75, 77, 78, 80
 Robespierre, Maximilien, 116
 Rodríguez Acosta, 74
 Romero Alpuente, 98, 114
 Romero, Pepe, el bolsista, 154
 Rousseau, Jacques, 116
 Ruiz de Alarcón, calle, 32
Sabor de la venganza, El, 12, 127
 Salamanca, 96, 128, 175
 Salamanca, José, 128
 Salvadora, La, 54, 55, 71, 74, 75, 78, 172, 173, 174
 San Bernardo, 12, 23, 84, 160
 San Blas, cerrillo de, 46, 49, 63
 San Francisco el Grande, 61
 San Isidro, camino alto de, 42
 San Isidro, Instituto de, 17, 19, 20
 San José, Iglesia de, 151
 Sandoval, calle de, 77
 Santa Ana, plaza de, 129, 130
 Santo Domingo, plaza de, 123, 124
 Saramago, José, 13
 Sartorius, 128
 Schopenhauer, Arthur, 25
 Schultze, 162, 163, 164, 165, 166
 Segovia, 166
 Segovia, puente de, 63
 Sesudo, 99
 Sevilla, calle de, 130
 Sierra de Gredos, 167
 Siete Picos, 166, 167
Símbolo de la fe, 96
 Socialismo, 71, 79
 Steinbeck, John, 13
Susana y los cazadores de moscas, 12
 Tamberlick, 143
 Teatro Real, 142, 146, 170
 Tetuán, 62, 123
Tierra vasca, 12
 Tilly, 101, 102, 103, 104, 106, 107, 108, 110, 111, 113, 114, 118, 119, 120
 Toledo, calle de, 19, 111, 112
 Toledo, puente de, 41, 42, 62
 Torrecilla, 114
 Torrijos, general, 105, 109
Tragedias grotescas, las, 12
 Tranvía, 51, 151
 Trapero, 36, 45, 64
 Tudescos, calle, 27, 29
 Turgueniev, Ivan, 162
 Unamuno, Miguel de, 131
 Unión Liberal, 113, 129
 Universidad Central, 23
Uvas de la ira, Las, 13
 Valero, 114
 Vallecas, 41, 50, 62
Veladas del chalet gris, Las, 169
 Venancio, don, 95, 97, 100, 112, 113
 Ventas, Las, 62, 175
 Verbena, 64, 65, 70
Verbena de la Paloma, La, 145
 Vicálvaro, carretera de, 173
 Vicente, Eduardo, 45, 47, 52, 169
 Vida, 11, 17, 21, 22, 23, 24, 26, 28, 32, 40, 44, 45, 55, 58, 59, 62, 69, 71, 73, 78, 80, 82, 85, 87, 90, 95, 96, 97, 101, 112, 113, 116, 118, 132, 145, 149, 155, 157, 158, 169, 170, 171, 174
 Vidal, 40, 61, 62, 63, 64, 65
Vidas sombrías, 12, 37
 Vittorini, Elio, 13
 Zola, Emile, 13

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CUBIERTA:

Mañana de invierno, 1929, por Ricardo Baroja. Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía (Madrid)

INTERIOR:

Retrato de Pío Baroja, 1917, por Daniel Vázquez Díaz. Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía (Madrid)	4
Fachada de Viena Capellanes. Col. particular (Cp)	12
El reparto a domicilio. Cp	12
Cubierta de <i>Las ciudades</i> (Comunidad de Madrid y Visor Libros, 2006)	13
Cubierta de <i>Camino de perfección (Pasión mística)</i> . Cp	13
Manuscrito de <i>Memorias de un hombre de acción</i> . Cp	14
Redacción de la <i>Revista España</i> , en 1915. Cp	15
Foto actual de la plaza de las Descalzas. Cp	16
Joven Baroja. Archivo ABC (Madrid)	17
Foto de la calle Atocha, con el Hospital de San Carlos. Col. Documadrid	18
Foto de la fachada del Instituto San Isidro. Col. Documadrid	19
Foto de la capilla del Instituto San Isidro. Col. IES San Isidro	20
Vista de Madrid. Col. Documadrid	22
Cubierta de <i>El árbol de la ciencia</i> . Cp	22
La Universidad Central. Cp	23
Retrato de un joven Baroja. Cp	24
Ex-libris de Pío. Col. Herederos de Pío Baroja	25
El antiguo Hospital General. Cp	26
Cubierta de <i>Silvestre Paradox y Paradox, rey</i> . (Comunidad de Madrid, 1998)	28
Casa en la calle Tudescos. Col. Documadrid	29
Aves y peces del Gabinete de Historia Natural. Col. IES Cardenal Cisneros	30
Baroja y su sobrino Julio. Archivo ABC (Madrid)	31
Pío Baroja escribiendo en la vejez. Cp	32
Cubierta de <i>La busca</i> . Cp	35
Arrabal, 1928. Col. Jorge Juan Galería de Arte	36
<i>El trapero subió la cuesta</i> ... Cp	36
<i>Rincón madrileño</i> . Biblioteca Nacional (Madrid)	37
<i>Llamaban así a un grupo de casuchas bajas</i> . Cp	38
<i>Mi querido y viejo Madrid</i> . Ayuntamiento de Madrid. Museo de Arte Contemporáneo	39
Corrala de Tribulete esquina Mesón de Paredes. Cp	40
<i>Los mendigos en el puente de Vallecas</i> , 1910. Herederos de Pío Baroja.	41
Puente de Toledo. Cp	42
Los barrios bajos, junto al río Manzanares. Plano nuevo de Madrid hacia 1926. Cp	43
Niños bañándose en el Manzanares. Cp	44
<i>Un trapero</i> . Col. Jesús Revenga y herederos de Eduardo Vicente	45
<i>Traperos</i> , hacia 1907. Museo de Bellas Artes de Córdoba.	46
<i>Lluvia</i> . Col. Jesús Revenga y herederos de Eduardo Vicente	47
Madrid, visto desde el Observatorio. Cp	48
Jardines y fachada del Observatorio. Cp	49
El Observatorio visto desde el antiguo Museo Velasco. Cp	50
Vista aérea de la zona del Rastro. Ortoimagen Servicio Cartográfico de la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid	51
<i>Personaje del Rastro</i> . Col. Jesús Revenga y Herederos de Eduardo Vicente	52
Escena callejera hacia 1905. Instituto Cajal (Madrid)	53
Plaza del Campillo del Mundo Nuevo. Cp	54

<i>Final de la jornada o la Muerte sobre el puente.</i> Cp.....	55
<i>Tejados de Madrid</i> , 1989. Ayuntamiento de Madrid. Museo Municipal de Madrid.....	56
<i>Vagos o La muchacha y los viejos</i> , 1909. Círculo de Bellas Artes de Madrid	57
<i>Lavadero junto al río Manzanares</i> , hacia 1900, [por L. F. Guirao]. Col. María Manzaneda	60
<i>Tasca madrileña.</i> Ayuntamiento de Madrid. Museo Arte Contemporáneo.....	62
Vista antigua de Madrid desde el Puente de Segovia. Cp	63
<i>El vicioso.</i> Ayuntamiento de Madrid. Museo Municipal de Madrid	63
<i>En la verbena</i> , hacia 1909. Museo de Bellas Artes de Córdoba	64
<i>Cuatro Caminos</i> , hacia 1917-1919. Cp.....	65
<i>Escenario con chulapas o zarzuela.</i> Biblioteca Nacional (Madrid)	66
<i>El café o La Cupletista y los chulos</i> , hacia 1906. Cp.....	67
<i>... y entraron en la buñolería a tomar una taza de café con leche.</i> Cp.....	68
Tipos madrileños en la Puerta del Sol. Col. Documadrid.....	69
<i>Verbenas.</i> Biblioteca Nacional (Madrid)	70
<i>Asfalladores en la Puerta del Sol</i> , hacia 1900. Ayuntamiento de Madrid. Museo Municipal de Madrid	71
La Puerta del Sol. Cp.....	72
Pío Baroja leyendo. Archivo Moreno. IPHE. Ministerio de Cultura.....	73
Detalle de <i>Al acecho</i> . Cp.....	74
Publicidad del Hotel de París. Cp.....	75
Imprenta tipográfica mecanizada. Cp	77
Chibalete para guardar cajas con tipos de imprenta. Cp	78
Taller de imprenta tipográfica de principios de siglo pasado. Cp	81
<i>Café de Levante</i> , hacia 1905. Museo de Bellas Artes de Córdoba	83
Calle del Pez. Cp.....	84
Una planchadora de la época. Cp.....	86
En la calle del pez, aun hoy existen muchas tiendas de ropa. Cp	87
Tienda en la calle Luna. Cp.....	88
Modistillas. Cp.....	90
Pío Baroja en su despacho de la calle Mendizábal. Col. Herederos Pío Baroja	91
Cubierta de <i>La Isabelina</i> . Cp.....	95
George Borrow. Cp	96
Mariano José de Larra. Cp.....	97
<i>Escena de taberna</i> , 1902. Ayuntamiento de Madrid. Museo Municipal de Madrid	98
Álvaro Flórez Estrada. Cp.....	99
Una librería. Cp	100
Cubierta de <i>Aviraneta. La vida de un conspirador</i> . Cp.....	101
Una imprenta de la época. Cp	101
Detalle de <i>Una lectura en el Café de Levante de Madrid..</i> Leonardo Alenza y Nieto (1807-1845). Museo Lázaro Galdiano (Madrid).....	103
Bartolomé José Gallardo. Cp	103
<i>El juntero</i> . Cp.....	104
<i>En Madrid, también había otros peligros.</i> Cp	105
<i>El general Palafox</i> , 1814 [por Goya]. Museo del Prado (Madrid)	106
Goethe. Cp	107
La reina María Cristina. Cp	109
San Isidro el Real, en la calle Toledo. Cp	111
La Casa de Correos. Cp.....	112
<i>Un servil del Maestrazgo</i> . Cp	113
<i>El lechugino</i> . Cp.....	114
<i>Los patriotas</i> . Cp.....	115
<i>El patriota exaltado</i> . Cp.....	118
<i>El café</i> . Cp.....	119
La reina regente María Cristina de Borbón [por Vicente López]. Museo del Prado (Madrid)	121
Isabel reina a los trece años. Ayuntamiento de Madrid. Museo Municipal de Madrid	122
El general Espartero. Patrimonio Nacional (Madrid)	122
Agustín Fernando Muñoz. <i>Ídem</i>	123

Leopoldo O'Donnell. <i>Ibidem</i>	123
Estatua ecuestre de Espartero, de Pablo Gíbert	124
Retrato y rúbrica de Aviraneta, hacia 1841. Zumalakarregi Museoa (Guipúzcoa)	125
Alzamiento de Madrid en 1854. Cp	127
Entrada de Espartero en Madrid, 1854. Cp	128
Palacio de José Salamanca. Cp	128
Alegoría de la Revolución. Cp	129
Jornada revolucionaria. Cp	129
Episodio de la Revolución de 1854 en la Puerta del Sol. Ayuntamiento de Madrid.	
Museo Municipal de Madrid	130
Alfonso XII. Patrimonio Nacional (Madrid)	131
La regente María Cristina de Habsburgo con su hijo Alfonso XIII	132
Gentío frente al Café Suizo. Cp	133
El buque almirante Infanta María Teresa. Cp	134
Monumento a Cuba en el Parque del Retiro. Cp	134
Ilustración para <i>Las noches del Buen Retiro</i> . Cp	137
Paseantes en la alameda del Retiro (por L. F. Guirao). Col. María Manzaneda	138
Jacinto Benavente, joven. Col. Documadrid	139
<i>Jardín y estanque con cisnes o Crepúsculo</i> . Calcografía Nacional de Madrid	140
<i>Las tardes del Retiro</i> . Cp	141
Concierto en los Campos Elíseos de Madrid. Ayuntamiento de Madrid. Museo	
Municipal de Madrid	142
Consuelo Bello, <i>la Fornarina</i> . Cp	143
<i>Humo</i> , 1928. Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía (Madrid)	144
El Paseo de Coches, en el Parque del Retiro. Cp	145
La Carrera de San Jerónimo hace un siglo. Cp	146
La Carrera de San Jerónimo en la actualidad. Cp	147
Pío Baroja paseando por el Retiro. Archivo ABC (Madrid)	147
Baroja de visita en la Cuesta de Moyano. <i>Idem</i>	148
Estatua de Baroja. Cp	149
<i>Carnaval de Madrid. Miércoles de ceniza</i> . Calcografía Nacional de Madrid	151
Tranvías por la calle de Alcalá. Cp	152
Las manos de Pío Baroja en la vejez. Herederos de Pío Baroja	153
<i>Tipos en un bar o cafetín</i> . Biblioteca Nacional (Madrid)	154
El Jardín Botánico, hoy. Cp	155
Seto de mirtos. Cp	156
Paseo de Rosales o Crepúsculo. Biblioteca Nacional (Madrid)	157
El cine Doré. Cp	158
<i>Mañana de invierno</i> , 1929. Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía (Madrid)	159
Ascenso al circo de Peñalara. Fondo de documentación de la Consejería de	
MedioAmbiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid	162
Laguna de Peñalara. <i>Idem</i>	163
Torrente en Peñalara. <i>Ibidem</i>	164
Hace cien años, los institucionalistas. Cp	166
Cercedilla, en la falda de Siete Picos. Fondo de documentación de la Consejería de	
MedioAmbiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid	167
Retrato de Baroja. Col. Jesús Revenga y herederos de Eduardo Vicente	169
Baroja en el Rastro. Archivo ABC (Madrid)	171
Plano de principios del siglo pasado. Cp	172
<i>Camino del Este. Camino del Cementerio</i> . Biblioteca Nacional (Madrid)	174
Cortejo fúnebre del entierro de Baroja. Archivo ABC (Madrid)	175
Entorno de la tumba de Baroja en la actualidad. Cp	176
Detalle del plano de Madrid y su término municipal, P. Núñez Granés, escala 1:15.0000.	
Consejería de MedioAmbiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid ...	179
Topografía del Madrid barojiano. <i>Idem</i>	180
Mapa de la Comunidad de Madrid en la actualidad, escala 1:500.000. Consejería de	
MedioAmbiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid	182

[illegible]

Títulos publicados

Serie Pueblos y Ciudades

1. La cuenca alta del Manzanares y Rascafría
2. De las ciudades del suroeste a las vegas del sur de Guadarrama
5. Arganda, Chinchón y la Vega del Tajuña
6. Tierras de Buitrago
7. Aranjuez y la Vega del Tajo
9. En torno al Alberche
11. El valle del Jarama
13. Tierras de Alcalá
14. Entre el Jarama y el Torote
15. Camino de Andalucía
17. Del valle del Lozoya al embalse del Vellón
18. El puerto de Navacerrada y El Escorial
19. El oeste de Madrid
20. Las grandes ciudades del norte y el camino de la sierra

Serie Guías Culturales

4. El Madrid del 98. Arquitectura para una crisis: 1874-1918
10. El Madrid del 27. Arquitectura y vanguardia: 1918-1936
12. Guía histórica de las bibliotecas de Madrid
16. Guía histórica de la música en Madrid
21. Guía del Madrid galdosiano
22. Guía del Madrid barojiano
23. Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez

Serie Literatura

3. Rey Silvestre Paradox y Paradox
8. Relatos de Madrid (Siglos XVII-XIX)

Próxima aparición

24. Guía del Madrid de Ortega
25. Guía del Madrid de Larra

Pío Baroja (San Sebastián, 1872 - Madrid, 1956) es el máximo novelista español del siglo XX. En su dilatada obra tuvieron cabida esencial muchos escenarios y asuntos madrileños. Testigo privilegiado de aquel trágico fin de siglo, marcado por la extrema precariedad social y la decadencia política, Baroja descendió al universo madrileño de los miserables, y no eludió la iluminación de la burguesía de la época, componiendo un cuadro palpitable y convincente de aquel dolor y aquellas frivolidades. Apasionado de la historia, de la mano de su antepasado, el conspirador Eugenio de Aviraneta, se asomó también al Madrid del XIX, teatro de muchas de las vicisitudes que estremecieron a España. Todo esto se recoge en esta Guía, abundante en textos del autor, de quien reencuentra muchos espacios en la ciudad, y sintoniza con el novelista en la reviviscencia de las criaturas por él alumbradas, siempre con la valiosa ayuda de una rica ilustración. La obra incorpora además candentes cuestiones didácticas y sugiere itinerarios barojianos por Madrid y su provincia, que también halla cumplido reflejo en estas páginas.

Miguel García-Posada es Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid y asesor técnico de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid. Ha publicado más de una treintena de libros de crítica literaria, así como cerca de dos mil artículos en la prensa ordinaria y especializada, cuenta en su haber con varios títulos de creación, y ha dedicado varias obras a la didáctica de la literatura, entre ellas la *Guía del Madrid galdosiano*, publicada en esta misma colección.

GUÍA DEL MADRID BAROJIANO



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

Comunidad de Madrid



La Suma de Todos

www.madrid.org

ISBN 978-84-451-2916-6



9 788445 129166